

PHILIP JOSE FARMER

DARE



Lectulandia

A finales del siglo XVI, los Visitantes del Espacio han capturado a un cierto número de habitantes de la Tierra y los han trasplantado a un lejano planeta del sistema Tau Ceti, al que han dado el nombre de Dare. Allí los raptados han erigido una civilización condicionada por la casi total falta de hierro en el planeta, pero los humanos no son los únicos habitantes del planeta: con ellos conviven también dragones, mandrágoras hombres-lobo y principalmente los horstels, seres de apariencia humana, detentadores de una civilización muy particular. Pero aunque convivan con los hombres y les ayuden en muchas de sus tareas, los horstels son considerados como animales, y las relaciones carnales entre humanos y horstels están penadas con la muerte por una sociedad puritana que vela por el más estricto apartheid. Hasta que Jack Cage, hijo de un importante granjero de Dare, se enamora de R'li, la hija de un jefe horstel.

Lectulandia

Philip José Farmer

Dare

ePub r1.0
algarri 25.06.14

Título original: *Dare*
Philip José Farmer, 1965
Traducción: José María Aroca

Editor digital: algarri
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Nota del editor digital

En la versión original de la obra, Farmer como ya nos tiene acostumbrados, no dividió la trama en capítulos, utilizando tan sólo el doble espacio para los cortes en la narración. Para evitar posibles ralentizaciones en los *ereader* a la hora de cargar el libro (por el peso que tendría una sola sección), me he tomado la libertad de utilizar estos cortes a modo de capítulo, numerándolos tan sólo en el índice, y no así en la cabecera de cada uno.

PROLOGO

¿Adónde fueron?

Ciento ocho hombres, mujeres y niños no desaparecen de la Tierra sin dejar rastro.

La colonia «perdida» de Roanoke, Virginia, lo hizo. Virginia Dare, el primer bebé blanco nacido en América del Norte, se encontraba entre los que nunca volvieron a ser vistos. Ella y sus camaradas ingleses y algunos indios croatas se marcharon... a alguna parte. Entre 1587 y 1591... viajaron.

Charles Fort, cronista de lo que es mejor olvidar y explicador de lo inexplicable, sabía lo que antecede. Pero no sabía otras varias cosas. Es una lástima, porque le hubiera encantado. ¡La de teorías, ironías, sarcasmos y paradojas que hubieran brotado de su pluma!

Fue una lástima que la desaparición de la nave genovesa Buonavita no fuera puesta en conocimiento de Fort por algún corresponsal sudamericano. El 8 de mayo de 1588 fue vista por última vez a sesenta leguas de la Isla Gran Canaria por la carabela española Tobosa.

Navegando bajo pabellón portugués, la nave transportaba cuarenta monjes irlandeses y tres italianos. Se dirigían al Brasil, donde esperaban convertir a los paganos. Ni cristianos ni paganos volvieron a verles.

Aquí.

En sí misma, la desaparición no es tan notable. Desde hace muchísimo tiempo los barcos han tenido la costumbre de escaparse de la superficie de las cosas evidentes. La Buonavita es mencionada en varias historias eclesiásticas y en una reciente historia brasileña debido a que el abad de los monjes era un tal Marco Sozzini, más comúnmente llamado Marcus Socinus. Era sobrino del hereje Faustus Socinus, y un correo había sido enviado al Brasil con órdenes para que Marcus regresara a Roma, donde tendría que enfrentarse con algunos problemas.

Aquel correo no hubiese podido entregar su mensaje incluso si hubiera sabido dónde estaba Socinus.

Otro acontecimiento en la misma época habría hecho cantar a Fort de alegría, de haber llegado a su conocimiento.

Un libro publicado en 1886 y agotado desde hace mucho tiempo contiene una traducción de pasajes de la Historia de los Turcos de Ibn Khulail. Por una rara coincidencia, el traductor era un ministro metodista, el Reverendo Cari Fort. Dedicando el mismo interés a lo heterodoxo que su nieto literario, registra la descripción del historiador árabe de una gran caravana desvaneciéndose de la noche a la mañana.

En 1588, noventa beldades circasianas, destinadas a los harenes de los magnates

musulmanes, y cuarenta guardianes de diversas nacionalidades, desaparecieron de la vista del hombre. Sus caballos fueron encontrados trabados para la noche. Sus tiendas estaban aún montadas. El guiso se había enfriado esperando ser comido.

El único indicio de anormalidad era una ensangrentada cimitarra caída en el suelo. Pegados a la sangre había una docena de pelos largos, recios y rojizos que al decir de los expertos no pertenecían a ningún animal conocido.

Algunos pensaron que podrían ser de un oso, ya que en el lugar de acampada se encontraron las huellas de las pisadas de un enorme animal osuno.

¿A dónde, preguntaba Ibn Khulail, fueron todas aquellas personas? ¿Se las había llevado un djinn a algún castillo protegido por el fuego? ¿Eran suyos aquellos pelos pegados a la hoja?

La historia no tuvo para él más respuesta que la que dio a los curiosos acerca de Roanoke y la Buonavita.

Otro tema para Fort. La difunta Aiguillelte Press, de París, imprimió los ensayos de un sabio chino del siglo XVIII, Ho Ki. Observa casualmente en sus Pensamientos Congelados que la aldea de Hung Choo decidió una noche dar un largo paseo y nunca regresó.

Eso es todo lo que dice, excepto que la cosa ocurrió en el año 1592.

De 1592 a 2092 van quinientos años, no demasiado tiempo en la vida de la Tierra. Pero de la Tierra a Dare hay un largo camino, incluso volando con mucha rapidez. Dare es el segundo planeta de una estrella clasificada como Tau Ceti por los modernos.

Allí se habla inglés, latín y horstel.

Un viejo mapa, dibujado por Ananías Dare, padre de Virginia, muestra el continente sobre el cual fueron desembarcados los raptados terráqueos. Lo llamaron Avalan. Los contornos, trazados apresuradamente a medida que el planeta aumentaba de tamaño en la portilla de observación, revelan una forma toscamente tetralobular extendiéndose en el centro de un globo de agua.

Una cruz señala la ubicación del primer poblado humano, originalmente llamado New Roanoke. Más tarde se convirtió en Farfrom (Lejos de), debido a que la pequeña Virginia Dare observó que estaba «lejos de donde yo nací, papá».

En la cartografía original de Dare figuran también inscripciones indicando dónde se encuentran criaturas ajenas a la Tierra pero nombradas de acuerdo con su parecido a seres terrestres, reales o míticos.

«Aquí hay unicornios... Aquí hay hombres-lobo devoradores de hombres».

Muchos lugares, desde luego, están marcados, simplemente, «Colas de caballo».

Jack Cage bajaba andando por la antigua carretera. Su sombrero de alta copa y ala ancha le protegía del cálido sol de finales de primavera. Bajo su sombra, sus ojos castaños escudriñaban los bosques a ambos lados del camino. Su mano izquierda sostenía un arco de madera de totum. Su carcaj estaba lleno. Una vaina de cuero sostenía una cimitarra a su izquierda; de la derecha de su ancho cinto colgaba una bolsa. Contenía una bomba de cristal redonda llena de pólvora negra. Una mecha muy corta surgía de su recio mástil.

Al lado de la bolsa había una vaina con un cuchillo de madera de cobre roja.

Si el «dragón» embestía bajando por la carretera o salía súbitamente del bosque, Jack estaba preparado. Primero, enviaría una flecha a uno de sus enormes ojos. En otra parte sería inútil. Las puntas de pedernal no atraviesan cinco centímetros de duro pellejo.

Había oído decir que sus vientres eran blandos, pero no podía confiar en eso. El rumor podía matar a un gato, decía el proverbio. Él no era un gato —fuera lo que fuese un gato—, pero podía morir como uno de ellos.

Como si leyera su pensamiento, Samson, el perro gigante amarillo de la raza conocida como «león» gruñó sordamente. Se detuvo tres metros delante de su amo. Erguido y con las patas rígidas en ángulo recto hacia Jack, se encaró con los árboles situados a la izquierda de la carretera.

Jack sacó una flecha de su carcaj y encajó la muesca en la cuerda del arco. Repasó su plan. Disparar al ojo. Lo alcanzara o no, dejaría caer el arco. Sacar la bomba. Tocar la mecha con un fósforo. Arrojarla al pecho del monstruo con la esperanza de haber calculado bien la distancia de manera que la bomba estallara contra el pecho y lanzara las astillas de cristal a la garganta.

Luego, sin pararse a observar el efecto de la pólvora, daría media vuelta y echaría a correr, desenvainando al mismo tiempo su cimitarra. Habiendo alcanzado un árbol, en el lado opuesto de la carretera, se detendría para defenderse. Podría maniobrar dando vueltas alrededor del ancho tronco, esgrimiendo la espada y hurtándose al acoso del enorme y presumiblemente torpe animal.

Entretanto, Samson hostigaría a la bestia por sus flancos.

Se colocó detrás de Samson. Había una ligera brecha en la espesura. En el

momento en que miraba a través de ella, algo brillante relampagueó. Inconscientemente, Jack suspiró de alivio. No sabía quién estaba detrás del objeto brillante, pero tenía la plena seguridad de que no era un dragón. Tenía que ser un hombre o un horstel.

Dado que la flecha sería inútil en la maraña de arbustos y lianas, la devolvió a su carcaj. El arco lo colgó de un gancho de hueso en una correa a su espalda. Sacó la cimitarra de su vaina.

—Tranquilo, Samson —dijo en voz baja—. Adelante.

El perro amarillo avanzó por un sendero apenas perceptible. El hocico de Samson subió y bajó sobre el camino como un corcho sobre una ola. Olfateó la tierra. Alguien había dejado huellas, ya que en vez de avanzar en línea recta el «león» lo hizo en zigzag a través del verde laberinto.

Después de unos treinta metros de lento y cauteloso avance, llegaron a un pequeño claro.

Samson se paró. El gruñido enterrado en su maciza garganta habló a través de pelos erizados y músculos rígidos.

Jack miró más allá del perro amarillo. También él quedó helado. Pero fue de horror.

Su primo, Ed Wang, estaba agachado junto al cuerpo de un sátiro. Este yacía de costado, de espaldas a Jack. Brotaba sangre de la base de su espina dorsal. El enmarañado pelo que cubría sus lomos estaba empapado de rojo.

Ed empuñaba un cuchillo de madera de cobre con el cual estaba cortando la piel en torno a la rabadilla. Clavó el cuchillo en el suelo y luego arrancó el círculo de tejido y la larga «cola de caballo» que crecía allí. Irguiéndose, sostuvo el sangriento trofeo en alto contra la luz del sol, examinándolo.

La expresión del rostro de su primo hizo estremecer a Jack.

—¿Desollando? —preguntó. Su voz sonó ronca y gargajeante.

Ed giró en redondo, dejando caer la cola y agarrando el cuchillo. Tenía la boca muy abierta y los negros ojos desencajados.

Cuando vio que el intruso era Jack, dejó de agacharse en la postura de los luchadores con cuchillo. Recobró algo de su color, pero no relajó el puño que esgrimía la hoja.

—¡Sacro Dionisio! —gruñó—. Por un momento pensé que eras un horstel.

Jack empujó a Samson con la rodilla. El perro avanzó por el claro. Aunque conocía a Ed, su actitud amenazaba con un rápido salto a la garganta de Ed si éste realizaba un movimiento imprudente.

Jack inclinó la cimitarra, pero no la envainó.

—¿Qué habría pasado si hubiera sido un horstel? —preguntó.

—Que hubiera tenido que matarte a ti también.

Ed observó atentamente a su primo, espiando su reacción. Jack mantuvo su rostro ilegible. Ed se encogió de hombros y se giró lentamente, sin perder de vista a Samson. Se agachó y secó la hoja de su cuchillo en el espeso pelo amarillo del sátiro.

—Ésta es mi primera muerte —dijo con voz tensa—, pero no será la última.

—¿Oh? —dijo Jack, y consiguió que aquella única sílaba expresara una mezcla de disgusto, temor, y las primeras intimaciones de lo que esta escena implicaba.

—¡Sí, oh! —remedó burlescamente Ed. Su voz subió de tono—. ¡He dicho que no será la última!

Sus ojos llamearon e irguió su cuerpo.

Jack supo que Ed estaba próximo a la histeria. Había visto a su primo en acción en peleas de taberna. Sus golpes salvajes habían causado tanto daño a sus amigos como a sus enemigos.

—Tranquilízate, Ed —dijo—. ¿Parezco yo un horstel? —Avanzó unos pasos para mirar el rostro del cadáver—. ¿Quién es?

—Wuv.

—¿Wuv?

—Sí, Wuv. Uno de los Wiyr que viven en la granja de tu padre. Le seguí hasta asegurarme de que estaba solo. Entonces le traje a este claro con el pretexto de enseñarle un nido de mandrágora. No había ninguno, desde luego, pero mientras él andaba delante de mí le apuñalé por la espalda.

»Fue fácil. Ni siquiera gritó. ¡Y tanto que he oído hablar de lo imposible que resultaba pillar a un horstel desprevenido! ¡Fue fácil, te lo digo yo! ¡Fácil!

—¡Por amor de Dios, Ed! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué te había hecho?

Ed blasfemó. Avanzó hacia Jack, con la hoja de su cuchillo centelleando en rojo mientras apuñalaba el aire.

Samson rugió en lo profundo de su pecho y se agachó. Su amo, pillado por sorpresa, alzó la cimitarra, dispuesto a cercenar el brazo de su atacante.

Pero Ed se había detenido. Como si no viera el efecto de sus actos, empezó a hablar. Jack bajó su espada, ya que era evidente que su primo no se había propuesto atacarle, sino que había apuñalado el aire para dar más énfasis a lo que estaba diciendo.

—¿Qué otro motivo necesito que el hecho de que es un horstel, y yo un humano? Escucha, Jack. Tú conoces a Polly O'Brien, ¿no es cierto?

Jack parpadeó ante lo que parecía un súbito cambio de tema, pero asintió. Recordaba muy bien a la muchacha. Vivía en la ciudad de Slashlark. Ella y su madre, la viuda de un farmacéutico, se habían mudado recientemente de la capital, San Dionisio, a la ciudad fronteriza. Allí la madre había abierto una tienda y vendía medicamentos, vino, pomadas y, según se decía, filtros de amor.

La primera vez que vio a Polly, Jack había quedado impresionado. Era una

muchacha esbelta, con un rostro maravillosamente ovalado y unos ojos grandes y grises, ingenuos y lascivos al mismo tiempo, si se admite como posible tal descripción.

Jack, aunque llevaba tanto tiempo con Bess Merrimoth que estaba dispuesto a pedirles a los padres de ella si podían unirse, hubiera cortejado a Polly también. Incluso a riesgo de indisponer contra él a sus parientes y a Bess. No lo había hecho, solamente porque Ed Wang había anunciado en la Taberna Cuerno Rojo que estaba galanteando a Polly O'Brien. Como amigo suyo, Jack no podía interferirse. Con hartazgo, decidió dejar a la muchacha en paz.

—Desde luego que la conozco —contestó—. Tú estabas muy enamorado de ella.

Ed dijo en voz alta:

—¡Jack, Polly ha sido llevada al «santuario!». ¡Ha ido al «cadmus!».

—¡Un momento! ¿Qué es lo que ha pasado? He estado en las montañas cinco días.

—¡Santa Virginia, Jack! Se ha desencadenado el infierno. La madre de Polly fue denunciada por vender medicinas horstel, y fue encarcelada. Polly no fue acusada, quiero decir al principio, pero cuando el sheriff se presentó en busca de su madre, ella escapó. Nadie pudo encontrarla, y luego la vieja Winnie Archard —ya la conoces, Jack, no tiene más trabajo que el de vigilar la carretera en Slashlark— vio a Polly reunirse con un sátiro en las afueras de la ciudad. Se marchó con él, y desde entonces no ha vuelto a ser vista, por lo que es fácil imaginar que ha ido al «cadmus».

Ed hizo una pausa para respirar y frunció el entrecejo.

—¿Y qué? —dijo Jack con una calma que no sentía.

—Que al día siguiente el sheriff recibió la orden de detener a Polly. ¡Qué risa! ¿Has oído de alguien que haya sido detenido después de haberse marchado bajo tierra con los horstels?

—No.

—Desde luego que no. No sé lo que pasa después de que bajan al «cadmus». Si los horstels se los comen, como dicen algunos, o si son enviados de contrabando a Socinia, como dicen otros. Pero sé una cosa. ¡Y es que Polly O'Brien no va a escapar de mí!

—Estás enamorado de Polly, ¿no es cierto, Ed?

—¡No!

Ed alzó la mirada hacia su alto pariente; luego enrojeció e inclinó los ojos.

—De acuerdo. Sí, lo estaba. Pero ya no. La odio, Jack. La odio por bruja. La odio por acostarse con un sátiro.

»No pongas esa cara de duda, Jack. Sé lo que me digo. Ella compraba medicinas a los horstels, y se reunía en secreto con este Wuv para obtenerlas. Hacía el amor con él. ¿Puedes imaginar eso, Jack? Una bestia salvaje, desnuda, cubierta de pelo. Ella se

reunía con él, y yo... yo... ¡No me costaría nada vomitar cuando pienso en ella!

—¿Quién denunció a la señora O'Brien?

—No lo sé. Alguien envió cartas al obispo y al sheriff. Y ya sabes que la identidad se mantiene siempre en secreto.

Jack se frotó pensativamente un lado de su nariz y boca y dijo:

—¿No estaba perdiendo clientela la farmacia de Nate Reilly porque no podía competir con la madre de Polly?

Ed sonrió débilmente.

—Eres listo. Sí, es cierto. Y todo el mundo sospecha más o menos quién ha sido el denunciante. Principalmente porque la esposa de Nate es la mayor bocazas de Slashlark, que ya es decir.

»Pero ¿qué importa eso? Si la señora O'Brien traficaba con esas medicinas diabólicas, merecía ser detenida, al margen de las motivaciones de Reilly.

—¿Qué le ha ocurrido a la señora O'Brien?

—Fue condenada a trabajos forzados a perpetuidad en las minas de oro de los Montes Ananías.

Jack enarcó sus pobladas cejas.

—Un juicio muy rápido, ¿no es cierto?

—¡No! Ella confesó seis horas después de su detención, y fue sentenciada dos días más tarde.

—Seis horas en el potro harían confesar a cualquiera. ¿Qué pasaría si el Celador local del Contrato se enterara de eso?

—Parece como si estuvieras defendiendo a la señora O'Brien. Ya sabes que cuando alguien es tan claramente culpable como ella, un poco de tortura sólo ayuda a acelerar la justicia. Y los horstels no van a descubrir las máquinas que hay en el sótano de la prisión. Y si lo hicieran, ¿qué? ¿Hemos roto nuestro contrato con ellos? Bueno, ¿y qué?

—De modo que crees que Polly se oculta en el «cadmus» de la granja de mi padre...

—Estoy convencido. Y me proponía acorralar a Wuv y obligarle a que me hablara de ella, pero cuando estuve a solas con él me enfurecí tanto que no pude contenerme. Y...

Señaló el cadáver.

Siguiendo el movimiento, Jack apuntó súbitamente con su cimitarra y gritó:

—¿Qué es eso?

Wang se inclinó y levantó la cabeza del cadáver agarrándola por los largos cabellos. La mandíbula tiró de la carne hacia abajo de modo que se distendieron los cortes de cuchillo en cada mejilla.

—¿Ves esas letras? ¿HK? Vas a ver un montón de ellas a partir de ahora. Algún

día las verás en las mejillas de todos los horstels de Dionisio. Sí, y si logramos la colaboración de las otras naciones, de todo Avalon. ¡Todos los horstels marcados, y todos los horstels muertos!

Jack Cage dijo lentamente:

—He oído hablar en las tabernas de una sociedad secreta dedicada a matar horstels. Pero no he creído en ello. En primer lugar, no podría ser muy secreta si todos los borrachos estuvieran enterados de su existencia. En segundo lugar, me limité a pensar que era el tipo de charla a que se entregan siempre los hombres cuando hablan de El Problema. Siempre hablar. Nunca acción.

—¡Por todo lo que es humano y sagrado, ahora vas a ver acción!

Ed cogió la bolsa que colgaba de una cuerda de su hombro.

—Vamos. Ayúdame a enterrar esta carroña.

Sacó de la bolsa una pala de mango corto con la cuchara fabricada con el nuevo cristal duro. Esto horrorizó a Jack casi tanto como le había horrorizado ver el cadáver. Demostraba que todo había sido planeado a sangre fría.

Wang empezó cortando manojos de hierbas de tallo corto y apartándolos a un lado. Mientras estaba haciendo esto hablaba, y no dejó de hacerlo mientras cavaba la tumba poco profunda.

—Tú no eres miembro aún de la sociedad, pero estás metido en esto tanto como yo. Me alegro de que fueras tú y no otro humano el que me ha encontrado. Algunos de esos pelotilleros, gallinas y amigos de los horstels habrían salido corriendo en busca del sheriff en vez de estrechar mi mano.

Desde luego, si lo hicieran no durarían mucho. Los horstels no son los únicos que pueden tener las mejillas marcadas. La carne humana, la carne traidora, se corta con la misma facilidad. ¿Comprendes?

Aturdido, Jack agitó la cabeza. Tenía que declararse o a favor de Ed, que se identificaba a sí mismo con la raza humana, o en contra de él. Y no podía hacer esto último. Se sentía enfermo por lo que había ocurrido; ojalá que Samson no hubiera captado el olor de la muerte, y que él mismo no hubiera visto el centelleo de la hoja del cuchillo a través de la espesura. Le hubiera gustado dar media vuelta y echar a correr y tratar de olvidar todo esto; negarlo si fuera posible, decirse a sí mismo que nunca había ocurrido, o que, si había ocurrido, él no tenía nada que ver en el asunto. Pero le resultaba imposible hacer eso. Y ahora...

—Acércate, agarra su pierna —dijo Ed—. Yo agarraré la otra y le arrastraremos hasta la tumba.

Jack envainó su cimitarra. Juntos, Ed y él tiraron del cuerpo a través del claro, con los brazos arrastrando detrás como remos ociosos al lado de una embarcación a la deriva. La sangre dejaba una estela roja sobre la aplastada hierba.

—Tendremos que arrancar esa hierba y enterrarla también en la tumba —dijo Ed.

Estaba jadeando.

Cage asintió. Se había estado preguntando por qué motivo Ed, un hombre de corta estatura pero muy fuerte, había deseado que le ayudara a transportar el cuerpo hasta el agujero, a menos de diez metros de distancia. Ahora lo comprendía: al ayudar a enterrar a la víctima, se hacía cómplice del delito.

Lo peor de todo era que no podía negarse a participar. No es que se viera obligado porque tenía miedo, se apresuró a asegurarse a sí mismo. No temía a Ed, ni a la más vasta aunque más difuminada figura que se erguía detrás de él, la sociedad HK. El hecho determinante era que los horstels no eran humanos. No tenían alma, aunque su aspecto, distribución de pelo aparte, fuera parecido al de los hombres.

No era asesinato matar a uno, no asesinato en un sentido verdadero; legalmente, lo era. Pero ningún humano lo consideraba un asesinato real. Matar a un perro no era asesinato. ¿Por qué tenía que serlo liquidar a uno de los Wiyr?

Había cierto número de razones para que los tribunales lo considerasen así. La más poderosa era que se veían obligados a hacerlo. El gobierno dionisiano tenía un contrato que establecía un procedimiento judicial para tales relaciones hombre - horstel. Pero ningún humano experimentaría un sentimiento de culpabilidad, de haber ofendido a su Dios, a causa de la muerte.

—¿Por qué, entonces, esta inquietud en su interior?

Maquinalmente, dijo:

—¿Crees que la tumba es bastante profunda? Los perros salvajes o los hombres lobo podrían desenterrarle fácilmente.

—Veo que estás utilizando tu cerebro, Jack. Por un instante creí... Bueno, no importa. Desde luego, los perros pueden llegar hasta él. Pero no lo harán. Mira.

Rebuscó en su bolsa y sacó un pequeño frasco de un líquido claro.

—Nodor. Cubre cualquier olor durante veinticuatro horas. Para entonces los sextones habrán terminado con él. Sólo quedarán los huesos.

Esparció el contenido del frasco sobre el cadáver. El líquido se extendió en una fina película sobre el cuerpo hasta que desapareció.

Ed echó a andar alrededor del claro, dejando caer un par de gotas donde veía sangre o hierba aplastada. Cuando le pareció que había desodorizado bien el lugar, recogió la larga trenza rubia del suelo, echó unas gotas sobre ella y la guardó en su bolsa.

Dijo, en tono casual:

—¿Quieres cubrir el cadáver?

Jack apretó los dientes y permaneció inmóvil durante largo rato. La negativa tembló en su lengua. Deseaba aullar: «¡Asesino! ¡Asesino!», y echar a correr. Pero la razón le mantuvo silencioso. O seguía ahora con Ed, esperando una oportunidad más tarde, o —y su mente no rechazó el cuadro como el siguiente paso plausible, aunque

su estómago sí— podía matar a Ed y arrojar su cadáver al agujero.

Por monstruoso que pareciera, sería la única manera de evitar las complicaciones que seguramente se producirían. Tendría que unirse a la HK, o tendría que morir.

Suspirando, empezó a echar tierra sobre el cadáver.

—¡Eh, Jack, mira eso!

Jack miró hacia donde apuntaba el dedo índice de Ed, y vio a un sextón agachado debajo de una hoja caída. No era mayor que el nudillo de su pulgar, y su largo y delgado hocico temblaba incesantemente. Luego desapareció con increíble rapidez.

—¿Qué apuestas a que esta noche él y sus millares de hermanos dejarán limpios de carne los huesos del sátiro?

—Sí —replicó Jack en tono agrio—. Y cuando esos carroñeros hayan terminado, la tierra de encima de los huesos se hundirá y dejará una depresión. Si es observada y los Wiyr desentierran los huesos, sabrán que su compañero murió asesinado. Hubiera sido más inteligente por tu parte dejar el cadáver sobre el suelo. De ese modo no habrían podido saber, por los simples huesos, qué le había ocurrido. Su muerte se hubiera considerado accidental, o al menos por causas desconocidas. Así, sabrán que es asesinato.

—Tendrías que haber planeado esto, Jack —dijo Ed—. Eres listo. Serás una buena adquisición para la sociedad. Jack gruñó y luego dijo:

—Pensándolo bien, esa espina dorsal semiseccionada lo revelaría. Tal vez sea mejor que esté enterrado.

—¿Ves lo que quiero decir? Tú hubieses tenido el suficiente sentido común para no tocar su espinazo cuando le apuñalabas. Estoy seguro de que vas a ser un gran matador, Jack.

Jack no supo si reír o llorar.

Ed contempló a su alto primo mientras alisaba la tumba para ponerla a nivel con el suelo contiguo. Habló apresuradamente, como si tratara de sacar algo fuera antes de cambiar de idea y guardarlo dentro.

—Jack, ¿sabes una cosa? Me eres simpático, pero los sentimientos personales no cuentan. Cuando te vi llegar, pensé que podría verme obligado a matarte también a ti, para cerrarte la boca. Pero eres un buen elemento. Completamente humano.

—Soy humano —respondió Jack. Continuó trabajando. Mientras Ed cortaba las puntas de los tallos de hierba manchados de sangre, Jack reemplazaba cuidadosamente los trozos de césped sobre la tierra desnuda. Hecho esto, se irguió para examinar su trabajo.

No estaba satisfecho. Si los Wiyr se acercaban allí, con su conocimiento del bosque, detectarían lo artificial de la hierba reemplazada. La única posibilidad de escapar con bien sería que los cazadores no pasaran por el claro o que, si pasaban por allí, lo hicieran sin prestar atención. Conociendo la minuciosidad de los aborígenes,

Jack no estaba tranquilo. Dijo:

—Ed, ¿es este tu primer asesinato? ¿O de otros miembros de la HK?

—¡No es asesinato! ¡Es guerra! ¡No lo olvides! Sí, es el primero para mí. Pero no para otros. Hemos matado secretamente a otros dos horstels aquí, en el Condado de Slashlark. Uno de ellos era una sirena.

—¿Ha desaparecido misteriosamente algún miembro de la HK?

Ed volvió la cabeza con inusitada rapidez, como si acabara de recibir un golpe.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Los horstels son listos. ¿Crees por un solo instante que no habrán imaginado lo que está pasando? ¿Y que no tomarán parte en el juego? Ed Wang trago saliva.

—¡Ellos no harían eso! Tienen un contrato con nuestro gobierno. Si nos atrapan, han empeñado su palabra de que nos entregarán a los tribunales humanos.

—¿Cuántos funcionarios del gobierno son miembros de la HK?

—¿Sabes una cosa, Jack? Hay algo que se llama pasarse de listo.

—No es por ahí. Lo que trato de decir es que los Wiyr son realistas. Saben que, legalmente, un humano asesino de un horstel está sometido a la pena de muerte. Y también saben que, en realidad, resulta casi imposible condenar a un hombre en nuestros tribunales por una acusación semejante.

»Es cierto que un horstel está atado por la palabra empeñada. Pero existe una cláusula que dice que si la otra parte actúa obviamente de mala fe, el contrato quedará cancelado automáticamente.

—Sí, pero hay que comunicarlo a la otra parte.

—Es cierto. Pero la tensión va en aumento. Un día de éstos se producirá un estallido. Los horstels lo saben. Y tal vez van a organizar su propia HK: los Matadores de Humanos.

—¡Estás loco! Ellos no harían nada semejante. Además, no falta ningún hombre de la HK.

Jack decidió que no sacaba nada en limpio. Dijo:

—Hay un arroyo cerca de aquí. Será mejor que vayamos a lavarnos. Y luego nos echaremos un poco de Nodor. Ya sabes lo agudo que tienen el olfato los horstels.

—Como los animales. Son bestias del campo, Jack.

Después de haberse lavado y de haber borrado las huellas de pasos que habían dejado en la fangosa orilla, decidieron separarse.

—Te haré saber cuándo celebramos nuestra próxima reunión —prometió Ed—. Oye, ¿qué te parece si llevas tu espada a ella? Aparte de la de Lord How, es la única arma de hierro en el condado. Sería un maravilloso símbolo de nuestra organización, una especie de punto de reunión.

—Es de mi padre. La tomé sin permiso suyo cuando fui a la caza del dragón. No sé lo que dirá cuando regrese. Pero apuesto a que la encerrará en un lugar inaccesible

para mí.

Ed se encogió de hombros, sonrió de una manera enigmática y se despidió.

Jack le contempló mientras se alejaba. Luego, sacudiendo la cabeza como un hombre que trata de despertarse a sí mismo, echó a andar.

Walt Cage salió del establo y atravesó el patio. Sus botas se clavaban en el húmedo suelo y chirriaban cuando tiraba de ellas. Los gansos en su camino huían, profiriendo unos gritos que crispaban los nervios. Lejos de sus peligrosos pies, se paraban a mirar con sus grandes ojos azules de párpados dobles. Se balanceaban sobre dos largas y delgadas patas y agitaban sus rudimentarias alas —membranas extendidas sobre largos huesos de los dedos— y erguían sus sucias cabezas. Las nursers emitieron una serie de ahogados ladridos que llamaban a sus crías a alimentarse de las dos hinchadas ubres que colgaban entre sus patas. Las gallinas ponedoras de huevos mordieron envidiosamente a las nursers con diminutos y afilados dientes y luego huyeron mientras los grandes gallos las empujaban hacia sus nidos. De cuando en cuando, los machos arremetían uno contra otro picoteando, pero lo hacían por pura fórmula: siglos de domesticación habían aguado su agresividad.

Todos compartían un intenso hedor que era una mezcla del de una lata de basura abierta al cálido sol y el de un perro mojado. Lastimaba y ofendía al olfato más tolerante. Serenos, ellos moraban en medio del hedor y no les importaba en absoluto.

Walt Cage refunfuñó «¡Aggh!», y escupió contra ellos. Luego se sintió levemente avergonzado de sí mismo. Después de todo, los animales no podían evitar su hedor. Y su carne y sus huevos eran deliciosos y producían bastantes beneficios.

Se encaminaba al porche delantero de su casa cuando recordó el barro en sus botas. Kate le mataría si volvía a ensuciar el vestíbulo. Se desvió hacia su oficina. Bill Kamel, su capataz, probablemente le estaría esperando allí, de todos modos.

Bill estaba sentado en la silla de su jefe, fumando una pipa y reposando sus fangosas botas sobre el escritorio de Walt. Cuando el propietario cruzó la puerta, Bill se levantó con tanta precipitación que la silla cayó hacia atrás y al suelo.

—Adelante —ladró Walt—. No me importa.

Cuando Kamel se movió indeciso para recoger la silla y sentarse, Walt se le anticipó apartándole a un lado y sentándose. Gruñó:

—¡Vaya un día! No he logrado que se hiciera nada. Me fastidia esquilar unicornios, de todos modos. ¡Y esos horstels! Siempre parando para probar aquella nueva remesa de vino.

Bill tosió semiconscientemente y sopló el humo a un lado.

—No te preocupes por si huelo tu aliento —gruñó Walt—. Yo mismo me tomé un par de vasos.

Bill enrojeció. Walt se inclinó hacia adelante y tomó un lápiz.

—De acuerdo. Vamos a por ello.

Bill cerró los ojos y empezó el informe.

—Todos los arados están provistos ahora de hojas de madera-de-cobre nuevas. Nuestro agente en Slashlark dice que puede conseguir una de esas hojas de cristal duro para fines experimentales. Barata. Llegaría aquí dentro de una semana, puesto que vienen por barco. Se supone que conservan su filo dos veces más tiempo que la madera. Le dije que tú habías dicho que reemplazaríamos todas nuestras hojas con ellas si el cristal daba el resultado prometido..., ¿de acuerdo? Y él dijo que conseguiría un descuento del diez por ciento si nosotros recomendábamos las hojas a nuestros vecinos.

»El Pastor de los Unicornios dice que los treinta potros con los que empezó a trabajar han quedado reducidos a cinco. Podrían servir para el arado, y podrían no servir. Ya sabes lo nerviosos y poco dignos de confianza que son esos animales.

—¡Desde luego que lo sé! —dijo Walt Cage impacientemente—. ¿Crees que he trabajado en el campo veinte años para nada? ¡Dionisio, cómo odio arar en primavera, y cómo odio a los unicornios! ¡Oh, si tuviéramos un animal que pudiera tirar de un arado sin tratar de escapar cada vez que una alondra pasa volando y proyecta su sombra en el suelo!

—El Contador de las Abejas informa que hay mucho ruido en las colmenas. Calcula que tenemos unas quince mil abejas. Tendrían que empezar a salir la semana próxima. La cosecha de miel de invierno será más pequeña este año debido a que hay más crías que alimentar.

—Eso significa menos dinero. ¿No hay nada que marche bien? —preguntó Walt.

—Bueno, la primavera próxima tendremos más miel, debido a que este invierno hemos tenido más crías.

—Utiliza el cerebro, Bill. Esas crías producirán más crías y se comerán toda la miel de invierno. ¡No me digas lo grande que va a ser la cosecha!

—Eso no es lo que dice el Contador. Dice que cada tres años las reinas devoran el exceso de crías para que la cosecha de miel sea mayor. El año próximo es el tercero.

—¡Bien! —le interrumpió Walt—. Me alegro de que haya algo que marcha bien. Pero el año próximo aumentarán los impuestos, y me veré apurado para pagar un impuesto sobre una cosecha mayor. El pasado año, siendo menor, ya me resultó gravoso.

Bill le miró con aire inexpresivo y continuó:

—El Receptor de las Alondras dice que la recogida de huevos será casi la misma que el año pasado, unos diez mil. Es decir, a menos que los hombres lobo y los

enmascarados aumenten, en cuyo caso seremos afortunados si recogemos la mitad.

—Lo sé —gruñó Cage—. Lo sé, y confiaba en las ganancias de los huevos para pagar las nuevas hojas de los arados. Y comprar un carruaje nuevo.

—No sabemos si la recogida no será superior a la del año pasado —dijo Bill.

—Escucha, esos sátiros duermen con la Vieja Madre Naturaleza, la conocen como un hombre conoce a su esposa. Mejor —añadió Walt, mientras acudían a su mente ciertas dudas acerca de su esposa—. Si el Receptor cree que los hombres lobo aumentarán, lo harán. Y eso significa que tendré que contratar a algunos guardias de Slashlark y tal vez pagar para una gran cacería.

Kamel enarcó las cejas, y resopló furiosamente mientras refrenaba su impulso de mostrarle a su jefe cómo se estaba contradiciendo a sí mismo acerca de la fiabilidad de los horstels.

Los ojos de Cage se contrajeron mientras tiraba de los pelos de su espesa barba negra como si fueran pensamientos maduros listos para arrancar.

—Lord How se ha comprometido a mantener bajo el número de hombres lobo. Tal vez él podría sufragar los gastos. Si pudiera hacerle llegar una sugerencia y dejar que la rumiara hasta que creyera que era idea suya, podría organizar una cacería. Si yo no tuviera que pagar la comida para los cazadores y los perros...

Se relamió los labios, sonrió, y frotó sus manos.

—Bueno, ya veremos. Continúa.

—El Cuidador del Huerto dice que la cosecha de totum debería ser mayor que nunca. El año pasado recogimos sesenta mil bolas. Este año el Cuidador calcula setenta mil. En el supuesto de que no aumenten las alondras cuchillo.

—¿Qué más? Cada vez que me dices algo, soy un hombre rico en una respiración y un hombre pobre en la siguiente. Bueno, no te quedes ahí sentado fumando. Dime, ¿qué dice el Receptor de las Alondras?

Bill se encogió de hombros.

—Dice que tendría que haber un aumento de al menos un tercio.

—¡Más gastos!

—No necesariamente. El Rey Ciego me sugirió anoche que él puede conseguir ayuda de un grupo nómada de su pueblo y que no costaría nada excepto su comida y su vino. Y él pagaría el importe a medias contigo.

Bill hizo una pausa y se preguntó si debía darle a Walt las malas noticias que se había estado reservando. No tuvo la posibilidad de hacerlo, ya que el jefe dijo:

—¿Has comprobado las cuentas del Cuidador del Huerto?

—No, no creí que fuera necesario. Los Wiyf no mienten.

Con el rostro enrojecido, Walt rugió:

—¡Desde luego que no! No mentirán mientras sepan que comprobamos siempre sus cuentas.

Las mejillas de Kamel reflejaron el calor de las de Cage, y abrió la boca para replicar. Luego se alzó de hombros y cerró los labios.

Walt habló en un tono más suave:

—Bill, eres demasiado crédulo. Confiar en los horstels puede causarte problemas.

Bill concentró su mirada en un punto situado más allá de la cabeza incipientemente calva de Cage y expelió una bocanada de humo con aire meditabundo.

—Por el amor de Dios, Bill, deja de alzarte de hombros cada vez que digo algo. ¿Intentas volverme loco?

—No. No tengo que intentarlo.

—De acuerdo. Yo me lo he buscado. Quizá me salgo de mis casillas de vez en cuando. Pero no soy el único. El mismo aire parece temblar como una cuerda floja. Dejemos eso. ¿Cómo está lo de establecer una guardia nocturna para ese dragón?

—Los horstels dicen que el dragón tomará unos cuantos unicornios y no volverá hasta el año próximo. Mientras no le ataquen no causará daño a nadie. Hay que dejarlo en paz.

Cage golpeó fuertemente el escritorio con el puño cerrado.

—¡Oh! De modo que he de quedarme sentado sobre mi gordo trasero para contemplar cómo ese monstruo se larga con mi ganado... Pondrás a Job y a Al a construir una trampa.

Bill dijo:

—¿Qué me dices de Jack? Tal vez lo ha matado.

—¡Jack es un insensato! —rugió Walt—. Le dije que esperase hasta que se organizara una partida de caza. Después del esquila de los unicornios y de la arada de primavera, desde luego. Ahora no puedo prescindir de un hombre ni de un horstel.

»Pero ese estúpido de hijo mío, ese idiota romántico y sin seso, tuvo que salir detrás de algo que podría aplastarle con un movimiento de su cola. Bueno, ese grandullón inútil es lo bastante alocado como para atacar a esa fiera sin la ayuda de nadie. ¡Y lograr que le arranquen la cabeza! ¡Llenará de pena a su madre y convertirá a su padre en un anciano!

Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas y mojaron su barba. Atragantándose, medio ciego, se levantó y salió de la oficina. Kamel se quedó contemplando pensativamente su pipa y preguntándose cuándo podría darle al hombre las malas noticias.

En el lavabo, Walt Cage vertió un cántaro de agua recién sacada del pozo en un cuenco y se refrescó el rostro. Las lágrimas dejaron de fluir; sus hombros cesaron de temblar. Quitándose su chaqueta sin mangas, se lavó los brazos y el torso concienzudamente. El espejo reflejó los ojos abotargados e inyectados en sangre, pero podría atribuirlo a los pelillos que flotaban en aire en el cobertizo de esquila.

Bill era un buen muchacho y no diría una sola palabra acerca de su depresión. Nadie más tenía por qué saberlo. Ni siquiera sus familiares, que podrían sentir menos respeto hacia él. Ya resultaban bastante difíciles de manejar tal como estaban las cosas. Un hombre no lloraba nunca; las lágrimas eran para las mujeres...

Se peinó su barba y dio gracias a Dios por no haber sucumbido al capricho de la moda afeitándose las patillas. No le gustaba parecer una mujer o un sátiro imberbe. Era una moda que revelaba la insidiosa influencia horstel.

Mientras se estaba poniendo una chaqueta limpia, sin mangas y atada floja en la parte delantera para que asomaran su peludo pecho y su estómago moreno, negro y gris, oyó la llamada para la cena. Se quitó las botas sucias y se puso unas zapatillas limpias. Luego entró en el comedor y echó una mirada a su alrededor.

Sus hijos estaban de pie detrás de sus sillas, esperando a que él ayudara a sentarse a su madre al pie de la mesa antes de tomar asiento. Sus ojos verdes se posaron rápidamente en sus hijos Walt, Alee, Hal, Boris y Jim, y sus hijas Ginny, Betty, Mary y Magdalene. Dos sillas estaban vacías.

Kate, anticipándose a su pregunta, dijo:

—He enviado a Tony a la carretera por si llegaba Jack.

Walt gruñó y ayudó a sentar a Kate. Observó que el sarpullido que la afectaba desde hacía unos días había empeorado. Si seguía arrugando y enrojeciendo su piel habitualmente satinada, la llevaría a Slashlark para que el doctor Chander le echara una mirada. En cuanto terminar el esquileo, desde luego.

Cuando se hubo sentado a la cabecera de la mesa, Lunk Croatan, el criado de la casa, salió precipitadamente de la cocina. Casi dejó caer sobre el regazo de su amo la bandeja de humeante «carnero» unicornio.

Walt olfateó el aire y dijo:

—Has estado otra vez probando el vino totum, ¿eh, Lunk? ¿De juguera por ahí con los sátiros?

—¿Por qué no? —replicó Lunk con voz ronca—. Se están preparando para una gran fiesta. El Rey Ciego acaba de enterarse de que su hijo y su hija regresan esta noche de las montañas. Ya sabe lo que eso significa. Mucha música, cantos, unicornio a la parrilla y perro asado, vino, cerveza, narraciones y baile.

»Y —concluyó maliciosamente— nada de esquileo. Durante tres días, al menos.

Walt dejó de trocear el carnero.

—¡Ellos no pueden hacer eso! Tienen un contrato para ayudar a esquilar. Tres días de retraso significarían para nosotros perder la mitad de nuestra lana. Al final de esta semana los animales empezarán a mudar el pelo. ¿Qué pasará entonces?

Tambaleándose, Lunk dijo:

—No hay que preocuparse. Ellos llamarán a los habitantes del bosque para que ayuden. Y todo estará terminado en el plazo previsto. ¿Por qué ponerse histérico,

pues? Todos lo pasaremos bomba y luego trabajaremos duro para ponernos a tono...

—¡Cállate! —gruñó Cage.

—Hablo cuando quiero hablar —dijo Lunk con una dignidad algo disminuida por el movimiento hacia atrás y hacia adelante de su cuerpo—. Le recuerdo que ya no soy un criado atado por un contrato. He trabajado hasta liquidar mi deuda, y ahora puedo marcharme en el momento en que lo desee. ¿Qué opina de eso?

Y salió lentamente de la habitación.

Walt se levantó con tanta rapidez que su silla cayó hacia atrás, sobre el suelo.

—¿Hacia dónde camina el mundo? Ya no hay ningún respeto para aquéllos que lo merecen. Criados... la generación más joven...

Luchó en busca de palabras.

—Ninguna barba... todos los jóvenes con el rostro afeitado y dejando crecer sus cabellos... las mujeres con corpiños escotados enseñando los pechos como si fueran sirenas. Incluso algunas de las esposas de funcionarios en Slashlark están imitando la costumbre... A Dios gracias, ninguna de mis hijas tendría el atrevimiento y la falta de decoro que se precisan para llevar esos vestidos.

Miró a las muchachas alrededor de la mesa. Ellas a su vez se miraron mutuamente con los párpados entornados. ¡Ya no podrían llevar aquellos vestidos nuevos para el Baile Militar! No, a menos que añadieran mucho más encaje al escote en forma de «V». ¡Y menos mal que la modista no los había traído aún a la granja!

Su padre agitó su cuchillo y tiró jugo sobre la chaqueta nueva de Boris. Gritó:

—¡Eso es influencia horstel, desde luego! Por Dios, si la raza humana tuviera hierro para fabricar armas de fuego, eliminaríamos a esa raza de salvajes impíos, desnudos, inmorales, indecentes, gandules, borrachos y arrogantes. Ved la influencia que han ejercido sobre Jack. Siempre se mostró demasiado amistoso con ellos. No sólo aprendió el horstel infantil, sino que conoce la mayor parte del lenguaje de los adultos. Ha sido seducido por sus diabólicas sugerencias para dejar de trabajar en la granja... ¡mi granja!... la granja de su abuelo, que en paz descanse.

»¿Por qué creéis que está arriesgando su vida en la caza de ese dragón? Para cobrar la recompensa por la cabeza y marcharse a estudiar a Farfrom con Roodman, un hombre que ha sido investigado por herejía y tratos con el demonio...

»Por qué, por qué, incluso si trae la cabeza del dragón, aunque probablemente su cuerpo está hecho pedazos y esparcido en alguna perdida espesura...

Kate gritó: «¡Walt!», y Ginny y Magdalene profirieron unos chillidos.

—¿Por qué no podría utilizar la recompensa —si la consigue— como una dote para la mano de Elizabeth Merrimoth? ¿Uniendo su granja y su fortuna con las de ella? Ella es la muchacha más bonita del condado, y su padre es, después de Lord How, el hombre más rico. Que se case con ella y engendren hijos para la mayor gloria del Estado, la Iglesia y Dios... además de la satisfacción que proporcionaría a mi

corazón.

Lunk Croatan volvió a salir de la cocina. Llevaba un enorme cuenco de pudding de huevos.

Cuando Walt gritó su última afirmación, Lunk cerró los ojos, se estremeció y dijo en voz alta:

—¡Señor, protégenos de tan satánico orgullo!

Avanzó unos pasos. El dedo pulgar de su pie derecho, descalzo, se enganchó en el borde de una alfombra de cola de oso y cayó hacia adelante. El cuenco aterrizó sobre la cabeza incipientemente calva de Walt; el pudding espeso y caliente cayó en cascada sobre su rostro, empapó su barba y descendió hasta su chaqueta limpia.

Aullando de dolor, sorpresa y rabia, Walt se puso en pie de un salto. En aquel momento resonó un grito al otro lado de la ventana del comedor. Un segundo más tarde, el pequeño Tony entró corriendo en la habitación.

—¡Viene Jack! —gritó—. ¡Está llegando! ¡Y somos ricos! ¡Somos ricos!

Jack Cage oyó el canto de la sirena.

Estaba lejos, y estaba cerca. Era la sombra de una voz pidiendo que fuera encontrada la substancia de la dueña.

Jack dejó la carretera y se adentró en la espesura. La masa amarilla de Samson le precedió. Las notas de una lira vibraron a través de los pasillos de verdor. Tras muchas vueltas y revueltas a través de estrechas avenidas bordeadas de troncos de árbol, se paró a explorar. El bosque se interrumpía en el verdor de un pequeño claro que era una taza de luz solar derretida. En su centro había un gran peñasco de granito, dos veces más alto que un hombre. La parte superior había sido labrada en forma de asiento.

La sirena estaba sentada en el asiento, y cantaba. Mientras su extraña y encantadora canción se alzaba al aire, la sirena peinaba sus largos y dorados cabellos con la concha seca de una cilia de lago. Debajo de ella, en cuclillas en la base del peñasco y pulsando las cuerdas de la lira, había un sátiro, un horstel macho.

Ella estaba mirando a través de una abertura en el claro: un bulevar bordeado de árboles que descendía por la ladera de la montaña y proporcionaba una vista de parte de la región al norte de Slashlark. Jack pudo ver la granja de su padre. Estaba tan lejos que parecía tan pequeña como la palma de su mano, pero podía distinguir la blanca lana y los blancos cuernos de los unicornios brillando al sol cuando inclinaban sus cabezas hacia la hierba o corrían a través de los prados.

Por un instante, le distrajo de los horstels una oleada de añoranza. La casa principal resplandecía en rojo mientras el sol se reflejaba en los cristales alojados en los troncos de los árboles-cobre. Era un edificio de dos pisos, de construcción robusta y tejado plano de modo que los hombres pudieran andar por encima en épocas de asedio. Había un pozo en el centro del patio, y en cada una de las cuatro esquinas del tejado había una catapulta, un lanzabombas.

Cerca estaba el establo. Y más allá la extensión cuadrículada de campos y huertos. En un prado en el extremo norte de la granja se erguían doce brillantes colmillos blancos de marfil, dientes de la tierra, el cadmio.

La carretera que discurría junto a la granja podía ser seguida en la mayoría de sus rodeos hasta que alcanzaba la sede del condado, Slashlark. La ciudad quedaba oculta

por unas altas colinas muy pobladas de árboles.

Jack retornó a su entorno inmediato cuando la sirena se levantó para dedicar sus últimos saludos a la región a la cual regresaban su compañero macho y ella después de tres años de «ritos» en las montañas remotas.

Una abertura entre los árboles la silueteó contra el azul del cielo. Jack retuvo el aliento con súbita admiración. Era un ejemplar espléndido: una belleza depurada en mil años de crianza. Como todos los Wiyр, no llevaba nada a excepción de un peine en el pelo. En aquel momento, estaba pasando sus dientes a través de la espesa mata rojiza y dorada. El seno izquierdo, siguiendo los movimientos del brazo, ascendió y descendió como el hocico de algún animal euclidiano alimentándose del aire. Y los ojos de Jack se alimentaron de su belleza.

Un soplo de aire levantó un bucle y reveló una oreja de forma humana. Ella se volvió ligeramente y puso de manifiesto una distribución de pelo muy poco humana. Una espesa crin brotaba de la base de su nuca y caía en cascada desde la punta de su columna vertebral: la cola de caballo.

Sus anchos hombros estaban tan desprovistos de pelo como los de una mujer, lo mismo que el resto de su espalda excepto la columna vertebral. Jack no podía verla por delante, pero sabía que sus lomos eran peludos. El vello púbico de un horstel era lo bastante largo y espeso como para satisfacer el deseo de cubrir los genitales; colgaba como un taparrabo sobre los muslos.

Los machos eran tan peludos entre el ombligo y los muslos como el mítico sátiro del cual derivaban su nombre. Las hembras, en cambio, tenían las caderas desnudas a excepción del triángulo púbico, que era realmente un diamante, ya que la base de otra forma de tres esquinas crecía de él, ascendía por el vientre y se enroscaba en el ombligo, que parecía un ojo en equilibrio sobre el ápice de una resplandeciente pirámide de oro.

Aquél era el símbolo Wiyр para una hembra: omicrón alanceado por un delta.

Perdido en su admiración, Jack esperó hasta que la lira emitió su nota final y la voz de contralto de la sirena se apagó en la isla de verdor.

Por un instante hubo silencio. Ella permaneció inmóvil como una estatua de bronce coronada de oro; el sátiro agachado sobre su instrumento, con los ojos cerrados y meditando.

Jack surgió de detrás de un árbol y entrechocó sus manos. La explosión fue como una no deseada, incluso profana, intrusión en el silencio semirreligioso que había seguido a la música. Probablemente los dos Wiyр se habían sumido en uno de sus voluntarios estados semimísticos.

Ninguno de los dos pareció sobresaltarse, ni siquiera sorprenderse. Jack, maliciosamente, había esperado lo contrario. Pero su serenidad al volver los ojos hacia él y la gracia de sus cuerpos al seguir a los ojos le inspiraron enojo y una leve

vergüenza. ¿Acaso no aparecían nunca incómodos ni turbados?

—Buenas tardes, Wiyr —dijo.

El sátiro se puso en pie. Sus dedos discurrieron sobre las cuerdas de la lira en simulación de una voz inglesa. «Buenas tardes», dijeron las cuerdas.

La hembra hundió el peine en sus cabellos, se irguió sobre la roca como un buceador y saltó al suelo. Sus rodillas dobladas aminoraron el choque; el impacto hizo rebotar sus senos grandes y conoides de un modo que desconcertó a Jack. Antes de que cesara el temblor la sirena se había acercado a él. Sus iris azul-púrpura contrastaban agradablemente con el siniestro amarillo-gatuno de los de su hermano.

—¿Cómo estás, Jack Cage? —dijo ella en inglés—. ¿No me conoces?

Jack parpadeó al reconocerla.

—¡R'li! ¡La pequeña R'li! Pero, tú... ¡sagrado Dionisio!... ¡Cómo has cambiado! ¡Crecido!

Ella se pasó una mano por los cabellos.

—Naturalmente. Tenía catorce años cuando me marché a las montañas para los ritos, hace tres años. Diecisiete significan que soy una adulta. ¿Acaso hay algo sorprendente en eso?

—Sí... no... es decir... parecías una escoba... y ahora... —Maquinalmente, su mano describió una curva.

—No necesitas ruborizarte. Sé que tengo un cuerpo hermoso. Sin embargo, me gustan los cumplidos, y puedes dirigirme tantos como quieras. Con tal de que sean sinceros.

Jack notó que su rostro se llenaba de calor.

—No... no me has entendido. Yo... —se atragantó, indefenso ante la terrible ingenuidad de la horstel.

La sirena debió compadecerle, ya que trató de despersonalizar la conversación.

—¿Tienes algún cigarrillo? —preguntó R'li—. Nosotros terminamos los nuestros hace unos días.

—Tengo tres. Los justos.

Sacó un estuche del bolsillo de su chaqueta. Estaba fabricado con cobre caro y era un regalo de Bess Merrimoth. Del estuche sacó tres cilindros de papel oscuro y basto conteniendo tabaco. Inconscientemente, ofreció el primero a R'li porque era una hembra. Su mano olvidó representar el acostumbrado papel rudo del humano en su trato con el horstel.

Sin embargo, llevó un cilindro a sus propios labios antes de ofrecer uno al hermano. El sátiro debió observar el desliz, ya que sonrió de un modo peculiar.

Cuando R'li se inclinó para encender su cilindro en el fósforo que Jack rascó para ella, alzó la mirada. Sus ojos azul-púrpura eran tan encantadores —Jack no pudo evitar el pensarlo— como los de Bess Merrimoth. Nunca había sido capaz de

comprender lo que quería decir su padre al afirmar que mirarse en sus ojos era mirarse en los de una bestia.

Ella aspiró una profunda bocanada de humo, tosió y expelió nubes por sus fosas nasales.

—Un veneno —dijo—. Pero me gusta. Uno de los regalos que los humanos trajisteis de la Tierra fue el tabaco. Me pregunto qué hubiéramos hecho nosotros sin él...

¿Estaba siendo sarcástica? En caso afirmativo lo era de un modo tan sutil que Jack no podía estar seguro.

—Ese parece ser el único vicio que os hemos pegado —replicó—. Es el único regalo que habéis aceptado. Y se trata de algo que no es esencial.

Ella sonrió.

—Oh, no es el único regalo. Nosotros comemos perros, ya lo sabes. —Miró a Samson.

Éste, como si intuyera lo que ella estaba diciendo, se acercó más a su amo. Jack no pudo evitar el mostrar su desagrado.

—No tienes por qué preocuparte, gran león —le dijo ella a Samson—. Nunca cocinamos a los de tu raza. Sólo a perritos gordos y estúpidos.

Se volvió hacia Jack.

—En cuanto a lo que estábamos diciendo, no debes tener la impresión de que los terráqueos llegasteis a nosotros con las manos vacías. Hemos aprendido mucho más de lo que crees.

Sonrió de nuevo. Jack se sintió estúpido... como si las lecciones administradas por los seres humanos hubiesen sido negativas. Mrrn, el hermano de R'li, habló con ella en rápido lenguaje de adulto. Ella respondió con las pocas sílabas necesarias (traducida al inglés, sospechó Jack, la conversación habría requerido mucho más tiempo), y luego dijo en lenguaje humano:

—Mrrn quiere quedarse aquí y trabajar en una nueva canción que ha estado componiendo. La interpretará mañana en nuestra fiesta de bienvenida. Yo te acompañaré hasta lo de mi tío. Es decir, si no te importa. Jack se alzó de hombros.

—¿Por qué habría de importarme?

—Puedo pensar en media docena de motivos. El primero y principal, algún humano podría vernos y acusarte de confraternizar con una sirena.

—Andar por un camino público con uno de vosotros no constituye confraternización, jurídicamente.

Caminaron en silencio por el pasillo entre el follaje hasta la carretera. Samson marchaba un poco adelante. Detrás de ellos, brotaron las notas de la lira en una falange de furor. Lo que en el canto de su hermana había sido dulce y alegre y teñido de cierta espiritualidad, en la interpretación de Mrrn era dionisiaco, frenético.

A Jack le hubiera gustado quedarse para escucharlo. Aunque nunca lo había confesado, desde luego, pensaba que la música horstel era maravillosa. Ninguna excusa razonable para demorarse acudió a su mente, de modo que siguió andando a lo largo del pasillo del bosque. Cuando llegaron a la carretera y doblaron la esquina, las notas se debilitaron, amortiguadas por los altos árboles y el espeso follaje.

La carretera se curvaba alrededor de la montaña en suave declive; una calzada de quince metros de anchura y al menos mil años de antigüedad. Estaba compuesta de alguna materia gris de mucho espesor que debió ser vertida en forma líquida y luego endurecida, ya que no se mostraba en bloques sino formando una franja continua. Parecida a la piedra, daba una impresión de elasticidad, como si se hundiera bajo el peso de uno. Aunque el sol era cálido, la calzada estaba fresca bajo los desnudos pies. Por lo visto, dejaba pasar el calor y lo almacenaba debajo, ya que durante el invierno el proceso se invertía. Entonces la superficie irradiaba calor, el suficiente para evitar que los pies sin cubrir se helaran incluso en el tiempo más frío. La nieve y el hielo se derretían y caían por la suave ladera.

Era una de las millares que cubrían como una telaraña el continente de Avalon, una red cuya facilidad de transporte había permitido al género humano extenderse con tanta rapidez a través del país.

Jack permaneció en silencio tanto tiempo que R'li, probablemente buscando un garfio en el cual colgar conversación, le pidió que le dejara ver su cimitarra. Sorprendido, Jack la desenvainó y se la entregó. Sosteniéndola por la empuñadura con una mano, ella rozó ligeramente el agudo filo con los dedos de la otra.

—Hierro —dijo—. Ésa es una terrible palabra para una cosa terrible. Me pregunto qué clase de mundo tendríamos si quedara mucho hierro. No tan bueno, creo. Jack la miró manejar el metal. Una de las leyendas que había oído en su infancia acerca de los horstels acababa de revelarse falsa. Ellos podían tocar el hierro. Sus dedos no se marchitaban, sus brazos no quedaban paralizados, y no gritaban en agonía.

R'li señaló la inscripción en la empuñadura.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé, en realidad. Dicen que es érbico, uno de los lenguajes de la Tierra.

Tomó el arma de manos de R'li y volvió la empuñadura para mostrarle dos inscripciones en el otro lado.

—Uno A. H.D. Uno del año de Homo Dare. El año que llegamos. Labrada por el propio Ananías Dare, según se dice. Esta espada fue entregada por Kamel el Turco a Jack Cage Primero, uno de sus yernos, debido a que el Turco no tenía ningún hijo que pudiera manejarla.

—¿Es cierto que tu cimitarra es tan afilada que cortaría un cabello flotante por la mitad? —dijo ella.

—No lo sé. Nunca lo he probado. Ella arrancó uno de sus largos cabellos y lo dejó caer hacia abajo. «¡Swish!».

Dos hilos rojizo-dorados cayeron al suelo.

—¿Sabes una cosa? Podrías haberle dado a ese dragón algo en qué pensar, después de todo.

Jack se quedó boquiabierto, mientras ella aplastaba el ascua de su colilla con su calloso talón.

—¿Cómo... cómo has sabido que he estado siguiendo a ese dragón?

—El dragón me lo dijo.

—¿El dragón... «te lo dijo?».

—Sí. No has dado con ella —ya sabes que es un dragón hembra— por muy poco. Estuvo un tiempo con nosotros pero se marchó cinco minutos antes de que asomaras tú. Estaba cansada de huir. Está embarazada, hambrienta y exhausta. Le aconsejé que subiera a las partes rocosas de las montañas, donde tú no podrías encontrar ninguna huella.

—¡Bueno, sencillamente asombroso! —exclamó Jack, impresionado—. ¿Y cómo diablos sabías que ella sabía que yo sabía... quiero decir, que ella sabía que yo llegaba y ella se iba... quiero decir, cómo sabías tú adónde iba ella? Supongo que hablaste con ella en el lenguaje de los dragones... —concluyó sarcásticamente.

—Exactamente.

—¿Qué?

Jack la miró a los ojos en busca de un indicio de que se estaba burlando de él. Con un Wiyр, nunca se sabe...

Ella le devolvió la mirada con dos fríos enigmas azul-púrpura. Se produjo un rápido intercambio, silencioso pero inteligible. R'li extendió su mano como si se dispusiera a apoyarla sobre el brazo de Jack, pero interrumpió el gesto a medio camino como si de pronto hubiese recordado que a los seres humanos no les gustaba ser tocados por los Wiyр. Samson gruñó en señal de advertencia y se agachó frente a ella, el pelo amarillo erizado.

Siguieron andando. Ella charlaba alegremente como si tal cosa. Para mayor fastidio de Jack, utilizaba el horstel infantil. Un adulto sólo utilizaba aquel lenguaje con otro adulto cuando quería expresarle rabia, o desprecio, o amor. R'li no podía estar enamorada de él.

Ella habló de su felicidad al regresar a casa y ver de nuevo a padres y amigos, y recorrer los amados campos y bosques del Condado de Slashlark. Sonreía a menudo; sus ojos brillaban con intenso sentimiento; sus manos se agitaban como si estuviera ahuyentando a las palabras pronunciadas a fin de dejar sitio para más; su boca roja se moldeaba en fascinantes caños mientras vertía los líquidos de su charla.

Algo extraño e inesperado le ocurrió a Jack mientras contemplaba la boca de R'li.

Su rabia se convirtió en deseo. Deseó apretarla contra él, agarrar aquella catarata rojizo-dorada que caía por su espalda y enterrar aquella boca debajo de la suya. Fue un pensamiento rápido y traicionero, y surgió a través de su corriente sanguínea, rugió en su cerebro y casi le venció.

Giró su cabeza para no ver el rostro de R'li. Su pecho se hinchó hasta el punto de que pareció que iba a estallar medio de dolor, medio de emoción. Lo que se había acumulado detrás de su esternón deseaba salir, y deseaba salir en seguida.

Pero él no lo permitiría.

De haber experimentado aquello con una de las muchachas a las que había cortejado en Slashlark —y había habido varias—, habría actuado con el pensamiento. R'li, sin embargo, era al mismo tiempo una atracción y un obstáculo. Era una sirena, una hembra a la que los hombres se negaban a llamar mujer. Inhumana, letal, se le asignaban todos los atributos de los legendarios semianimales del Mediterráneo y del Rin de la antigüedad, y nadie podía acercarse a ella sin poner en peligro su vida y su alma. El Estado y la Iglesia, en su inmensa sabiduría, prohibían al hombre tocar a una sirena.

Pero Estado e Iglesia eran lejanas y brumosas abstracciones.

R'li estaba cerca y era carne morena y dorada y ojos azul-púrpura y boca escarlata y cabellos resplandecientes y curvas magnéticas. Ella era mirada y risa y balanceo y resplandor y sombra y ven y aléjate y yo-te-conozco y tú-no-me-conoces.

Ella interrumpió su silencio de labios apretados.

—¿En qué estás pensando?

—En nada.

—¡Maravilloso! ¿Cómo te las arreglas para concentrarte tan profundamente en nada?

Su tono jocosó ayudó a Jack a recobrar su equilibrio. El pecho dejó de dolerle y pudo mirar a R'li a la cara. Ella no parecía ya la criatura más deseable del mundo; era simplemente una... una hembra que había materializado —materializar era la palabra adecuada— lo que un hombre soñaba cuando soñaba en un cuerpo.

Pero él había estado a punto... No. Nunca. Ni siquiera pensaría en ello. No debió pensar en ello. ¿Cómo pudo hacerlo? Unos cuantos segundos antes de que aquel negro y doloroso fuego se encendiera, había estado lo bastante furioso como para golpearla. Luego, el fuego y la rabia se habían metamorfoseado en deseo.

¿Qué había ocurrido? ¿Un hechizo de R'li, quizá? Jack se echó a reír, pero no le dijo el porqué cuando ella le preguntó qué era lo que le divertía tanto. Cuando trataba de atribuir sus sentimientos a magia de la sirena no era sincero consigo mismo. No creía en la brujería, de todos modos, aunque nunca lo había mencionado, desde luego. No. Ella no le había hecho víctima de ningún hechizo. A menos que fuera la brujería que cualquier hembra atractiva podía practicar sin invocar al diablo.

Nombra la cosa y déjala morir. Se llamaba lujuria, y no era nada más.

Rápidamente, hizo la señal de la cruz y juró silenciosamente que en la próxima confesión le hablaría al Padre Tappan de su tentación. Y se dijo a sí mismo que mentía y que nunca le diría una palabra de ello a nadie. Estaba demasiado avergonzado.

En cuanto llegara a casa y arreglara las cosas con su padre, iría a la ciudad a visitar a Bess Merrimoth. Podría olvidarse de R'li cuando estuviera con una agradable muchacha humana, es decir, si después de semejantes pensamientos su contacto no la ensuciaba... ¡No! Eso era una tontería, no debía pensar así. Aborrecía a aquéllos que cargaban voluntariamente con una culpabilidad y no permitían ser perdonados por Dios ni por nadie. Era una forma de autocompasión, la cual era a su vez un medio de llamar la atención.

Dándose cuenta de que tenía que salir de la cada vez más apretada espiral de introspección, hizo un esfuerzo por hablar de nuevo con R'li. Sabía que ella había estado eludiendo el tema del dragón. De modo que le preguntó por él.

—Como te he dicho —respondió R'li—, en realidad nos debes la vida a nosotros. El dragón hembra me dijo que la estabas siguiendo con la intención de matarla. En varias ocasiones podría haberte rodeado y sorprendido por la espalda. Pero no lo hizo. Su contrato con nosotros dice que sólo en caso de defensa, y como último recurso, podrá...

—¿Contrato? —cloqueó Jack.

—Sí. Tal vez hayas observado una pauta en los llamados pillajes en las granjas alrededor de Slashlark. Un unicornio de la finca de Lord How una semana. Uno de la granja de Chuckswilly la semana siguiente. La próxima, uno de la de O'Reilly. Siete días más tarde, un animal del rebaño del monasterio Filipense. Luego, uno de la granja de tu padre. Después de lo cual el círculo vuelve a empezar con Lord How, y así sucesivamente, terminando con el semental tomado hace cinco noches de los corrales de tu padre. Aparte de la pauta de rotación, las condiciones son: No pueden tomarse unicornios de tiro ni de leche. Ni yeguas preñadas. Sólo los destinados al mercado de carne. Evitar en lo posible a perros y humanos. No más de cuatro unicornios al año de cada granja. Un solo dragón para una zona. El mismo contrato el año próximo, pero sujeto a modificaciones si las circunstancias lo requieren.

—¡Un momento! ¿Quién os ha dicho a los horstels —la palabra sonó como si la escupiera— que podíais disponer de nuestra propiedad como si fuera vuestra?

R'li inclinó la mirada. Sólo entonces se dio cuenta Jack de que su mano estaba sobre el brazo de ella. La piel era tan suave que parecía semilíquida, más suave incluso (no pudo evitar el traicionero pensamiento) que la de Bess. Los ojos de R'li se posaron en la mano que se apartaba, y luego se alzaron hacia el enrojecido rostro de Jack mientras decía fríamente:

—Olvidas que, según el contrato que tu abuelo estableció con mi gente cuando convinieron en compartir la tierra de labor, os obligasteis a entregarnos cuatro unicornios al año. Esto no ha sido cumplido, dicho sea de paso, en los últimos diez años debido a que los horstels teníamos carne suficiente en nuestros rebaños. No hemos reclamado nuestros derechos porque «no somos codiciosos». —Hizo una pausa y luego añadió—: Ni le hemos dicho nada al recaudador de impuestos sobre el hecho indiscutible de que tu padre ha estado reclamando exención por esos cuatro unicornios a pesar de habérselos guardado para él.

Jack pensó que había un fallo en la explicación de R'li de las incursiones del dragón. Si se había establecido un contrato, ¿por qué no se limitaban a tomar los cuatro unicornios y se los entregaban al monstruo? ¿Por qué permitir que el animal realizara sus peligrosos asaltos nocturnos? La historia no tenía sentido.

Cierto, los horstels casi nunca mentían. Pero lo hacían alguna vez. Y sus adultos utilizaban lenguaje infantil cuando contaban ficción; «ella» lo había utilizado con él.

Aquello no significaba necesariamente que estuviera mintiendo, ya que ella le había enseñado aquel lenguaje cuando jugaban juntos siendo niños en la granja, y era lógico que siguiera utilizándolo.

Egstaw, el Vigilante del Puente, estaba de pie en la carretera, cerca de la alta torre redonda de piedra de cuarzo que era su hogar. Estaba pintando en una gran tela sostenida por un caballete.

Su esposa, Wigtwa, estaba agachada a unos treinta metros de distancia en la orilla del arroyo. Estaba despellejando a un escamoso de dos patas y de medio metro de longitud, aproximadamente, que acababa de pescar. Cerca de allí, tres chiquillos jugaban en el agua. Ana, de cinco años, no podía ser distinguida de un niño humano de su edad salvo por un escrutinio muy minucioso, que habría revelado la presencia de una pelusilla a lo largo de su espina dorsal.

Krain, un muchacho de diez años, tenía un espinazo que brillaba con tonos dorados cuando se hallaba en un ángulo determinado con el sol.

Lida, que acababa de cumplir los trece, ilustraba la fase contigua a la última de la pilosidad horstel. Una crin rojo anaranjada, de unos tres centímetros de longitud, dividía su espalda y colgaba unos treinta centímetros más allá de su coxis. Su pubis mostraba las primeras insinuaciones del diamante y el disco. Con la leve hinchazón de los senos, sugerían la próxima gloria de la sirena.

R'li chilló de placer al ver a sus tíos y primos y echó a correr hacia ellos. Egstaw soltó su paleta y sus pinceles y salió a su encuentro; Wigtwa dejó caer el escamoso y el cuchillo y corrió hacia el puente. Detrás de ella, los niños, gritando de alegría, chapotearon a través del arroyo.

Todos abrazaron y besaron a R'li muchas veces, riendo y llorando y acariciándola a ella y unos a otros. R'li empezó a hablar y a agitar sus manos frenéticamente,

tratando de comprimir en unos cuantos minutos sus experiencias de los tres últimos años.

Jack permaneció en segundo término hasta que el tío de R'li se acercó a él y le preguntó, en inglés, si tomaría un poco de pan tierno y una jarra de vino o de cerveza. Más tarde tendrían escamoso a la parrilla.

Jack respondió que no podía quedarse a esperar la comida Sin embargo, aceptaría un trago de vino y un poco de pan.

Egstaw dijo:

—No te faltará compañía humana. Tenemos otro huésped.

Agitó una mano a un hombre que acababa de salir de la torre del puente. Jack quedó sorprendido. En este condado fronterizo los forasteros eran mirados siempre con curiosidad o suspicacia o ambas cosas; especialmente uno lo bastante amigo de los nativos como para entrar en su morada.

Egstaw dijo:

—Jack Cage, te presento a Manto Chuckswilly.

Mientras se estrechaban la mano, Jack dijo:

—¿Algún parentesco con Al Chuckswilly? Tiene una granja cerca de la nuestra.

—Todos los seres humanos son hermanos —dijo el forastero gravemente—. Sin embargo, él y yo probablemente podríamos remontar nuestra ascendencia hasta el circasiano original cuyo nombre era, creo, Djugashvili. Del mismo modo que puedo remontar mi nombre de pila hasta Manteo, uno de los indios croatas que llegó con los roanoquianos. ¿Qué me dices de ti?

Jack dijo mentalmente: «¡Maldición!», y decidió dejar de hablar con el individuo lo antes posible. Evidentemente era uno de aquéllos que llevaban en la cabeza todo el árbol familiar y que ponían mucho orgullo y mucho tiempo en saltar de rama en rama e inspeccionar cada ramita, cada hoja, y las venas y tracerías en las propias hojas. Jack opinaba que era un conocimiento inútil. Todos los humanos podían pretender que descendían de todos y cada uno de los raptados originales.

Chuckswilly era muy moreno, de unos treinta años, iba completamente rasurado, y tenía una mandíbula larga, labios apretados y una nariz grande y de puente alto. Sus ropas eran caras: un sombrero de fieltro blanco, de ala ancha y copa alta; una chaqueta de piel de hombre lobo de color azul oscuro; un ancho cinturón tachonado con clavos de cobre del cual colgaban un cuchillo de madera-de-cobre y un estoque. Su corta falda era de lino, blanca y a rayas escarlatas. Las faldas se llevaban desde hacía mucho tiempo en la capital, pero no se habían hecho populares aún en los distritos rurales. Unas botas de piel de becerro completaban su atavío.

Jack le pidió que le dejara ver el estoque. Chuckswilly lo sacó de su vaina, lo tiró al aire y dejó que Jack lo cogiera. Ágilmente, Jack lo atrapó por la empuñadura. No le gustó el gesto del forastero tratando de pillarle desprevenido y hacerle parecer torpe.

Aires de gran ciudad, pensó, y se encogió de hombros.

Su actitud no escapó a los perspicaces ojos negros, ya que los labios de Chuckswilly se fruncieron para dejar al descubierto unos dientes tan inhumanamente blancos como los de una sirena.

Jack asumió la postura que le habían enseñado en la Academia Slashlark para Espadachines, saludó al forastero y luego embistió a un enemigo imaginario. Efectuó unas cuantas fintas, hasta tomarle el pulso al estoque. Luego lo devolvió.

—Maravillosamente flexible —comentó—. Fabricado con ese nuevo vidrio, ¿no es cierto? Me gustaría tener uno, desde luego. Nunca he visto ninguno por aquí. Pero he oído decir que la guarnición de Slashlark va a ser equipada con todas las invenciones más recientes. ¡Casco, coraza, perneras y escudos de cristal! ¡Lanzas y flechas, también! Y he oído decir que fabrican un cristal que aguanta las cargas de pólvora. ¡Eso significa armas de fuego! Aunque tengo entendido que los cañones sólo pueden ser utilizados una docena de veces antes de quedar inutilizados.

Se interrumpió de golpe ante un gesto apenas perceptible del forastero señalando con la cabeza al Vigilante que se acercaba.

—Simples rumores —dijo Chuckswilly—. Pero cuanto menos sepan de ellos los horstels, mejor.

—¡Oh, comprendo! —murmuró Jack. Se sentía como si hubiera traicionado un secreto de Estado—. ¿Qué dijiste que estabas haciendo?

—Como le estaba diciendo a Egstaw —dijo el hombre moreno tranquilamente—, soy uno de esos locos que buscan el Santo Grial, lo Inalcanzable, lo que Nunca-se-encontrará. En otras palabras, soy un buscador de hierro. La Reina me paga por la búsqueda de ese fabuloso mineral. Hasta ahora, como podría esperarse, no he visto ni una viruta de hierro por aquí. Ni en ningún lugar.

Ladeó la cabeza y le sonrió a Jack de tal modo que aparecieron unas grandes patas de gallo alrededor de sus ojos.

—A propósito, si pensabas denunciarme por haber entrado en una vivienda horstel, ahórrate el trabajo. Como minerólogo del Gobierno estoy facultado legalmente para hacerlo, siempre que el Wiyf afectado me invite, desde luego.

—¡No pensaba en nada semejante! —dijo Jack, enrojeciendo.

—Bueno, deberías pensarlo. Es tu obligación.

Cage estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse de allí. ¡Qué individuo más desagradable! Pero el deseo de salvar la cara y de impresionar al forastero le contuvo. Como réplica, desenvainó su cimitarra y la sostuvo en alto de modo que el sol se reflejara en ella.

—¿Qué opinas de eso?

Chuckswilly pareció envidioso y un poco asombrado.

—¡Hierro! ¡Déjamela tocar, sujétala! Jack la arrojó al aire. El hombre moreno la

agarró diestramente por la empuñadura, chasqueando a Jack, que esperaba que Chuckswilly la cogiera por el filo y se cortara la mano. ¡Un truco estúpido e infantil! Era demasiado mayor para copiar los gestos de la ciudad.

Chuckswilly azotó el aire a su alrededor.

—¡Esto cercenaría las cabezas! ¡Zas! ¡Zas! ¡Qué no podrían hacer los hombres de la Reina si tuvieran armas como ésta!

—Sí, qué no podrían hacer —dijo Egstaw secamente. Contempló cómo le era devuelta la cimitarra a su dueño—. Sinceramente, dudo mucho de algún buen resultado si encuentras una mina de hierro. Sin embargo, tal como yo lo entiendo, el contrato general establecido con el gobierno dionisio dice que cualesquiera humanos calificados pueden buscar minerales en cualquier parte, previo consentimiento del Wiyf local. En lo que a mí respecta, podéis ir a las Montañas Thruk y buscar.

»Pero los hombres lobo abundan por allí, y el contrato permite a los dragones atacar a cualquier humano que encuentren por aquellos lugares. Además, si a cualquier Wiyf que encuentres le da por matarte, puede hacerlo sin temor a represalias de los de su raza. Las Thruk, en cierto sentido, son sagradas para nosotros.

»En otras palabras, nadie os impedirá ir a las montañas. Pero nadie os ayudará. ¿Comprendes?

—Sí. En cuanto a compañeros, ¿cuántos pueden ir?

—No más de cinco. Alguno más rompería automáticamente el acuerdo. Puedo decirte que en varias ocasiones en el pasado grandes bandas subieron ilegalmente a las Thruk. No ha vuelto a tenerse noticia de ninguno de ellos.

—Lo sé. ¿Y dices que no puedes decirme si los Wiyf habéis encontrado algún rastro de hierro allí?

—No puedo. Ni quiero.

Egstaw sonrió como si supiera que estaba siendo exasperantemente misterioso.

—Gracias, Oh Vigilante del Puente.

—Eres bienvenido, Oh Husmeador de Dificultades.

Chuckswilly frunció el ceño. Acercándose más a Cage, murmuró:

—Esos horstels... Pero ya llegará el día.

Jack le ignoró para mirar a R'li, que había salido de la torre. Llevaba una bola de jabón verde hecho de grasa de totum y un puñado de hierba recién cortada. No pudo apartar sus ojos de las oscilantes caderas y del movimiento de la cola de caballo avanzando y retrocediendo como un péndulo sensual en contrapunto a las caderas. Deseaba verla bañándose en el arroyo, pero se dio cuenta de que el forastero le miraba con los ojos fruncidos.

—Teme a la sirena sin alma como a una abominación. No te acuestes con ella, ya que es la bestia del campo, y ya sabes lo que está ordenado hacerle al hombre

sorprendido con ella.

Jack replicó a las palabras de Chuckswilly, formuladas con suavidad:

—Un gato puede mirar a una reina.

—La curiosidad mató al gato.

—Una nariz afilada revela un cerebro afilado. El ocuparse de los propios asuntos produce dinero —replicó Jack, y se preguntó cuán estúpido podía ser. El comerciar en proverbios no le hacía a uno más rico, tampoco.

Se alejó para examinar la pintura de Egstaw.

El Vigilante le siguió y se la explicó en horstel infantil.

—Ése es un Arra mostrándole este planeta al primer terráqueo. Está diciéndole que aquí se encuentra su oportunidad de liberarse de las enfermedades, la pobreza, la opresión, la ignorancia y las guerras que han roído la faz de su Tierra natal. El truco es que tendrá que colaborar con los seres que ya viven aquí. Si él puede aprender de los horstels, y ellos de él, habrá demostrado que es capaz de desarrollarse en direcciones más amplias.

»Es un experimento más o menos controlado, ¿comprendes? Observa el puño izquierdo, algo amenazante. Eso simboliza lo que le puede ocurrir al hombre, aquí y en la Tierra, si no se ha reformado en la época del retorno del Arra. El hombre tiene unos cuatrocientos años para encontrar una sociedad que tendrá colaboración en su base, sin odios, agresiones ni prejuicios.

»El hombre no tendrá en Dare ningún arma superior para asesinar a los nativos, como está haciendo en la Tierra. Aquí casi todo el hierro y otros elementos pesados desaparecieron un milenio antes de la llegada del hombre.

»La sociedad asolada había sido una que utilizaba el acero, el fuego y los explosivos en una escala inconcebible. Los Wiyр viajaron en máquinas voladoras, hablaron a través de millares de kilómetros e hicieron muchas cosas que los darianos consideraríais brujería. Pero este mundo fue destrozado; quedaron muy pocos habitantes aunque, por fortuna, los más inteligentes. La mayoría de las plantas, insectos, reptiles y animales fueron eliminados por armas cuya naturaleza es actualmente desconocida.

»Pero los Wiyр crearon —no reconstruyeron— un nuevo tipo de sociedad y un nuevo tipo de ser sensible. Los supervivientes llegaron a la conclusión de que habían estado a punto de exterminarse a sí mismos porque no sabían lo que eran ni cómo funcionaban. De modo que decidieron descubrirlo primero y luego, si era necesario, construir una sociedad tecnológica. Primero, para sobrevivir y progresar, se conocerían a sí mismos, *nood stawn*, como decimos nosotros. Más tarde llegaría el desvelar la Naturaleza.

»Tuvieron éxito. De la desolación formaron un mundo libre de la enfermedad, la pobreza, el odio y la guerra... un mundo que discurría tan agradablemente como cabía esperar de unos individuos conscientes. Es decir, hasta que llegaron los

terráqueos.

Jack ignoró la observación. Cuando la verdad y la cortesía luchaban en la lengua de un horstel, casi siempre ganaba la verdad.

Observó atentamente el cuadro. Había visto muy pocos, ya que los pigmentos para pintar escaseaban en este planeta pobre en hierro. Sin embargo, reconoció al Arra. El ser había sido descrito bastante en la escuela, y Jack había visto copias al carbón del retrato al carbón original de un Arra realizado de memoria por el Cage original poco después de que los terráqueos llegaran a este mundo. El Arra parecía algo así como un cruce entre un hombre y un cola de oso (un «ursucentauro» lo había llamado el Padre Joe).

Egstaw dijo:

—Observarás que, a pesar de la bondad en su gran rostro, parece amenazador, quizá siniestro. He tratado de retratar el Arra como un símbolo del Universo.

»Esta criatura inmensa y no-humana representa a la vez lo físico, que funciona mejor en el hombre si no es vicioso ni arrogante, y también lo que hay más allá del rostro material de las cosas. Muchos de nosotros sentimos definitivamente que existen tales potencias... yo diría sobrenaturales, aunque nosotros utilizamos ese término en un sentido distinto al que le aplican los darianos... algunas de las cuales son poderosas pero benignas, y propensas a utilizar medios aterradores pero aparentemente hostiles a los hombres a fin de darles una lección. Si el hombre no la aprende, tanto peor para él.

»No me interpretes mal. Los Arra no son seres sobrenaturales. Son tan de carne y hueso como tú y como yo. Ni creo que actúen a las órdenes directas de las supuestas Potencias misteriosas. Los Arra representan la realidad que conocemos y la realidad que hay detrás de ella. ¿Comprendes?

Jack comprendía, pero no le gustaba la idea obvia de que el hombre era un niño que no había aprendido aún la lección de la vida y que los Wiyf tenían que ser sus maestros.

Chuckswilly resopló y se alejó. Egstaw sonrió. Cage dio las gracias al Vigilante por su explicación y por el pan y el vino. Dijo que tenía que ponerse de nuevo en camino, aunque le hubiera gustado quedarse para el asado. No estaba mostrándose cortés al manifestar pocos deseos de marcharse. Cada paso hacia el hogar acercaba el momento de la explicación con su padre por haber abandonado el esquileo para irse de caza con la valiosa cimitarra.

Decidiendo que no podía demorar por más tiempo el viaje de regreso sin admitir cobardía, silbó a Samson. Chuckswilly se había marchado y Jack quería alcanzarlo. El forastero sería mejor compañía que ninguna. Además, deseaba preguntarle si iba a llevarse a alguien con él en la expedición a las Thruk en busca de hierro. Sentía mucha curiosidad por lo que podría encontrarse allí.

R'li le llamó a voces. Jack se giró y la vio corriendo hacia él y secándose la mojada piel con el puñado de hierba.

—Te acompañaré un trecho.

Un sonoro relincho sobresaltó a Jack. Por detrás de la alta pared de piedra, al extremo más lejano del puente, avanzaban dos unicornios tirando de un carruaje de tres ruedas. El conductor era Chuckswilly. Cuando vio a los dos caminantes, refrenó a los animales. Como de costumbre, se mostraron reacios a obedecer a pesar de los tirones de riendas y de los silbidos del conductor. Finalmente, el látigo, golpeando sus flancos, les obligó a quedarse quietos. Pero sus ojos grandes y achinados brillaban como si se dispusieran a imponer su voluntad al menor síntoma de debilidad en su conductor. Chuckswilly juró y gritó:

—¡San Dionisio me valga! ¡Tener que tratar con esos manojos de nervios y de estupidez! Teníamos que haber traído el legendario caballo cuando vinimos aquí. ¡Dicen que era un animal espléndido!

—Si es que existió algo semejante —replicó Jack—. ¿Puedo subir contigo?

—¿Y yo? —añadió R'li.

—¡Arriba! ¡Arriba! Es decir, si queréis una oportunidad de romperos el cuello. Estos bichos son capaces de cualquier cosa.

—Lo sé —dijo Jack—. Gobernarlos en un carruaje es todo un problema. Pero tendrías que intentar arar con ellos.

—Lo he hecho. Tendrías que probar a uncir un dragón a tu arado. Son mucho más fuertes y cooperativos.

—¿Qué?

—Era una broma, Cage. —Chuckswilly señaló a Samson con el pulgar—. Será mejor que lo mantengas detrás de nosotros. De otro modo, mis bestias se asustarán.

Jack le miró especulativamente. No parecía la clase de individuo capaz de bromear acerca de los dragones. O acerca de cualquier otra cosa.

El hombre moreno aulló «¡Giddap!», y azotó las lanudas espaldas. La caprichosa recua insistió ahora en trotar. Su conductor se alzó de hombros y transigió con el capricho. Las pezuñas bífidas resonaban contra la materia de color gris oscuro de la carretera.

El buscador de hierro empezó a formular preguntas acerca de las actividades de Jack. Éste respondió secamente que había terminado sus estudios en la escuela del monasterio el último invierno y que desde entonces había estado ayudando a su padre.

—¿Qué pasa con el Ejército?

—Mi padre pagó para librarme. No quería que perdiera el tiempo allí. Sería distinto si hubiera posibilidad de una guerra.

R'li dijo:

—¿Sigues pensando en ir a la capital para cursar estudios superiores?

Jack quedó asombrado. Hacía tres años que no veía a R'li; no recordaba haberle dicho nada de aquello antes de que ella se marchara. Pero tal vez lo había hecho, y los horstels tenían la memoria muy larga.

O acaso había oído hablar de ello mientras estaba en las montañas... Los medios de comunicación horstel llegaban muy lejos.

—No, ahora no. Quiero ir a la escuela, pero no en San Dionisio. Estoy muy interesado en la investigación mental. El Hermano Joe, mi profesor de ciencias, me estimuló en ese sentido. Sin embargo, me dijo que el mejor lugar para mí no eran las escuelas de religiosos de la capital, sino Farfrom.

—¿Por qué un país extranjero? —intervino Chuckswilly en voz alta—. ¿Qué pasa con tu propio país? ¿Con tus propios maestros?

—Quiero lo mejor —replicó Jack en tono áspero. Ahora estaba seguro de que el hombre moreno no le era simpático—. Después de todo, fue un religioso quien me habló de Roodman. Está considerado como la persona que más sabe sobre la mente del hombre.

—¿Roodman? He oído hablar de él. ¿No fue juzgado por herejía?

R'li dijo:

—Lo fue, pero le declararon inocente. Jack enarcó las cejas. De nuevo los medios de comunicación horstel...

—He oído decir que le dejaron en libertad porque sus acusadores desaparecieron en circunstancias misteriosas. Se habló de magia negra, de demonios raptando a los que deseaban quemar a aquel brujo.

R'li preguntó:

—¿Ha visto alguien a un demonio?

—La invisibilidad está en la esencia de los demonios —dijo Chuckswilly—. ¿Qué opinas, Cage?

Intranquilo, Jack se preguntó si el individuo podía ser un agente provocador.

Dijo cautelosamente:

—Yo no he visto ninguno. Pero diré que no tengo miedo a quedarme solo por la noche en el camino. Los hombres lobo y los colas de oso locos son las únicas cosas que me preocupan.

»Y los hombres locos también —añadió, pensando en Ed Wang—. Pero no los demonios.

Chuckswilly resopló como un unicornio.

—Te diré una cosa, amigo paleta. No dejes que nadie te oiga hablar así. En esta región fronteriza podrías no llamar la atención. Pero una afirmación como ésa sería una bomba en las partes más antiguas de Dyonisa. Hay millones de orejas para escuchar y millones de lenguas para transmitir tus palabras a los torturadores de gris.

—¡Para el carruaje! —gritó Jack. Y aulló a las bestias—: «¡Whoa!».

Se detuvieron. Jack se apeó de un salto y dio la vuelta alrededor del vehículo para situarse al lado del conductor.

—Apéate, Chuckswilly. No permito que nadie me llame paleta. Si vas por ahí hablando más de la cuenta, tienes que respaldar tus palabras con tu brazo.

Chuckswilly se echó a reír, mostrando sus blancos dientes contra la piel morena.

—No he querido ofenderte, muchacho. Mi lenguaje, lo admito, es más bien libre. Pero hablaba en serio al decir que puedes encontrarte en dificultades. Sin embargo, permíteme que te recuerde que estoy al servicio de la Reina. No tengo que aceptar ningún reto: ni a espada, ni hacha, ni puños, ni nada por el estilo. Ahora, sube y sigamos nuestro camino.

—No pienso subir. Da la casualidad de que no me gustas, Chuckswilly.

Dio media vuelta y echó a andar por la carretera. El látigo de Chuckswilly restalló. Las pezuñas repiquetearon, y las ruedas de madera chirriaron.

—Sin rencor, joven compañero —dijo el conductor mientras se alejaba.

Jack no respondió. Avanzó dos pasos más. Y se detuvo. La sirena no estaba en el carruaje.

Giró sobre sí mismo y dijo:

—No tenías que apearte sólo porque lo hice yo.

—Lo sé. Yo hago lo que quiero.

—Oh.

¿Por qué quería estar con él? ¿Qué pensamientos se ocultaban debajo de aquella encantadora cabellera rojizo-dorada? Estaba convencido de que R'li no se pegaba a él porque le gustaran sus grandes ojos castaños.

Un revoloteo en la sombra de un tronco de árbol atrajo su atención. Sin decirle una sola palabra a R'li se acercó a la diminuta criatura que agitaba sus alas a medio formar en un inútil tentativa de remontar el vuelo. Samson saltó hacia ella, pero se paró en seco y la olfateó. Su amo no se molestó en decirle que la dejara en paz; sabía que el perro estaba demasiado bien adiestrado para morder sin su permiso.

—Una cría de barbazul —le gritó a R'li.

Levantó el diminuto mamífero volador con su franja de pelo negro-azulado alrededor del simiesco rostro.

—Se ha caído del nido. Espera un momento. Lo devolveré a él.

Se quitó el cinturón con sus armas y trepó por el tronco. Como era un spearnut, carecía de ramas en los primeros nueve metros. Jack se abrazó a la lisa corteza, rodeándola fuertemente con las piernas y los brazos mientras que con una mano sostenía al animalito lejos del tronco. Así se veía obligado a apretar con su muñeca, utilizándola en lugar de la mano ocupada. Era una postura difícil y fatigosa, pero Jack había trepado toda su vida.

Sin pararse a descansar, subió hasta alcanzar la primera rama. Entonces se enganchó a ella con un brazo, proyectó su cuerpo hacia arriba con una sacudida, enganchó una pierna a otra rama, y poco después había depositado a la cría con dos de sus hermanos, que ladraron alegres bienvenidas. Los padres no se veían por ninguna parte.

Cuando llegó abajo, vio que la sirena le miraba con ojos brillantes.

—Tienes un corazón tierno debajo de esa boca furiosa, Jack Cage —dijo.

Jack se alzó de hombros. ¿Qué diría ella si supiera que había ayudado a enterrar a su primo, Wuv?

Reemprendieron la marcha. R'li dijo:

—Si deseas ir a Farfrom, ¿por qué no vas?

—En mi calidad de primogénito, heredaré la mayor parte de la granja. Mi padre confía en mí. Le destrozaría el corazón si renunciara a mi futuro aquí y me marchara a estudiar con un hombre al que él considera un mago negro, un hereje.

»Además —añadió, con poca convicción—, no tengo el dinero que necesito para vivir mientras esté estudiando.

—¿Te peleas a menudo con tu padre? Jack decidió no ofenderse por aquella pregunta. No se esperaba que los horstels se comportaran como humanos.

—A menudo.

—¿Por qué motivo?

—Por ése. Mi padre es un granjero rico. Podría enviarme a estudiar cuatro años. Pero no quiere. A veces pienso en abandonarlo todo y marcharme a la Academia de Roodman. Pero mi madre se pone enferma cuando hablo de marcharme. Mis hermanas lloran. A mi madre le gustaría que fuera sacerdote, aunque nunca deja de pensar que es probable que la Iglesia me enviara lejos y con pocas posibilidades de regreso.

»Es cierto que, como sacerdote, podría estudiar ciencia psíquica solicitando el ingreso en el Instituto Tomista. Pero no hay ninguna garantía de ser admitido. E incluso si lo fuera, estaría bajo control estricto en la investigación. No sería un agente libre, como con Roodman.

»Otra cosa. Si me hiciera sacerdote, tendría que casarme inmediatamente. No quiero una esposa e hijos. Ahora no. Tal vez más tarde.

»Desde luego, si entrara en la Orden Filipense, sería un monje. Pero tampoco deseo eso.

Hizo una pausa para recobrar el aliento. Estaba asombrado de haberse vaciado, hablando, como un cántaro. Y a una sirena, además.

Pero, se consoló a sí mismo, a menudo hablaba de sus problemas a Samson. R'li pertenecía a la misma categoría que el perro. Y los resultados eran también los mismos. Ella no informaría a sus padres de lo que Jack decía.

—Quizá si encontraras algo que te liberase financieramente podrías decidir.

—Si consiguiera la cabeza del dragón, tendría suficiente. La recompensa de Lord How, más la gratificación de la Reina, bastarían.

—¿Por qué te enfadaste tanto cuando te enteraste de que habíamos establecido un contrato con el dragón? ¿Fue por eso?

Jack asintió.

—Uno de los motivos. Yo...

—Si no fuera por esos acuerdos, los territorios humanos serían arrasados —le interrumpió R’li—. No tienes idea de lo terribles e invulnerables que son. Podrían destruir una granja en una noche, matar a todos los animales y derruir las casas.

»Además, si no fuera por el contrato, ahora estarías muerto. El dragón hembra dijo que podría haberte sorprendido media docena de veces.

Jack se sintió herido en su amor propio. Ladró una palabra de cuatro letras que no había cambiado a través de muchos siglos y muchos años-luz.

—¡Sé cuidar de mí mismo! ¡No necesito que una sirena me diga cómo!

Echó a andar en silencio, acalorado, cansado e irritado.

—¿Qué te parecería un préstamo? —dijo R’li—. Lo suficiente para que pudieras asistir a la escuela...

Era un día de sorpresas.

—¿Préstamo? ¿Por qué? ¿Con qué? Los horstels no utilizáis dinero.

—Permíteme que te lo explique a mi manera. En primer lugar, nosotros conocemos a Roodman. Creemos que su psicología es correcta, y nos gustaría verla propagada. Si un número suficiente de humanos se liberasen de sus aberraciones psíquicas, podrían apaciguar la terrible tensión existente entre ellos y nosotros y evitar la guerra que de otro modo será inevitable.

»En segundo lugar, es posible que lo ignores, pero los Wiyр se han fijado en ti desde hace mucho tiempo. Saben que tú —consciente o inconscientemente— simpatizas con nosotros. Y desean desarrollar eso.

»No, no protestes. Lo “sabemos”.

»En tercer lugar, estamos tratando de conseguir representación en vuestro Parlamento, representantes humanos que se sienten en las Cámaras por nosotros. Si hacemos esto, creemos que algún día, cuando madures, serías un buen delegado para los Wiyр del Condado de Slashlark.

»En cuarto lugar, tú necesitas dinero para estudiar. Nosotros te daremos el que precisas. Lo único que hace falta es que establezcas el acostumbrado contrato verbal. Mi padre, el Rey Ciego, puede actuar como registrador, si quieres. Si no quieres que sea mi padre, cualquier otro servirá para el caso. Y, si insistes, un abogado humano puede extender los documentos... a tu comodidad. Nosotros, desde luego, no necesitamos esas formalidades.

Jack dijo:

—¡Un momento! No has visto aún a tu familia. ¿Cómo sabes lo que están planeando para mí? ¿Y quién te ha dado la autoridad necesaria para ofrecerme un préstamo?

—Eso es fácil de explicar. Pero tú no me creerás si te lo dijera. En cuanto a la autoridad, cualquier adulto la tiene. Yo soy una adulta.

—¡Entonces, deja de utilizar el lenguaje infantil! No soy un niño. Y... ¿cómo puedo saber esas cosas si no las pregunto?

—Es cierto. Ahora, ¿cuál es tu decisión?

—Bueno... eso requiere tiempo. Tu ofrecimiento me ha pillado de sorpresa. Tiene muchos aspectos que hay que considerar cuidadosamente.

—Un hostel se decidiría inmediatamente.

Jack exhibió sus dientes y gritó:

—¡Yo no soy un hostel! Y éste es el meollo de la cuestión. ¡No soy un hostel, y la respuesta es no! Si aceptara dinero vuestro, ¿sabes cómo me llamaría la gente de estos alrededores? «¡Comeperros!». Todo el mundo me despreciaría, y mi padre me echaría de su casa. No hay nada que hacer. ¡No!

—¿Ni siquiera un préstamo para asistir a la Academia de Roodman? ¿Sin ninguna atadura?

—¡No!

—Muy bien. Voy a regresar con mi tío. Adiós hasta que volvamos a vernos, Jack Cage.

—Adiós —gruñó Jack, y echó a andar por la carretera. No había dado media docena de pasos cuando oyó que R'li le llamaba.

Se giró, sorprendido por el tono apremiante de la sirena.

R'li tenía una mano levantada reclamando silencio. Su cabeza estaba ladeada.

—Escucha. ¿Oyes eso?

Jack tensó los oídos. Le pareció percibir un vago estruendo al oeste. No eran truenos, estaba seguro de eso. Y el sonido se apagaba de vez en cuando.

Samson era una estatua amarilla, encarada hacia el oeste. Su garganta hacía eco al fragor que llegaba del bosque.

—¿Qué crees que es? —preguntó Jack.

—No estoy segura.

—¿El dragón? —Desenvainó la cimitarra.

—No. Si lo fuera, yo no investigaría. Pero si es lo que yo creo...

—¿Sí?

—Entonces...

R'li avanzó a través de las sombras proyectadas por los altos árboles y las enmarañadas enredaderas que crecían en las alturas. Jack la siguió, empuñando el

curvado acero. Zigzaguearon quizás un kilómetro como deambula un oso, quizás un cuarto de kilómetro como vuela la alondra. En varias ocasiones Jack tuvo que cortar una barricada de lianas o de espinos. Era la espesura más impenetrable que había visto nunca. Aunque próxima a la granja, parecía no haber sido explorada jamás.

Finalmente, R'li se detuvo. Un brazo de luz solar había penetrado a través de un agujero en el techo de verdor y extendía sus dedos sobre sus cabellos rojo-amarillos. Nimbada por aquel halo, permaneció allí, escuchando, y Jack, detrás de ella, se olvidó de su larga búsqueda lo suficiente para admirarla. Si fuera un pintor, como el tío de ella...

Súbitamente el ruido cobró vida muy cerca de allí. R'li se sobresaltó, y ella y la luz parecieron romperse en pedazos. Cuando Jack quiso darse cuenta ella se había deslizado hacia las sombras.

Al localizarla, susurró:

—Nunca había oído nada igual. Suena como un gigante tratando de sollozar y gorjear al mismo tiempo.

Ella dijo en voz baja:

—Creo que tendrás que ir a Farfrom, Jack.

—¿Quieres decir que es el dragón?

R'li no respondió, pero saltó sobre un tronco caído. Jack alargó su mano libre y la agarró del brazo.

—¿Cómo sabes que es el mismo dragón? Tal vez sea uno que no ha establecido contrato.

—Yo no he dicho que fuera el dragón.

R'li estaba de pie cerca de él, con su brazo y su cadera desnudos rozando los suyos.

Jack frunció los ojos para aprehender formas en la semioscuridad.

—Tal vez es un cola de oso loco. Ésta es la temporada. Y ya sabes lo que significa una mordedura.

—¡Oh! —murmuró ella, y se acercó más a Jack. Inconscientemente, Jack dio rienda suelta a su instinto protector. Más tarde se disculpó a sí mismo diciéndose que R'li le había recordado a una de sus hermanas más jóvenes y le rodeó la cintura con el brazo.

Los ojos de R'li estaban semicerrados, de modo que Jack no pudo ver la luz que brillaba en ellos. Pensando en aquel momento particular en días posteriores, y pensó mucho, recordó la leve sonrisa en los labios de ella. ¿Se estaba divirtiendo, pues? Y si pudiera haber leído en sus ojos, ¿habría visto que su expresión encajaba con la de los labios? ¿Que R'li no estaba asustada en absoluto, sino burlándose de él?

¿O habría existido una tercera emoción?

Al margen de lo que pensó más tarde, en aquel momento no tuvo ninguna duda.

Olvidó el misterioso peligro próximo a ellos. Su brazo apretó la cintura de R'li, atrayéndola hacia él. Estaba sin aliento. Humana o no, no había ninguna mujer tan bella ni tan deseable como ella.

El estruendo peculiar le devolvió al mundo real. Dejando caer el brazo, se adelantó para que ella no pudiera ver su rostro.

—Quédate detrás —dijo con voz estrangulada—. No sé lo que es, pero suena como muy grande.

—Y también suena como muy enferma —añadió R'li, con voz emocionada como la de Jack.

Jack avanzó a través de la vegetación.

En alguna parte, oculto en la maraña de verdor pero cerca, un behemoth vomitó.

Tony entró corriendo.

Su madre, hermanas y hermanos estaban medio levantados de sus sillas y miraban a su padre con asombro, rabia, temor o apenas disimulada diversión. El dueño de la casa era el único que seguía sentado; parecía que le hubieran golpeado con un mazo, paralizándole. Su cabeza semicalva estaba cubierta de pudding de huevo amarillo, espeso y humeante; una viscosa catarata descendía por su rostro y se hundía en su barba.

Lunk Croatan era una momia de cera. El cuenco permanecía boca abajo en sus manos. Su moreno rostro estaba abierto de par en par: mandíbula colgante, fosas nasales ensanchadas, ojos redondos.

No se sabe lo que podría haber sucedido a continuación, ya que Walt Cage no era un hombre que se tomara tales cosas en broma, aunque se hubiera tratado de algo accidental. Lo cual estaba por demostrar, dada la extraña actitud de Lunk, rematada por una risita y la expulsión de una nube de vino.

Debajo de la capa amarilla, la piel de Walt estaba enrojeciendo. El volcán se disponía a hacer erupción, evidentemente.

Entonces Tony gritó:

—¡Somos ricos! ¡Ricos!

Sólo aquella palabra podía haber apaciguado la tormenta a punto de estallar. Walt Cage se giró hacia Tony y dijo:

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—¡Ricos! —berreó su hijo menor. Corrió hacia Walt y tomó su mano—. Vamos. ¡Jack está fuera! ¡Huele mal a rico! —Estalló en una carcajada—. Es la verdad. ¡Huele mal, y es rico!

Su madre no pudo resistir más. Echó a correr y tropezó con su marido en el momento en que éste se levantaba. A pesar de que pesaba cuarenta kilos más que ella, el choque le pilló a contrapié y volvió a derribarle sobre la silla.

En cualquier otro momento Kate se hubiese puesto muy nerviosa. Ahora se limitó a decir «¡Oh!», y dejó a su marido sin hablar y enrojecido en su asiento.

Detrás de ella avanzó su rebaño, empujándose unos a otros. Lunk se apartó a un lado para dejarles paso, cogió una gran servilleta del aparador y empezó a frotar el

rostro y la barba de su amo. No se disculpó; se limitó a reír ahogadamente.

Walt juró, arrancó la servilleta de manos del criado y salió al porche delantero.

Era una curiosa escena para una bienvenida. Todo el mundo estaba de pie alrededor de Jack, pero nadie, ni siquiera su madre, se acercaba a él. Algunos, especialmente sus hermanas, empezaban a palidecer. Y todos prestaban más atención a lo que Jack había depositado sobre la mesa del porche que a él mismo.

En el momento en que Walt salió al exterior, se detuvo. Respiró profundamente, tosió y se atragantó. Ahora sabía lo que significaban las palabras de Tony.

Si el padre estaba asombrado, el hijo no lo estaba menos.

—¡Gran Dionisio! —dijo Jack—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Ese imbécil de Lunk —dijo Walt, como si eso lo explicara todo—. No importa. —Señaló la masa depositada sobre la mesa. Era redonda y grande como la cabeza de un hombre, gelatinosa y gris, y daba la impresión de un temblor continuo, como si estuviera viva y se estremeciera de terror porque no tenía piel.

—Eso es una perla de resina, ¿no es cierto?

—Sí, papá. Cuando venía de regreso, oí vomitar a un árbol doliente en el bosque.

—¿Un árbol doliente? ¿Cerca de casa? ¿Cómo es posible que no lo viéramos? Teniéndolo delante de las narices, por así decirlo... ¿Y los horstels?

—Supongo que estaban enterados, pero no querían decir una sola palabra.

—No parece propio de ellos. Ese árbol doliente representaba mucho dinero, y querían que fuera a parar a sus manos.

—No exactamente.

A Jack le fastidiaba contarle a su padre lo de R'li y los motivos de agradecimiento que tenía hacia ella. Más tarde se lo explicaría. De todos modos, ella se había negado a compartir el dinero que él conseguiría por la rara base de perfume. El contrato la autorizaba a reclamar la mitad de la suma, pero había insistido en que toda era de Jack. Y no explicó el porqué. Al menos en aquel momento.

Jack se había mostrado reacio a aquella solución. No podía evitar el pensar en el asesinado primo de R'li. Su sangre apenas se había cuajado cuando ella conducía a Jack a la valiosa presa del bosque. No la habían encontrado por casualidad, estaba seguro de ello. Mientras se dirigía a su casa había analizado los pasos que precedieron a su descubrimiento. Sabía por qué R'li había decidido que fuera suyo todo el dinero producido por la venta. De un modo u otro, los Wiyf conseguirían que fuera a Farfrom. Y cuando regresara, tenían previsto que figurase en el Parlamento como portavoz suyo.

Eso es lo que ellos pensaban.

—Verás —le explicó a su padre—, los Wiyf sabían lo que se hacían. Un árbol doliente tarda treinta o más años en desarrollar una perla de resina madura. Si se hubiese sabido que había uno cerca de aquí, ¿cuánto tiempo crees que hubiera

tardado en presentarse algún comerciante o salteador de caminos para derribar el árbol y arrancar el cálculo, aunque estuviera a medio hacer? Así no se hubiera obtenido todo el valor, ni se hubieran formado nuevas perlas de resina. No. Ellos sabían lo que se hacían.

—Es posible —dijo Walt—. Pero, hijo mío, ha sido una suerte fabulosa que pasaras por allí en el momento en que estaba vomitando. ¡Fabulosa!

Suspirando, Jack asintió.

Walt miró la cimitarra que colgaba del costado de su hijo. Abrió la boca como si se dispusiera a reprocharle que se la hubiera llevado. Luego volvió a cerrarla.

Jack pudo leer el pensamiento en su cerebro. Si su hijo no hubiese tomado la hoja sin permiso para ir en busca del dragón, no hubiera encontrado la perla de resina. Incluso ahora, la masa gris podría estar en el suelo al pie del árbol, sin descubrir y pudriéndose, un valor de tres mil libras pudriéndose, descomponiéndose...

Súbitamente, como si despertara, Walt se sobresaltó, miró a Jack y sonrió.

—¡Hijo mío! Hueles mal. Pero no importa. Es un hedor agradable; ninguno mejor recibido.

Se frotó las manos; un trozo de pudding se desprendió de su nariz.

—Lunk, Bill y tú llevaréis esa mesa al cobertizo acorazado. Cerradlo bien y traedme la llave. Mañana iremos a la ciudad a vender la perla de resina.

»¡Ah, Jack, si no olieras tan mal te abrazaría y besaría! Me haces feliz. ¡Piensa, hijo mío! Tienes más que suficiente para comprar la granja de Al Chuckswilly. Ahora puedes pedirle a Bess Merrimoth que se case contigo. Cuando los dos entréis en plena posesión de vuestras herencias, tendréis cinco granjas —su padre tiene tres—, todas grandes y prósperas. Más la curtiduría, el almacén y la taberna Merrimoth. Más la muchacha más bonita de la región. ¡Ah, esos labios rojos y esos ojos negros! Te envidiaría, Jack, si no estuviera casado ya con tu madre.

Miró apresuradamente hacia su esposa y dijo:

—Me refiero, Kate, a que Bess es la virgen más bella. Tú, desde luego, eres la matrona más guapa de estos alrededores. Cualquiera puede verlo.

Kate sonrió y dijo:

—Hacía mucho tiempo que no decías nada parecido, Walt.

Walt Cage fingió no haberla oído. Hundió sus grandes dedos en su barba y tiró fuertemente de las raíces mientras decía:

—Mira, muchacho. Tal vez, en lugar de la granja, podrías sobornar a algunos de los funcionarios de la corte y comprar el título de caballero. Luego podrías abrirte paso hacia el título de señoría. Un hombre ambicioso puede hacer grandes cosas aquí. Éste es un territorio fronterizo; tú eres un Cage. No encontrarás ningún obstáculo.

El furor de Jack fue en aumento, pero su rostro no lo dejó traslucir. ¿Por qué no le trataba su padre como a un hombre y le preguntaba qué quería hacer? Era su dinero,

¿no? O lo sería dentro de dos años, cuando alcanzara la mayoría de edad.

Lunk y Bill regresaron. El criado de la casa entregó a Walt la gran llave de vidrio y cobre del cobertizo acorazado. Walt se la dio a su esposa. Súbitamente aulló:

—¡Vamos, Kate! ¡Hijas mías! ¡Todas las mujeres a la casa! Y que no se os ocurra mirar por las ventanas. Jack va a quedar tan desnudo como un sátiro.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Jack, alarmado.

Kate y las chicas mayores rieron ahogadamente. Magdalene dijo:

—Van a quitarte ese mal olor de encima, Jack.

Lunk salió de la casa con varios trapos y grandes barras de jabón.

—Acercaos a él, muchachos —ordenó Walt—. No le dejéis escapar.

—¡Hey! ¿Qué crees...?

—Arrancadle las ropas. De todos modos tienen que ser enterradas... Agarradle del brazo... Fuera los pantalones. ¡Jack, unicornio loco, me has coceado! ¡Toma tu medicina como un hombre!

Riendo, atragantándose, luchando, agarraron el cuerpo desnudo y serpenteante y lo llevaron al abrevadero delante del establo.

Jack luchó, y gritó, y aulló; pero lo sumergieron en el agua, con la cabeza por delante.

Tres mañanas más tarde, el ladrido de los perros y el gorgotear de los gallos despertaron a Jack. Se incorporó y gimió. Su cabeza era un globo de dolor. Su boca sabía a zurrapa de un barril de vino. La última noche había sido larga en alegría y corta en sueño. La bodega había sido saqueada; dos barriles del zumo de totum fermentado más viejo habían sido espitados.

Walt Cage se había mostrado extrañamente reacio a llevar la perla de resina a la ciudad. Era como si el ver la gelatina temblorosa fuera un espectáculo que le sumiera en éxtasis. Originalmente, planeó dirigirse a Slashlark al amanecer del día siguiente. Pero, cuando se levantó, pasó treinta minutos en el cobertizo acorazado, contemplándola. Más tarde, anunció que su buena suerte tenía que celebrarse. Asombró a todo el mundo diciendo que al día siguiente celebrarían una fiesta, con esquileo o sin esquileo.

Lunk partió con las invitaciones; Bill Kamel se alzó de hombros y trabajó lo que pudo con su reducido equipo de esquileo; las mujeres empezaron a cocinar y a freír y a hablar de lo que llevarían. El propio Walt, aunque colaboró en el esquileo, no significó la ayuda que podía haber sido. A cada momento se dirigía al cobertizo acorazado, lo abría y contemplaba una vez más su tesoro.

Al día siguiente por la tarde acudieron los invitados. El vino y la cerveza fluyeron sin cesar de las espitas; dos unicornios giraban sobre espetones. Todos insistían en ver la fabulosa «perla».

Walt estaba en las nubes: unas nubes formadas en parte de orgullo y alegría y en

parte de vapores de vino. Gritaba que los frecuentes viajes al cobertizo acorazado estaban encogiendo sus fosas nasales y encrespando su lengua, y que absorbía tanto hedor que una inspección más le convertiría en algo tan caro como el propio fruto del árbol doliente y tan buscado después.

Tomaba al visitante de la mano, le conducía al cobertizo acorazado, y le retenía allí mientras el desdichado espectador le gritaba a Walt que le soltara, que vomitaría carne y vino y aumentaría el mal olor si no salía en seguida de allí.

Walt Cage se echaba a reír y soltaba el brazo del otro. O cerraba la puerta de golpe y aullaba que iba a dejar al huésped encerrado allí toda la noche para que vigilara el tesoro. El huésped aporreaba la puerta y le suplicaba a Walt, por el amor de Dios, que dejara de bromear y le soltara. El mismo aire bastaba para gangrenar los pulmones de un hombre. Cuando se abría la puerta, el huésped vomitaba, agarrándose la garganta y poniéndose pálido y verde alternativamente. Todos reían y le arrojaban jarras y le decían que se tapara la nariz hasta que se librara del perfume.

Llegaron el señor Merrimoth, su hermana viuda y su hija. Bess, alta y morena, de ojos negros y pómulos altos, labios rojos y busto redondeado, había sido autorizada para venir a pesar de lo tardío de la hora.

Jack se alegró de verla. Por entonces ya estaba empapado en vino. Normalmente no bebía tanto. Pero esta noche era distinto. Sólo nublando sus sentidos podía superar el complejo del mal olor, pegado todavía a él, después del fregado.

Quizá fue por esto por lo que insistió en mostrarle a Bess su descubrimiento. Cerca de éste, Bess no le olería a él. Los dos avanzaron solos por el camino sombreado por los árboles. Por una vez, la tía de Bess no les acompañó.

El padre de Bess enarcó las cejas cuando les vio alejarse, y miró a su hermana. Después de todo, Jack no había hecho ninguna petición formal para cortejar a Bess. Cuando dio un paso hacia la pareja, la tía extendió un brazo y le detuvo, sacudiendo la cabeza para indicar que había momentos en los que una muchacha tenía derecho a estar a solas con su enamorado. El señor Merrimoth se dejó convencer por la superior sabiduría de la hembra. Sin embargo, mientras aceptaba otro vaso del criado de la casa, se preguntó qué sensibilidad le permitía a su hermana saber que aquella noche Jack daría probablemente el primer paso hacia el yugo... no... quería decir hacia el santo matrimonio.

Los dos vieron la bola temblequeante. Por entonces, Jack estaba ya enfermo de verla. Bess profirió los convencionales grititos de horror y protesta y preguntó cuántas libras valía la cosa. Jack contestó rápidamente, y con la misma rapidez sacó a Bess de allí para regresar con ella al sendero.

En aquel momento él «¡broomm! ¡broomm! ¡broomm!», de tambores y el resoplido de cuernos llegaron de los prados del norte transportados por el viento. De pronto, el horizonte ardió en fogatas.

—R’li ha llegado a casa.

—¿Qué dices? —inquirió Bess.

—¿Te gustaría contemplar una bienvenida horstel?

—¡Oh, me encantaría! —respondió Bess, apretando su mano—. No he visto ninguna. ¿Les importaría a ellos?

—No nos dejaremos ver.

Mientras caminaban a través de los campos bajo la brillante luz de la enorme luna, Jack notó que su corazón latía con fuerza. ¿Bess? ¿El vino? ¿Las dos cosas?

Los tambores enmudecieron; las liras despertaron y viajaron a través de la luz de la luna en imágenes espectrales de dulces notas; una zampona redobló. Y la voz de R’li se alzó, una torre dorada, construida sobre sí misma, cada vez más alta, rápida e increíblemente cambiante, ascendiendo, siempre diferente, pero siempre R’li, suave y ardiente, dulce y peligrosa, esencia de sirena y de mujer, movediza, líquida.

Un gran instrumento de cuerda se deslizó suavemente en el fondo, resonó y luego guardó silencio mientras la última nota planeaba en el aire, agitando sus alas contra la corriente del tiempo y la resistencia de la carne. Sin caer, sin caer. Hasta que los oyentes sintieran erizarse los pelos de su nuca, ponérseles la piel de gallina, y sus nervios parecieran desnudos al aire.

Se desvaneció.

Bess agarró su brazo y murmuró:

—¡Dios mío, eso ha sido maravilloso! No importa lo que se dice de ellos, hay que admitir que saben cantar.

Jack se limitó a tomar la mano de Bess para seguir avanzando. No confiaba en sí mismo para hablar.

Más tarde, tenía el vago recuerdo de haber atisbado a través de unos arbustos la celebración alrededor de las fogatas. Contemplaron una danza ritual, en la cual tomó parte R’li, y luego una danza improvisada. Durante esta última, la sirena desapareció en un agujero en la base del cadmus más próximo. Salió poco después y Jack, mirándola a ella, vio algo que le sobresaltó.

Un rostro estaba atisbando desde las parpadeantes sombras dentro de la entrada. Aunque lejanos e imprecisos por las alternativas de luz y oscuridad, el contorno en forma de corazón, los grandes ojos y el prominente labio inferior eran sin duda alguna los de Polly O’Brien.

En cuanto estuvo seguro de ello, Jack tomó a Bess de la mano y la sacó de allí, diciéndole que sus padres empezarían a extrañarse de su tardanza en regresar. Un poco a regañadientes, excitada por la música y los cuerpos desnudos bailando alrededor de las fogatas, Bess echó a andar lentamente, apoyándose en Jack. Hablaba sin cesar, pasando de un tema a otro, sin que Jack se enterara de lo que estaba diciendo porque su cerebro estaba ocupado pensando en R’li y en el descubrimiento

de la refugiada. De pronto se dio cuenta de que Bess se había parado y tenía el rostro alzado hacia él, con los ojos cerrados y los labios fruncidos para un beso.

Bruscamente trató de olvidar sus problemas besándola apasionadamente. Abandonaría todos los pensamientos acerca de aquellas otras dos mujeres; en realidad no tenía por qué ocuparse de ellas; lo que él necesitaba era una mujer que estuviera de acuerdo con el mundo que conocía: matrimonio, hogar, niños y todo lo demás. Aquélla era la solución.

Cuando llegaron a la granja, Bess había prometido casarse con él. Decidieron no hablar con nadie de sus intenciones. Cuando terminara la arada de primavera y todo el mundo estuviera disponible para una gran fiesta, anunciarían su compromiso. Sería un secreto, aunque, desde luego, Jack pediría permiso al padre de Bess para cortejarla. Aunque estaba considerado como un preludio del noviazgo, el cortejo significaba en realidad un apalabramiento, ya que pocas parejas se atrevían a desafiar a la opinión pública rompiéndolo más tarde. Legalmente todavía una virgen, la muchacha era considerada realmente *non intacta* a partir del cortejo. Sus posibilidades de conseguir a otro muchacho como marido quedaban muy reducidas; lo mejor que podía hacer era trasladarse a otro lugar donde no se supiera que había sido cortejada. Y esto era tan poco práctico que casi nunca se hacía.

De modo que su secreto lo era sólo de nombre. Jack pensaba que era absurdo, pero como la mayoría de los varones se dejaba llevar por la mujer.

Observó que tan pronto como llegaron Bess murmuró algo al oído de su tía. Ambas se volvieron a mirarle cuando pensaron que él estaba distraído.

La fiesta duró hasta cerca del alba. Por eso Jack sólo había dormido dos horas y despertó con la cabeza hinchada, mal sabor de boca, y un humor todavía peor.

Se levantó, se vistió y se dirigió a la cocina. Lunk estaba tumbado, dormido, sobre un montón de pieles de hombre lobo detrás de la estufa. Cuando Jack hurgó en sus costillas con el pie, ni siquiera gruñó. Decidiendo que le resultaría más fácil prepararse algo que despertar al criado, Jack encendió el fuego. Puso encima de él una cacerola con agua del pozo y midió tres cucharadas de hojas secas de *totum*. Mientras daba de comer a los perros, las hojas perderían su esencia estimulante en un líquido caliente y oscuro.

Al regresar de su tarea, descubrió que alguien se había bebido toda la infusión. Golpeó a Lunk en las costillas con el pie. Lunk dijo: «¡Ughh!», y dio media vuelta, la estufa. Jack le golpeó de nuevo. Lunk se incorporó.

—¿Te has bebido mi infusión?

—He soñado que lo hacía —respondió el criado con lengua estropajosa.

—¿Lo has soñado? Bien, ahora sueña que te levantas y me preparas un poco más. Esto es lo que he conseguido por tratar de ayudarte.

Como tenía órdenes de su padre de despertarle temprano, Jack llamó a la puerta

del dormitorio de sus padres hasta que su madre se levantó. Ella, a su vez, sacudió a su marido hasta que saltó de la cama.

Después de que los tres hombres tomaron un desayuno ligero a base de filetes, hígado, huevos, pan y mantequilla y miel, queso, «cebollas» de primavera, cerveza y tisana, Lunk se marchó a enjaezar un carruaje y los dos Cage echaron a andar a través de la granja.

Walt dijo:

—Hiere mi orgullo tener que aceptar algo de un Wiyf. Pero no creo que pueda convencer a R'li para que reconsidere su decisión. Ya conoces su proverbial obstinación.

Silbó unos instantes, frotando su dedo corazón contra el lado de su nariz. Inesperadamente, se detuvo en medio de un obstáculo y agarró a su hijo por el hombro.

—Dime, Jack. ¿Por qué renuncia a su parte esa sirena?

—No lo sé.

Los dedos se hundieron en la carne.

—¿Estás seguro? ¿No es nada... personal?

—¿Qué tratas de insinuar?

—¿No estás... —Walt parecía estar rebuscando en su mente una palabra que no resultara demasiado ofensiva y lo resolvió con un...— liado con ella?

—¡Papá! ¿Con una sirena? ¿Cómo podría...? Además, no la veía desde hace tres años. Y estuvimos solos muy poco tiempo.

Los dedos se aflojaron.

—Te creo.

Walt se pasó una mano por los enrojecidos ojos.

—Yo... no tendría que haberte formulado esa pregunta. No te reprocharía que me hubieses golpeado. Era algo terrible de decir. Pero debes comprenderlo, hijo mío, este tipo de cosa abunda más de lo que crees. Y yo sé lo seductoras que pueden ser las sirenas. Hace veinte años, antes de casarme... bueno, hijo mío... tuve una tentación.

Jack no se atrevió a preguntarle si había sucumbido a ella.

Unos minutos más tarde se detuvieron a contemplar a un grupo de jóvenes sátiros cuyo pelo de la espina dorsal y de los lomos empezaba a crecer espeso. Estaban inclinados sobre sus manos y rodillas y desmenuzando la tierra del campo entre sus dedos. De cuando en cuando apoyaban sus oídos contra el suelo, como si estuvieran escuchando. Intermitentemente, sus dedos repiqueteaban duramente contra la corteza.

Su supervisor era un alto adulto cuya cola era tan larga que la llevaba trenzada y recogida en una especie de moño que rozaba sus pantorrillas mientras andaba.

—Buenos días —dijo amablemente en inglés.

Sus ojos eran límpidos, no tenía el rostro abotargado, no mostraba ninguna huella

de la larga fiesta nocturna de bienvenida. «Más raro que una resaca de horstel», decía el proverbio.

Walt dijo:

—Oh Escuchador del Suelo, ¿cómo van las cosas?

Los dos hablaron grave y juiciosamente como dos viejos granjeros que se respetan el uno al otro. Hablaron de la textura de la tierra, de su contenido en humedad, y del día en que empezarían a arar. Hablaron de abonos, de rotaciones, de animales de rapiña, y de rachas de sequía y de humedad. El Escuchador dijo que había «oído decir» que habían muchas lombrices debajo de la costra, y habló de un tipo de gusano más grande y más eficaz que había sido criado en algún lejano cadmus croatano.

Convino con Walt en que deberían tener una buena cosecha de «maíz». El hombre, sin embargo, era pesimista acerca de las incursiones de alondras, colas de oso, zorros pelados y sextones. El Escuchador rio; ellos pagarían su diezmo a los sirvientes de la Madre Naturaleza, y en paz. A no ser que el impuesto fuera demasiado elevado, en cuyo caso los Cazadores reducirían la población local de bichos.

Terminó diciendo que sus hijos, los Comprobadores de Trueno, estaban en las montañas tratando de localizar el pulso meteorológico. Cuando regresaran, él hablaría de sus hallazgos con Walt.

Cuando se hubo marchado, el más viejo de los Cage dijo:

—Si todos fueran como él, no tendríamos ningún problema.

Jack gruñó. Estaba pensando en lo que habían planeado para él.

La granja era muy extensa. Había muchas cosas que Walt Cage consideraba necesario revisar. De modo que habían transcurrido más de dos horas cuando los conos blanco-marfil de las moradas Wiyr brillaron delante de sus ojos.

Incluso después de diecinueve años, Jack estaba fascinado. Su padre le había prohibido, cuando era un niño, acercarse a ellas. Para Jack, aquello equivalía a merodear en torno a ellas. El resultado había sido que sabía acerca de ellas tanto como pudiera saber cualquiera que nunca hubiera entrado en una. Sentía mucha curiosidad acerca de lo que ocurría debajo del suelo. En cierta ocasión había estado a punto de preguntarle a uno de sus amiguitos horstels si podía visitarlas. El temor a las consecuencias le había detenido. No sólo se expondría a severas sanciones humanas, sino que las historias que había oído sobre lo que les sucedía a los que entraban allí habían mellado su decisión. Ahora ya no creía en aquellos cuentos de viejas. Sin embargo, no podía pasar por alto la prohibición de las autoridades humanas.

El Prado Cadmo (cada granja tenía un Prado Cadmo) era un extenso campo alfombrado con hierba alfombra verde y roja, una planta lo bastante dura como para crecer a pesar del pisoteo continuo de pies descalzos. Esparcidas de un modo

irregular, unas docenas de estructuras de nueve metros de altura y forma de colmillo, de algún material óseo, surgían del prado.

Viviendas cadmo, las llamaban, por Cadmo, el mítico fundador de Tebas, el héroe que había aserrado los dientes del dragón y segado una cosecha de guerreros. Los primeros terráqueos las habían bautizado correctamente, ya que cuando los terrestres aumentaron suficientemente en número para sentirse fuertes, atacaron la comunidad nativa más próxima. Y de las viviendas cadmo había surgido un número incontable de guerreros, que rechazaron a los invasores, les dominaron y les desarmaron.

Entonces los aborígenes, si hubiesen hecho a los terráqueos lo que los terráqueos pensaban hacerles a ellos, podrían haber resuelto el problema hombres-cadmos de una vez para siempre. Ya que los extranjeros, desde una lejana estrella, habían planeado asesinar a los nativos, y apoderarse de sus hogares subterráneos, y esclavizar a los supervivientes.

Afortunadamente para los terráqueos, les dieron otra oportunidad. Se estableció un contrato. Transcurrieron cien años de paz.

Luego los hijos de Dare, tratando de vivir de acuerdo con su nombre, rompieron su palabra y declararon la guerra a los nativos dentro de su territorio. Sólo para descubrir que los Wiyr no tenían fronteras nacionales y que todos los adultos de Avalon estaban dispuestos a marchar sobre los extranjeros y aplastarlos en un día con la fuerza del número.

Atrapada entre la presión externa de los cadmos y los problemas internos, la nación de Farfrom estalló.

Una revolución derrocó a la dinastía reinante de los Dare. Farfrom se convirtió en una democracia gobernada por un comité de ciudadanos. Se estableció un nuevo contrato, así como la política de asilo para los delincuentes comunes y políticos refugiados en una cadmo. Se abolió la pena de muerte. Las brujas ya no serían quemadas.

La minoría de católicos y socinianos, descontentos por éstas y otras medidas, se aprovecharon de la turbulencia para marcharse a zonas apartadas del continente de Avalon.

Aislados de los otros hombres detrás de una alta cadena de montañas, los socinianos abandonaron religión, ropas, casas e incluso lenguaje. Se hicieron completamente nativos.

Treinta años después de que el martirizado Dyonis Harvie IV hubiera fundado el estado que lleva su nombre, Dyonisa fue dividida por la guerra civil. Un cisma político-religioso-social se tradujo en dos bandos contendientes: la Iglesia-en-Suspense y la Iglesia-en-Conveniencia.

Los Convenientes ganaron. Una vez más, los insatisfechos hicieron lo mejor que podía hacerse en una región fronteriza. Conducidos por un arzobispo, Gus Croatan, se

trasladaron a la gran península, que más tarde se convirtió en una nueva nación.

Convenientes y Suspensos coronaron a un nuevo jefe religioso, el *caput*, en cada una de sus capitales respectivas, y pretendieron que era el jefe de la única iglesia verdadera.

Los horstels sonrieron y señalaron a Farfrom, la cual también tenía un hombre que negaba que alguien que no fuera él mismo era el vicario de Dios sobre el planeta Dare.

La historia discurría a través de la mente de Jack mientras se acercaba al prado. Fue interrumpida cuando se detuvieron delante de la cadmo más próxima. O'Reg, el Rey Ciego, estaba de pie en la entrada fumando un cigarrillo en una larga boquilla de hueso.

—Saludos, Oh Propietario de la Casa. Buena suerte, Oh Descubridor de la perla.

El Rey Ciego era pelirrojo, alto y delgado. No estaba ciego, y en aquella sociedad anárquica un rey era algo desconocido. Pero ocupaba una posición que le daba un título cuyo significado se perdía en la remota antigüedad. El más viejo de los Cage preguntó si podía hablar con R'li.

—Allí está —dijo O'Reg, señalando hacia el arroyo.

Jack se giró y su pulso se alteró, ya que la sirena saliendo del baño era una visión de belleza. Ella cantaba en voz baja mientras se acercaba, luego se detuvo y besó a su padre. O'Reg rodeó con un brazo la esbelta cintura de su hija, y ella apoyó la cabeza contra su hombro mientras hablaba con Walt.

De cuando en cuando sus ojos se desviaban hacia Jack y sonreía. Cuando su padre hubo renunciado a conseguir que ella aceptara su parte, o al menos dijera por qué no la quería, Jack había decidido ya mantener una pequeña charla con ella.

Cuando Walt empezó a hablar del esquileo con el Rey Ciego, Jack le hizo una seña a R'li para que le siguiera. Fuera del alcance del oído de su padre, Jack dijo:

—R'li, tú sabías que no había ningún oso haciendo aquel ruido. ¿Por qué me agarraste como si estuvieras asustada? No tenías miedo, y sabías que se trataba de un árbol doliente. ¿No es cierto?

—Es cierto.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—¿No lo sabes, Jack? —replicó ella, y se alejó.

El Cage más viejo demoró un día más el llevar la perla a la ciudad. Los frecuentes viajes que realizaba al cobertizo acorazado se habían convertido en un motivo de risa para los miembros de la familia y los ayudantes contratados. Actuaba como si la gris gelatina temblequeante formara parte de su propia carne. Venderla sería como cortarse un trozo de sí mismo por dinero.

Jack, Tony y Magdalene, los más extrovertidos de sus hijos, se permitieron tales bromas aquel último día que Walt tuvo que darse cuenta de que encontraban

peculiares sus actos.

La mañana del cuarto día después de que la perla llegó a la casa, los dos Cage varones más viejos, Lunk y Bill Kamel salieron de la granja en carruaje. Llevaban cascos de madera de cobre y correajes de cuero, y pesadas manoplas. Walt conducía; Jack y Bill portaban arcos repetidores; Lunk estaba sentado sobre la caja que contenía la perla, con una jabalina en la mano.

A pesar de sus temores, recorrieron los siete kilómetros hasta la sede del condado sin ningún incidente anormal. No surgieron salteadores del bosque exigiendo el tesoro. El cielo estaba brillante y sin nubes. Las alondras cuchillo volaban en grandes bandadas. Su canto de cuatro notas llenaba el aire. Volaban con un revoloteo de alas verde-amarillas. De cuando en cuando, una de ellas desplegaba las enormes garras rojas que les habían dado su nombre. En un momento determinado, una hembra se acercó tanto que Jack pudo ver una diminuta bola de pelusilla pegada al vientre de la madre. La cría giró su rostro y miró a los hombres con ojos moteados de negro.

En otro momento, un cola de oso apareció en el camino. Los unicornios, siempre nerviosos, casi se desbocaron. Walt y su hijo tiraron de las riendas y lograron retenerlos hasta que el monstruo, ignorándoles, desapareció entre los árboles.

Pasaron por delante de siete granjas. La zona norte de la capital no estaba muy poblada, y era dudoso que lo estuviera en el futuro. Hasta entonces, los cadmos habían denegado el permiso para más colonos, pretendiendo que alterarían el equilibrio ecológico.

La granja Mowrey era la última que tenían que cruzar antes de llegar al puente sobre el Arroyo Escamoso. El Vigilante se asomó a la ventanilla de su torre y agitó la mano. Lunk y Bill le devolvieron el saludo. Jack observó que su padre fruncía el ceño y mantenía las riendas fuertemente apretadas, de modo que decidió que si agitaba la mano se crearía problemas.

Después de cruzar el puente y siguiendo la carretera en el lugar donde el Arroyo Escamoso se vaciaba en el río Gran Pez, no vieron más Wiyр. A menos de que un negocio reclamase su presencia, los Wiyр permanecían alejados de las grandes ciudades.

La cumbre de una empinada colina les permitió una primera ojeada a Slashlark. Su espalda daba a una gran colina, su rostro al ancho río. Poco imponente, consistía en una larga calle principal y una docena de calles laterales. Edificios comerciales y del gobierno, tabernas y el salón de baile se encontraban en la calle principal. Las casas residenciales estaban en las vías secundarias.

Fuerte Slashlark se erguía en el extremo meridional de la ciudad. Sus resplandecientes paredes de troncos rojos albergaban a un centenar de soldados.

Había muchas embarcaciones en los muelles. Los marineros cargaban pieles, cuero, transparentes huevos de alondra, troncos, las primicias de la cosecha de lana, y

caja sobre caja de bolas de totum invernales. Los que no trabajaban estaban sentados en las tabernas, discutiendo con soldados libres de servicio y mirando a las mujeres.

La policía militar se aseguraba de que lo único que hacían era mirar. Aburridos, los policías acechaban la ocasión de aporrear el duro cráneo de un barquero.

Los Cage avanzaron a través de la atestada calle. Walt dio una sacudida a las riendas y gritó a un carro lleno de barriles de cerveza que estaba en ángulo recto con el tráfico. Su conductor sudaba y blasfemaba en sus esfuerzos por dominar a sus bestias; los cuatro unicornios estaban coceando, mordiendo, corneando y chillando por algún motivo desconocido. Bruscamente, una pezuña se disparó y el hombre cayó hacia atrás, atontado.

Cuando el desdichado hombre (sólo una de las muchas víctimas anuales de las antojadizas bestias) fue arrastrado hasta la acera y el carro apartado a un lado, los Cage siguieron su camino. Luego, un golfillo cruzó corriendo por delante de ellos, y de nuevo sus dos animales trataron de escapar de la atestada calle.

Jack y Bill se apearon de un salto, agarraron a los sementales por los arcos y se colgaron de ellos hasta que las bestias decidieron pararse. Después de lo cual, dejaron a los resoplantes y temblorosos animales atados a la barra delante de la Casa de la Reina, un edificio del gobierno.

Allí, el agente de una compañía de perfumes pesó la perla de resina, la dejó bajo llave y redactó un recibo. Se disculpó por no poder pagar las cuatro mil libras que valía. El recaudador de impuestos tendría que presenciar la transacción y cobrar el «bocado de la Reina» sobre la suma. La Reina tenía unos dientes muy grandes. Sólo dejó dos mil libras en el plato.

Aunque la cantidad era todavía importante, a Jack le dolió perder tanto. Y su padre puso los ojos en blanco y juró por el alto cielo que los impuestos le estaban arruinando, que lo mejor que podría hacer sería vender su granja, trasladarse a una gran ciudad y reclamar el subsidio de paro.

Fue entonces cuando Jack intuyó el verdadero motivo por el que Walt había tratado de convencer a R'li para que exigiera su parte. Siendo una cadmo, ella no tendría que pagar ningún impuesto sobre su mitad; el impuesto de Jack, calculado sobre una escala móvil, se habría reducido en dos tercios.

Más tarde, Jack estaba convencido de ello, su padre le hubiera sugerido a R'li que él podría tomar el dinero que ella obtuvo de la venta. De esa manera, podría haber estafado a la Reina casi las tres cuartas partes de sus derechos. Era un plan astuto, pero la obstinación de los horstels lo había frustrado. No era de extrañar que hubiera desplegado más de su vehemencia normal contra ellos.

Al salir de la Casa de la Reina encontraron a Manto Chuckswilly. El hombre moreno les saludó cordialmente y les invitó a beber un trago en el Cuerno Rojo. Dijo que en la taberna estaban reunidos unos cuantos ciudadanos locales.

—A propósito, Jack, tu primo, Ed Wang, estará allí. Tiene muchas ganas de verte. El corazón de Jack aceleró sus latidos. ¿Sería una reunión de la HK? ¿Iban a invitarle a —o más bien a decirle— que se uniera a ellos?

Miró a su padre. Walt rehuyó sus ojos.

Jack dijo:

—Iré allí dentro de un rato. Antes tengo que visitar a la señorita Merrimoth.

—De acuerdo, hijo mío. Pero cuando llegues allí, dale la vuelta a un vaso de media hora. En cuanto se haya agotado, regresa aquí.

Walt miró a Chuckswilly, el cual asintió su conformidad.

Pensativo, Jack se alejó. Le preguntó a Lunk cuanto tiempo llevaba el prospector en la ciudad. El criado, que parecía saberlo todo sobre los movimientos de la gente, respondió que Chuckswilly había llegado a Slashlark hacía un par de semanas. Durante aquel tiempo, se presentó a sí mismo a todo el mundo que merecía una presentación. Había dedicado mucho tiempo a las relaciones sociales y muy poco a preparar una expedición a las Thruk.

Que Jack supiera, Chuckswilly no había conocido a su padre. Durante la época anterior a su escapatoria en busca del dragón, estaba seguro de que su padre no había ido a la ciudad. Pero podía haberlo hecho mientras su hijo estaba en las colinas. Jack no lo sabía; se olvidó de preguntárselo a Lunk. En cualquier caso, parecía obvio que Walt y Manto Chuckswilly se conocían.

Los Merrimoth vivían en una gran casa de dos pisos en lo alto de una colina en las afueras de Slashlark. Contigua a la de Lord How, era la mejor del condado. Algún día, si se casaba con Bess, Jack sería su dueño, así como el dueño de las granjas de Merrimoth, de su curtiduría, su almacén y el oro en el banco. Su esposa sería la más guapa en muchos kilómetros a la redonda. Y él sería ya envidia de todos los jóvenes.

Sin embargo, una hora más tarde salió de la casa, insatisfecho y contrariado.

Nada había cambiado. Bess se mostró tan guapa y tan cariñosa como siempre. Se había sentado en el regazo de Jack y le había besado hasta que, tras un intervalo prudencial, se había presentado su tía. Luego, susurrando, ella había elaborado planes para la boda.

Y Jack no sintió la excitación que cabía esperar. Ni había tenido valor para hablar de su proyecto de ir a Farfrom. Había abierto la boca varias veces, pero se había tragado las palabras al darse cuenta de que si proponía aplazar la boda cuatro años, apagaría la luz de felicidad que ardía en los ojos de Bess.

Y no es que hubieran fijado una fecha concreta para la boda. Pero en Slashlark se daba por sentado que uno se casaba lo antes posible y empezaba a tener hijos. Pedirle ahora a Bess que se quedara sola en casa mientras él pasaba cuarenta y ocho meses en una ciudad a tres mil kilómetros de distancia, sería imposible.

Un poco antes de marcharse se le ocurrió la idea de que podía llevarse a Bess con

él, de que quizás a ella podría incluso gustarle el ir a lugares lejanos. Sintió un momentáneo optimismo, que se apagó al recordar los fuertes lazos existentes entre padre e hija. Lo más probable sería que el señor Merrimoth armase tanto jaleo que Bess prefiriese quedarse en casa que desafiar a su padre.

Lo cual significaría, pensó Jack, que Bess amaba a su padre más que a él.

¿Por qué no preguntárselo a Bess y averiguarlo?

Lo haría. Aunque no ahora.

Más tarde, cuando tuviera tiempo para pensar en ello, y cuando la tía de Bess no pudiera oírles.

¿O era todo un pretexto para demorar la solución?

Sincero consigo mismo aunque le doliera, tuvo que admitir que carecía de redaños para poner sus cartas boca arriba.

De modo que echó a andar con más rapidez hacia el Cuerno Rojo. Necesitaba un trago.

Jim Tappan, el propietario de la taberna, asintió cuando entró Jack.

—La habitación de atrás —dijo.

Jack llamó a la puerta. Ed Wang la abrió. En vez de dejar entrar a Jack en seguida, sostuvo la puerta a medio abrir y pegó su cabeza a la abertura. Era evidente que no quería que los que estaban detrás de él vieran que estaba diciendo algo. Sin embargo, a juzgar por el barullo que reinaba allí, no tenía por qué temer que le oyeran.

Habló en voz baja:

—Escucha, Jack. No me comprometas en lo que respecta a Wuv. Saben que está muerto. Yo se lo he dicho. Pero mi historia no es exactamente la que tú recuerdas.

Fríamente, Jack dijo:

—Sería un estúpido comprometiéndome a mí mismo de esa manera. Veré cómo marchan las cosas antes de hablar. Ahora, déjame pasar, primo.

Ed se envaró. Jack empujó la puerta. Por un instante pareció como si Ed fuera a apoyar el hombro contra la puerta para impedir que Jack entrara. Luego un pensamiento, visible como la extraña expresión que se reflejó en su ancho rostro, le hizo cambiar de idea. Se echó hacia atrás. Jack, sin vacilar, pasó junto a él.

Dentro había unos treinta hombres sentados sobre bancos duros y desnudos contra las paredes. Veinte estaban en torno a una enorme mesa ovalada en el centro de la habitación. Uno de ellos era Walt, que levantó una mano para señalar una silla vacía junto a la suya.

La mayoría de los presentes interrumpieron sus conversaciones para mirarle. Sus ojos, detrás de jarras levantadas o pipas encendidas, eran ilegibles. Jack sintió un escalofrío. Supuso que podían haber estado discutiendo su validez como candidato.

La lista de los reunidos equivalía a un registro de la alta sociedad del Condado de Slashlark: Merrimoth, Cage, Al Chuckswilly, John Mowrey, el sheriff Glane, Cowsky

el maderero, el doctor Jay Chatterjee, el padre de Ed, Lex, el comerciante en pieles Knockonwood.

Lord How no estaba presente, y a Jack no le sorprendió su ausencia. Se comentaba a menudo que el anciano estaba demasiado encariñado con los cadmos de su estado, y se insinuaba que en sus años mozos había experimentado un depravado interés por las sirenas.

Sin embargo, el joven George How estaba aquí. Levantó una copa de piedra hacia Jack en silencioso saludo y bebió. La cerveza se derramó sobre sus gruesos labios y descendió por sus dos barbillas.

Jack le devolvió la sonrisa. A pesar de todo, George How era un buen compañero. Sólo tenía un grave defecto. Cuando se trataba de beber, y sucedía a menudo, era el mejor de los camaradas. Al principio. Y luego, en algún momento durante la velada, se encaramaba súbitamente a la mesa, con la mirada fija, los labios baboseantes, y empezaba a gritar lo mucho que odiaba a su padre. Cuando el tema se agotaba, o cuando sus amigos dejaban de escucharle, se enfurecía contra ellos, acusándoles de muchos defectos reales e imaginados. Luego se precipitaba contra ellos, agitando los puños.

Los que le conocían estaban preparados y saltaban sobre él, le sujetaban, y le echaban agua hasta que se tranquilizaba. Varias veces, sin embargo, se habían visto obligados a golpearle en la cabeza o en el estómago. Exhibía dos líneas paralelas oscuras en su alta frente, cicatrices producidas por amigos que proyectaron sus jarras apaciguadoras con excesiva fuerza.

No importaba. Al día siguiente no recordaba lo que había hecho. Saludaba a los que había atacado como si nada hubiese ocurrido.

Mientras Jack se sentaba, vio que Manto Chuckswilly era el único hombre que estaba de pie. Y sentados junto a él había dos soldados del fuerte: el sargento Amen y el capitán Gomes.

El buscador de hierro dijo:

—Jack Cage, ésta es una reunión informal, por así decirlo. No se encenderán velas, nadie llevará careta y no se pronunciarán juramentos.

Sus labios se curvaron irónicamente.

—De modo que puedes actuar como desees, y no como un joven iniciado que debería mostrarse respetuoso y atemorizado ante sus mayores.

Varios de los hombres más viejos le dirigieron una mirada inexpresiva.

—Ed Wang nos ha contado que fue atacado por Wuv y que se vio obligado a matarle. También nos ha contado que tú le encontraste poco después. ¿Quieres describirnos, con tus propias palabras, lo que sucedió? ¿Por favor?

Jack habló lenta y claramente. Cuando terminó, miró a Ed. El rostro de su primo tenía la misma expresión que cuando Jack le había sorprendido encima del cadáver.

—De modo que el sátiro tenía tres heridas en la espalda —dijo Chuckswilly—. Señor Wang, no mencionó usted eso.

Ed se puso en pie de un salto y dijo:

—Le apuñalé cuando dio media vuelta para huir. Como todos los horstels, era un cobarde. Sabía que me impondría a él, y sabía que iba a matarle.

—Hmmm, Jack, ¿qué estatura tenía Wuv?

—Más de un metro ochenta. Pesaba unos cien kilos.

Chuckswilly recorrió con la mirada la corta figura de Ed.

—Odio a los Wiyr —dijo—, pero no me permito a mí mismo cerrar los ojos a las realidades. Nunca he visto un sátiro cobarde. Ni he oído hablar nunca de un caso auténtico de uno de ellos atacando a un hombre. Sin ser provocado, claro está.

—Señor, ¿me llama usted embustero? Esas palabras reclaman un duelo, señor.

—Señor —replicó el hombre moreno—, siéntese. Cuando yo desee que se ponga de pie, se lo pediré.

»Entretanto, caballeros, permítanme que les recuerde algo. La HK no es una sociedad recreativa. Estamos en esto por sangre. Les hemos escogido a ustedes, la crema de este condado, como el núcleo del capítulo local.

»Observen que he dicho “escogido”, no invitado. No necesito decir qué le ocurrirá al que se niegue a unirse a nosotros. No correremos ningún riesgo. Y, a pesar de nuestra aparente informalidad, somos una organización militar. Yo soy su general; ustedes obedecerán mis órdenes sin discutirlos. En caso contrario, sufrirán el debido castigo.

»Ahora... —Se interrumpió, frunció el ceño y le gritó a Ed—: ¡Siéntese, señor!

El cuello de Ed temblaba tanto que su cabeza se estremecía.

—¿Y si no lo hago? —farfulló.

Chuckswilly le hizo una seña al sargento Amen. El soldado, un hombre enorme, sacó su mano de debajo de la mesa. Empuñaba un garrote de empuñadura nudosa. El nudo golpeó en la boca a Ed. Cayó de espaldas, derribando la silla, y quedó tendido en el suelo. Brotaba sangre de sus magullados labios; al cabo de unos instantes, se incorporó, y escupió tres dientes. Sus ojos entrecerrados se llenaron de lágrimas mientras apretaba un pañuelo contra su boca.

—Ahora siéntese, señor Wang. Y recuerde por favor que en el futuro no habrá más muertes a menos de que yo dé la orden. Y no se preocupe ni se intranquilece por la falta de acción inmediata. Llegará el día en que nadará en sangre.

Su rostro moreno y narigudo giró hacia los otros, y dijo:

—Si alguno de ustedes no está de acuerdo conmigo, puede denunciarme a las autoridades. El sheriff Glane y el capitán Gomes están a su disposición. Ni siquiera tendrán que salir de la habitación para denunciarme.

Algunos de los presentes se echaron a reír. Merrimoth se puso en pie y apuntó al

buscador de hierro con una jarra.

—Señor Chuckswilly, es usted un hombre de los que me gustan. Práctico, decidido y realista. Sabe cuándo hay que golpear y cuándo no. Brindo por usted y por la HK.

Chuckswilly tomó una jarra y dijo:

—Por nosotros, señor.

Bebió. Los otros se levantaron y bebieron también. Sin embargo, no parecían excesivamente entusiasmados.

—Ahora, Ed, ¿le importaría unirse al brindis? —dijo el hombre moreno—. No tienen por qué existir resentimientos entre nosotros. Cuando estaba organizando en Old City, tuve que matar a un hombre porque insistía en resolver una querrela personal con un sátiro. El tonto no podía comprender que hay que pensar en el futuro.

Ed apartó el pañuelo de su boca. Alzó lentamente una jarra y saludó con ella a su jefe. Con una voz tan magullada como su boca, dijo:

—Por la condenación de todos los horstels, señor.

Chuckswilly dijo:

—Buen muchacho, Wang. Un día de éstos me dará usted las gracias por haber puesto un poco de sentido común en su cerebro. Y ahora, por favor, tal vez le gustaría contarnos lo que me contó a mí antes de la reunión.

Ed empezó con voz temblorosa, que se hizo más firme a medida que avanzaba en su relato.

—Se trata de lo siguiente. Josh, el hijo del señor Mowrey, sabe lo que siento —sentía— por Polly O'Brien. Ayer vino a decirme que la noche que ella huyó, él regresaba a su casa desde la granja Cespito. Había estado cortejando a Sally Cespito y era muy tarde, alrededor de las cuatro de la mañana. La luna brillaba aún en el cielo; él caminaba deprisa porque estaba nervioso a causa de los hombres lobo. Como ustedes saben, han sido vistos recientemente.

»Estaba a punto de llegar a la granja de su padre cuando oyó un carruaje que cruzaba el puente del Arroyo Escamoso. Sintió curiosidad por ver quién estaba levantado y viajando a aquella hora, de modo que se ocultó detrás de unos arbustos. Y se alegró de haberlo hecho, ya que el conductor era un hombre enmascarado y a su lado se sentaba una mujer encapuchada. En el asiento trasero había dos sátiros. No supo, desde luego, quiénes eran los humanos. Pero uno de los horstels era Wuv. Está seguro de eso.

»Josh dijo también que a pesar de no haber podido ver bien el rostro de la muchacha debajo de aquella capucha, juraría que era O'Brien. Creo que es obvio que ella buscó asilo en las viviendas cadmo de la granja Cage. Y creo que...

—Puede usted sentarse —le interrumpió Chuckswilly—. Señor Cage, por el modo con que ha estado chupando su pipa, deduzco que tiene usted algo que decir.

Walt se puso en pie y dijo con voz ronca:

—Yo no sabía absolutamente nada de que ella estuviera en mi granja. Créanme...

—Nadie sospecha de usted —dijo Chuckswilly—. Ella podía haber estado en la finca de cualquiera. En realidad, conociendo a los cadmos, me sorprende que no la ocultaran en la granja Wang. Pero la de usted, Walt, es el lugar más lógico, ya que es el más próximo a las montañas.

Ed se levantó de nuevo.

—¡Si eso es cierto, Polly será llevada a las Thruk alguna noche oscura! ¿No creen que antes de que ocurra eso deberíamos registrar las viviendas cadmo y sacar a Polly de allí y quemarla por bruja? Eso les demostraría a los horstels que no pueden salirse con la suya siempre que quieran, y les demostraría a los humanos que hay esperanza para ellos, que existe un grupo dispuesto a todo para imponer la justicia.

»Podríamos ir enmascarados y armados con bombas y aceite hirviendo. Pillarlos dormidos, degollarlos, incendiar las viviendas cadmo. Y destruir sus bienes también, sus cosechas, y árboles, y vino, y carne...

—¡Siéntese! —tronó Chuckswilly.

El padre de Jack se levantó y empezó a dar golpes sobre la mesa.

—¡Señor Chuckswilly! ¡Protesto! Si siguiéramos el plan de Wang, significaría mucho más que la matanza de mis horstels. ¡Significaría mi ruina! Mi granja sería destruida: ¿cómo podrían distinguir los atacantes mi propiedad de la de los cadmos? Y no es sólo eso, sino...

—Siéntese, señor Cage. Por favor.

Walt vaciló, pero terminó por sentarse. Tenía el rostro enrojecido, respiraba agitadamente, y se mesaba la barba.

—Tiene usted razón —dijo Chuckswilly—. La ruina de los propietarios podría ser uno de los resultados del Día-HK, y no el más importante.

»No, por favor, silencio —dijo, acallando los súbitos rumores—. Permítanme que me explique.

Se giró hacia la pared situada detrás de él y tiró hacia abajo de un gran mapa de Avalon. Utilizó su daga como puntero.

—Cada una de esas cruces indica un grupo de viviendas cadmo. Los círculos señalan los centros de población humana. Donde hay grandes pueblos o ciudades, hay pocas viviendas cadmo. Los humanos son actualmente doce veces más numerosos que los horstels.

»Pero en las zonas rurales, los horstels son más numerosos que los humanos. Eso significa que el Día-HK, si se dejan las cosas tal como están, ellos dominarán zonas tales como Slashlark.

»No estamos dispuestos a permitir que las cosas discurran de esa manera. Cuando llegue El Día, simultáneamente con ataques nocturnos de nuestra Sociedad a cada

vivienda cadmo, muchedumbres ciudadanas, inflamadas por discursos, bebida gratis y promesas de botín, pasarán de las zonas urbanas a las rurales.

»Una vez entablada la lucha, el Gobierno se verá obligado a apoyar a los ciudadanos. En particular teniendo en cuenta que muchos funcionarios son miembros de la HK. Y la Reina, estoy seguro, espera una acción semejante para romper los contratos con los cadmos y ordenar al Ejército que ataque.

»La HK es internacional. Nos aliaremos con los herejes para que los humanos puedan actuar unidos. Una vez eliminados los horstels, nos ocuparemos del problema de la herejía.

»Ahora, señor Wang, usted deseaba una acción inmediata. La tendrá. Hemos planeado una expedición, pero no sobre las viviendas cadmo, sino contra un convoy del Ejército que llegará por la carretera de Black Cliff hasta el fuerte. El convoy transportará fusiles de chispa, proyectiles, bombas, y un cañón de vidrio, el cual será muy útil para abrir las duras cáscaras de las viviendas cadmo.

»También habrá un carro lleno de lanzadores de llamas. Disparan un producto químico que, si se vierte en las entradas, quemará o estrangulará toda la vida subterránea.

Jack pensó. Si el Gobierno no se preparaba en secreto para la guerra y se oponía a la HK, ¿por qué transportaba armas que parecían diseñadas específicamente para un asedio a las viviendas cadmo?

La respuesta era obvia.

—... reunirse a las diez de la noche en el almacén de Merrimoth y decidir sobre los detalles de la expedición. Los expedicionarios tendrán que hacer algo que no les gustará. Tendrán que disfrazarse de sátiros, para que la Reina tenga la oportunidad de echarles la culpa a los horstels.

La risita de Chuckswilly fue debidamente coreada.

—Ahora, señor Cage, el extremo que le preocupaba a usted. Tenía miedo de que la HK se desmandara y destruyera o robara todo lo que estuviera a la vista. No iba desencaminado del todo. Eso es lo que harían las muchedumbres ciudadanas, desde luego. Ustedes, caballeros, viven lejos de las áreas cosmopolitas. ¡No saben lo necesitados, lo hambrientos, lo desesperados que están los pobres! Con el resentimiento alimentado en sus sórdidas viviendas, rodeados de hijos hambrientos, odian la riqueza humana tanto como a los cadmos. Más, en realidad, porque reprochan a la aristocracia y a los ricos la situación en que se encuentran, y apenas tienen tratos con los horstels.

»De modo que el día que salgan de las ciudades no se limitarán a matar y robar a los Wiy. Con el sabor de la sangre en la boca, aprovecharán la oportunidad brindada por el inevitable caos y se volverán contra aquéllos que poseen lo que ellos no han tenido nunca.

»Calma, calma... —Chuckswilly alzó una mano para acallar las protestas—. La HK fue creada por más de un motivo. Nuestro objetivo primordial, desde luego, era organizar y desencadenar el ataque. Pero casi tan fuerte era el deseo de contener a la multitud, de conservar la ley y el orden. En resumen, protegernos contra un antagonista casi tan peligroso como los cadmos: el rebaño humano.

»En consecuencia, sólo la mitad del Ejército será utilizado en los ataques a las viviendas cadmo. La otra mitad quedará en reserva para actuar como fuerza de policía y devolver a las multitudes a las ciudades una vez hayan realizado su tarea. De modo, caballeros, que no deben sorprenderse por nada de lo que ocurra el Día-HK. Se perderán vidas, quizá algunas de las de ustedes. Arderán casas y establos, se destruirán cosechas. Los hambrientos sacrificarán reses y las devorarán. Fortificad vuestras casas, encerrad vuestro ganado.

»Pero no os mostréis desalentados. Después de todo, vale la pena librarse de una vez y para siempre de todas las bestias sin alma del campo. La victoria no vale nada si se consigue fácilmente.

»Ahora, ¿alguna pregunta?

El padre de Jack volvió a levantarse. Se apoyó sobre unos brazos rígidos; sus puños se apretaron contra la mesa. El sudor discurría por sus mejillas hasta su barba, y su voz era tensa.

—Ninguno de nosotros preveía esta consecuencia. Especialmente un punto. Si no lo he entendido mal, todos los horstels morirán. Eso no es lo que yo pensaba que iba a pasar. Yo creía que se mataría a unos cuantos, para demostrarles quién es el amo aquí. Y los supervivientes seguirían trabajando en los campos, pero como esclavos nuestros, sin ninguna de esas tonterías acerca de compartir con ellos los frutos del trabajo...

—¡Ni hablar! —Chuckswilly agitó la daga para subrayar su argumentación—. Todos los cadmos deben morir. No podemos sustituir un problema con otro. Si hiciéramos lo que usted sugiere, no tendríamos ningún lugar al que enviar a la gente de la ciudad. ¿Cómo podríamos instalarlos en el campo si los horstels siguieran viviendo en las viviendas cadmo? No. Una vez desaparecidos los Wiy, los que no posean tierras serán trasladados, lenta y ordenadamente, a las zonas menos habitadas. Allí se convertirán en agricultores y granjeros.

—Pero... pero... —se atragantó Walt—. Ellos no saben absolutamente nada de faenas agrícolas. Arruinarán el suelo, los huertos, los rebaños. Son ignorantes, perezosos, sucios, torpes. Nunca nos prestarán la colaboración que obtenemos de los horstels. Y no podremos confiar en ellos cuando se trate de repartir beneficios al final de temporada. No son gente de palabra. El resultado será que nos veremos rebajados a su nivel. ¡Seremos tan pobres como ellos!

—Posiblemente cierto —dijo Chuckswilly—. En un sentido lo es. Ustedes,

caballeros, no tendrán que renunciar a ninguna parte de sus tierras ni compartirlas con nadie. Su propiedad seguirá siendo suya. Los inmigrantes se convertirán en asalariados, dependientes de ustedes. Serán, hasta cierto punto, horstels sin rabo. Pero no tan independientes.

»Tendrán ustedes problemas, desde luego, para hacer entrar en vereda a esa gente, enseñándoles a amar el campo como hicieron sus predecesores. Cometerán errores. Sus tierras, durante una temporada, sufrirán por ello. Pero, finalmente, las cosas se arreglarán y volverá a alcanzarse la anterior producción.

—¿Qué me dice de la gente que quedará en las ciudades? —preguntó el señor Knockonwood—. Ahora tenemos ya bastantes dificultades para alimentarla. ¿No se morirá de hambre en el intervalo?

—No más que antes. ¿Por qué? Porque sólo habrá que alimentar a la mitad de la población anterior.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Por qué? Piensen, caballeros. Lo que han visto hasta ahora es un futuro color de rosa: los cadmos eliminados y toda la riqueza para ustedes. Pero ¿no se les ha ocurrido que el horstel tiene conciencia de lo que se prepara? ¿Que luchará con más encarnizamiento incluso que el humano, porque sabe que se trata de una guerra de exterminio? ¿Que también ellos pueden haber fijado su Día-HK? ¿Quizá antes del nuestro, a fin de dominar a la población rural y marchar después sobre las ciudades? ¿Que HK puede significar también, además de *Horstel Killer*, *Human Killer*?

Jack miró a Chuckswilly con creciente respeto. A pesar de lo brutalmente cínico que era, era también honrado, inteligente y realista. Aquello era más de lo que podía decirse para el resto de los hombres presentes.

Chuckswilly dijo:

—Se lo diré a ustedes en seguida, a fin de que los débiles de corazón puedan fortalecerse a sí mismos: esperamos perder la mitad de nuestras fuerzas.

—¿La mitad?

—Sí... un precio terrible. Pero aunque me desagrada decirlo, es algo conveniente. Creará más espacio. Pasarán un par de generaciones antes de que Avalon empiece a superpoblarse de nuevo. Acabará también con la amenaza de revolución por parte de los habitantes de las ciudades, los cuales, como ustedes saben, han intranquilizado a la Reina desde hace algún tiempo.

»Será una época sangrienta, amarga. Caballeros, prepárense para lo peor.

Tony le llevó el almuerzo a su hermano mayor. Encontró a Jack de pie en medio del campo, agarrado a los brazos del arado y maldiciendo a las bestias.

—Cada vez que ven una sombra tratan de escapar.

He estado aquí desde el amanecer, y lo único que he hecho ha sido tranquilizar a esos brutos.

—Sí, Jack, lo sé —dijo Tony—. ¿Por qué no almuerzas ahora? Tal vez después te sentirás mejor.

—No se trata de mí. Son esos animales. ¡Daría cualquier cosa por el legendario caballo! Dicen que era el mejor amigo del hombre. Uno podía tumbarse a la sombra, y el caballo seguía tirando del arado y terminando la tarea.

—¿Por qué no uncir hombres al arado? Papá dice que los primeros hombres que llegaron aquí hacían eso.

—Tony, cuando se planta por primera vez el maíz es muy delicado. Tiene que ser enterrado profundamente, ya que de no ser así las raíces no prenderían.

»Papá dice que nuestro “maíz” no es como el que tenían en la Tierra. Dice que esto es una planta que los horstels cultivaban para comer. Pero cuando ellos hacían eso, no podían evitar que fuera delicada.

Jack desunció a los animales y los llevó al arroyo. Dijo:

—Tengo entendido que los unicornios que ahora utilizamos son una especie enana. En otro tiempo había un hermano mayor que los horstels utilizaban para arar. Era listo y manejable, como un caballo.

—¿Qué pasó con él?

—Quedó eliminado, como la mayoría de los grandes animales, en un solo día. Eso es lo que dicen. Fue el día en que todo el hierro de la superficie de Dare estalló de golpe, «¡boom!», y mató a todos los seres vivientes.

—¿Crees eso? —preguntó Tony.

—Bueno, mineros y prospectores han desenterrado los huesos de muchos animales que ahora no existen. Y pueden verse las ruinas de grandes ciudades, como la que está cerca de Black Cliff, como prueba de que una catástrofe las asoló. De modo que es posible que sea verdad.

—Bueno, eso ocurrió hace mil años también, según dice el Padre Joe. Jack, ¿crees

de veras que los horstels podían volar entonces?

—No lo sé. De todos modos, cuando todo aquel hierro saltó por los aires, podría haber dejado con vida algunos animales buenos para el arado.

—¿Por qué no utilizas un dragón? —dijo Tony.

—Desde luego —dijo Jack. Rio entre dientes y empezó a almorzar.

Tony dijo:

—He leído que San Dionisio convirtió a un dragón. Lo utilizaba para labrar una gran extensión de tierra.

—Oh, ¿te refieres a la historia de la época en que llegó aquí con sus discípulos tras huir de Farfrom? Los horstels convinieron en que él y sus descendientes podrían ocupar todo el terreno que pudieran rodear en un día con un arado. Y él les engañó unciendo al arado el dragón cristiano y circunscribiendo nuestra nación actual.

—Sí, eso es. Maravilloso, ¿no? Me gustaría haber visto la expresión de los rostros de aquellos horstels.

—Tony, no debes creer todo lo que oigas. Pero me gustaría tener uno de esos monstruos. Apuesto a que podrían trazar unos surcos tan profundos como uno quisiera.

—Jack, ¿has visto nunca un dragón?

—No.

—Entonces, si nunca has visto uno y sólo hay que creer lo que se ve, ¿cómo sabes que existen esos animales?

Su hermano se echó a reír y le golpeó cariñosamente en las costillas.

—Si no existen, ¿quién ha estado robando nuestros unicornios?

Jack miró más allá de su hermano.

—Además, una sirena me dijo que había estado hablando con el que atacó nuestros rebaños. De hecho, aquí llega ella. Pregúntale si no es verdad.

Tony hizo una mueca y dijo:

—Creo que voy a regresar a casa, Jack.

Su hermano asintió con aire ausente, concentrada su atención en la figura que se acercaba, portando una especie de ánfora.

Tony frunció los ojos y los labios y se alejó a través de los árboles.

—Hola, Jack —dijo R'li en inglés.

—Hola —respondió Jack en lenguaje infantil.

R'li sonrió como si encontrara significativo que él utilizara aquel lenguaje. Jack miró el ánfora que ella sostenía por una de sus asas.

—¿Vas a buscar miel?

—Es evidente.

Jack miró a su alrededor. No había nadie a la vista.

—Iré contigo. El arado puede esperar. Temo que si me pongo a trabajar ahora

mismo sucumbiré a la tentación de matar a esos animales.

R'li tarareó la última canción que había llegado al condado: «Unce tu dragón a un arado».

—Ojalá pudiera —dijo Jack.

Se quitó el sombrero, la chaqueta, las botas y los calcetines, y empezó a echarse encima agua del arroyo. La sirena clavó el afilado extremo del ánfora en el blando barro, luego penetró en el arroyo y se agachó.

—Si no te avergonzaras de tu cuerpo podrías hacer lo mismo que yo —dijo, en tono burlón.

Jack miró a su alrededor y dijo:

—Me parece ridículo. Es decir, cuando estoy contigo.

—Me sorprende oírte admitir eso.

—Bueno, compréndelo. Los hombres necesitan ropas, pero lo natural es que los horstels vayan desnudos.

—Oh, sí, nosotros somos animales... y no tenemos alma. Jack, ¿te acuerdas de cuando éramos niños y tú solías venir a nadar con nosotros? Entonces no llevabas pantalones.

—¡Era un chiquillo!

—Desde luego, pero no eras tan inocente como pretendías. Nosotros solíamos reírnos de ti, no porque estuvieras desnudo, sino porque te considerabas terriblemente malo y porque te sentías tan obviamente feliz sabiéndote —o creyéndote— pecador.

»Tus padres te lo habían prohibido. Y si te hubiesen sorprendido, la paliza que habrías recibido hubiera sido algo inolvidable.

—Lo sé. Pero cuando ellos me decían que no podía hacerlo, tenía que hacerlo. Además, era divertido.

—Entonces tú no estabas realmente convencido de que debías avergonzarte de tu cuerpo. Ahora crees que lo estás. Has permitido que otros te convencieran.

»Sin embargo, comprendo por qué vuestras mujeres se ponen vestidos. Los utilizan más para tapar sus defectos que para realzar su belleza.

—No seas maliciosa.

—No lo soy. Creo que es la verdad.

Jack se incorporó, se puso el sombrero y recogió sus ropas.

—Antes que nada, R'li, dime una cosa, ¿quieres? ¿Por qué renunciaste a la parte que te correspondía de la venta de la perla?

R'li echó a andar hacia él a través del arroyo. Cada gota de agua en sus senos resplandecía como un universo de cristal con un diminuto sol en el centro. De las empapadas trenzas de la cola de caballo caían regueros sobre la arena. R'li recogió los largos cabellos en su brazo izquierdo y los levantó a la luz. Vetas brillantes de amarillo y rojo se reflejaron al sol.

Los ojos púrpura-azulados de R'li se clavaron en los ojos castaños de Jack. La mano derecha de la sirena hizo el gesto familiar hacia él. Se interrumpió. Jack inclinó la mirada hacia ella. Su mano se extendió y tomó la de R'li.

Ella no retrocedió. Siguió la suave pero firme insistencia de la mano de Jack y se dejó abrazar.

Una semana más tarde, el convoy del Ejército fue asaltado. Eran las nueve de la noche cuando los HK se disfrazaron de sátiros. Su disfraz no hubiera engañado a nadie a una buena luz, ni a nadie que se fijara bien a una luz débil. A ellos no les preocupaba. Sólo se disfrazaban para proporcionarles a los hombres de la Reina la ocasión de acusar a los cadmos locales.

Cuando se acercaban a la taberna Puro Cristal, vieron que estaba muy iluminada. Dentro, los soldados apuraban sus jarras o jugaban a los dados. Los carros estaban alineados detrás del establo. Un sargento supervisaba el relevo de los animales de tiro. Ni siquiera levantó la mirada cuando el primero de los expedicionarios asomó por detrás del establo.

Dominar a los soldados de guardia resultó fácil. Los falsos sátiros surgieron de la oscuridad, rodearon a los sorprendidos militares y los redujeron al silencio, encontrando muy poca resistencia, un hecho asombroso. Aunque, pensó Jack mientras ataba a uno de los individuos, ¿era realmente tan asombroso?

Ningún grito de aviso surgió de la posada, a pesar del inevitable ruido producido por bestias y carros al ponerse en marcha. Una vez en la carretera, los asaltantes abandonaron toda precaución y azuzaron a los animales. Sólo entonces se abrieron las puertas de la taberna y los soldados, todavía con jarras o dinero en la mano, empezaron a gritar y a maldecir.

Jack pensó que eran muy malos actores. Sus reniegos eran débiles, y podría haber jurado que oía algunos mezclados con risas.

Durante la larga incursión, se había sentido audaz y bravucón. Estaba decepcionado porque no había tenido que desenvainar su estoque de cristal duro. Últimamente había estado deseando golpear a alguien o a algo. Un fardo pesado y gris cabalgaba sobre sus hombros, y aunque se sacudía y pateaba no podía librarse de él.

Incluso durante sus infrecuentes encuentros con R'li no podía librarse de aquella ardiente rabia. Demasiadas de sus palabras eran como las de la primera vez que R'li y él se habían besado.

Jack las recordaba muy bien. Él había susurrado que la amaba, que la amaba, que no le importaba quién lo supiera...

»Atrajo a R'li hacia él y juró que decía lo que sentía.

»En este momento, sí. Pero sabes que es algo imposible. La Iglesia, el Estado, la Gente se impondrán.

»No se lo permitiré.

»Hay una manera. Ven conmigo.

»¿A dónde?

»A las Thruk.

»No puedo hacer eso.

»¿Por qué no?

»¿Abandonar a mis padres? ¿Romper sus corazones? ¿Traicionar a la muchacha con la que estoy prometido? ¿Ser excomulgado?

»Si de veras me amas, lo harás.

»Ah, R'li, eso es muy fácil de decir. Tú no eres un hombre.

»Si vinieras a las montañas conmigo tendrías algo más que a mí. Te convertirías en lo que nunca serás en Dyonisa.

»¿En qué?

»En un hombre “completo”.

»No te comprendo.

»Te convertirías en un ser más equilibrado, más integrado psíquicamente. La parte inconsciente de tu personalidad trabajaría mano a mano con la consciente. No serías caótico, infantil, desentonado.

»Sigo sin saber lo que quieres decir.

»Ven conmigo. Al valle donde pasé tres años avanzando a través de los ritos de aprobación. Allí estarás entre gente completa. Eres un hombre andrajoso, Jack. Eso es lo que en nuestro idioma significa la palabra “panor” aplicada al género humano. El andrajoso. La colección de remiendos.

»De modo que soy un espantapájaros. Gracias.

»Ponte furioso, si te sirve de ayuda. Pero no te estoy insultando. Quiero decir que no conoces tus facultades. Están ocultas para ti. Estás jugando al escondite contigo mismo. Negándote a ver el verdadero “tú”.

»Si tú eres tan... completa, ¿por qué me amas? Yo soy... andrajoso.

»Jack, potencialmente eres tan fuerte y tan completo como cualquier horstel. En las Thruk podrías convertirte en lo que deberías ser. Cualquier humano podría, destruyendo esa barrera de odio y de temor y aprendiendo lo que a nosotros nos ha costado tantos siglos y tantos esfuerzos aprender.

»¿Y renunciar a todo lo que he conseguido hasta ahora?

»Renunciar a todo lo que sea necesario. Conservar lo bueno, lo mejor. Pero no decidas lo que es mejor hasta que hayas venido conmigo.

»Lo pensaré.

»¡Piénsalo ahora!

»Me estás tentando.

»Echa a andar. Deja a los animales atados al árbol, el arado en su surco. Nada de adioses. Echa a andar. Conmigo.

»Yo... no puedo. De esta manera...

»Por favor, nada de pretextos.

Desde entonces, Jack no podía librarse de la impresión de que había vuelto la espalda a un sendero de mucha gloria. Durante un tiempo trató de convencerse a sí mismo de que había pronunciado un «¡Vade retro, Satanás!». Al cabo de unos días fue lo bastante sincero consigo mismo como para decirse que carecía de valor. Si estuviera realmente enamorado, como ella había dicho, renunciaría a todo para marcharse con ella.

Pero eso se aplicaba al matrimonio, y él no podría contraer nunca santo matrimonio con R'li.

Él la amaba. ¿Tenía que pronunciar palabras sobre ellos un hombre con sotana? Jack debía creerlo así, ya que no se había marchado con ella. Y ella había dicho que la prueba de su amor residía en si se marchaba o no con ella.

No lo había hecho.

En consecuencia, no la amaba.

Pero él la amaba.

Golpeó el asiento del carro con su puño. ¡Él la amaba!

—¿Por qué diablos estás haciendo eso? —dijo el joven How, sentado junto a él.

—¡Por nada!

—¿Te enfadas por nada? —rio How—. Vamos, toma un sorbo de esto.

—No, gracias. No me apetece beber.

—Tú te lo pierdes. Bueno, a tu salud. ¡Ahhh! A propósito, ¿te has fijado en que Josh Mowrey no estaba con nosotros?

—No.

—Bueno, Chuckswilly sí, y se puso furioso. Nadie sabía dónde estaba. O al menos pretendían no saberlo. Pero yo lo sabía.

Jack gruñó.

—¿No estás interesado?

—Vagamente.

—¡Hombre, tú estás enfermo! Te lo diré, de todos modos. Ed Wang envió a Josh a vigilar las viviendas cadmo de vuestra granja.

Jack se sobresaltó:

—¿Por qué?

—Ed cree que Polly no se ha marchado aún de allí.

How rio entre dientes y alzó de nuevo el frasco. Luego azotó a los unicornios, y

cuando el carro hubo ganado velocidad gritó por encima del ruido:

—Ed es muy testarudo. Volverá a chocar con Chuckswilly.

—Chuckswilly le matará.

—Es posible. Si Ed no le hunde una daga entre las costillas. Ahora se hace el humilde, pero se acuerda de aquellos dientes perdidos.

—¿Contra quién estamos luchando? ¿Contra los horstels? ¿O entre nosotros?

—Hay que resolver las diferencias de opinión antes de elaborar un plan de acción.

—Dime, How, ¿de qué parte estás tú?

—No me preocupa. Sólo espero que llegue el día en que empiece la gran lucha.

Bebió otro largo trago y miró a Jack.

Jack se preguntó si How se proponía atacarle. No era la primera vez que veía aquella expresión concentrada.

—¿Quieres saber una cosa, Jack? El día HK verá cómo cambian de manos muchas propiedades. Los horstels y los humanos sedientos de botín van a... liquidar... a algunas personas. Cuando llegue ese día... Levantó el frasco otra vez y dijo:

—Yo puedo convertirme pronto en Lord How. Desde luego, abrumado por la pena, erigiré un monumento a mi anciano padre, caído en el sangriento torbellino de El Día.

Jack dijo:

—No me extraña que tu padre piense que ha procreado un cachorro gordo, estúpido e inútil.

—Cuidado con lo que dices, Cage. Cuando sea el Barón How, no olvidaré a mis enemigos.

Tiró el frasco vacío. Las riendas estaban flojas en sus manos, y los unicornios, captando la falta de control, aflojaron el paso.

—Te crees muy inteligente, Cage, y voy a demostrarte que no lo eres. Hace poco tiempo, mentí cuando dije que no me importaba quien fuera el jefe de la HK. ¡Heeeh! Siempre miento. Sólo para despistar a la gente. De todos modos, sé algo que tú ignoras. Acerca de ese loco de Wang y esa buena pieza de O'Brien. Y de ese plebeyo de Chuckswilly, también.

—¿De qué se trata?

How agitó un dedo maliciosamente.

—No tan aprisa. Calma.

How introdujo una mano en un bolsillo de su chaqueta y sacó otro frasco de licor. Jack le agarró por el cuello de la chaqueta y le obligó a acercarse más.

—¡Dímelo ahora mismo o te arrepentirás!

How agarró el frasco por el gollete y lo levantó para golpear a Jack. Pero éste se le adelantó golpeándole el cuello con el filo de la mano. How cayó de espaldas en el

interior del carro, donde fue recogido por los que viajaban allí.

Jack se hizo cargo de las riendas y se giró.

—¿Está muerto? —preguntó.

—Todavía respira.

Algunos de los hombres rieron ahogadamente. Jack se sintió mejor. Cuando su mano se había disparado, le había parecido que descargaba mucho de su reprimido furor. Lo único que le molestaba era lo que How había estado sugiriendo.

Durante los seis kilómetros que separaban Black Cliff de Slashlark, las bestias no cesaron de ser hostigadas. Jack se preguntó cómo podrían resistir aquella marcha. Cuando llegaran a la capital del condado estarían derrengadas. Y después de aquello tendrían que dar un rodeo de un kilómetro para que los carros no fueran vistos en la ciudad. Un total de siete kilómetros, antes de tirar de los carros otros siete hasta la granja de Cage. Allí los carros serían llevados al establo, y las armas enterradas debajo de un montón de heno del año anterior. Pero ¿resistirían los unicornios?

A media milla de Slashlark, Chuckswilly ordenó una parada. Fue entonces cuando Jack, como todos los demás expedicionarios, descubrió que no estaba en el secreto de todos los planes.

Unos hombres portando antorchas salieron del bosque, desuncieron a los resoplantes animales cubiertos de espuma y engancharon otros de refresco. Chuckswilly ordenó a los expedicionarios que se despojaron de sus disfraces de sátiro y se vistieran con sus ropas.

Mientras se estaban cambiando, How se arrastró fuera del carro. Se frotó el cuello y parpadeó a la luz de las antorchas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Te caíste y te golpeaste en la cabeza —dijo alguien.

—¿No estaba hablando contigo, Jack, cuando ocurrió eso?

—Sí.

—¿Qué estaba diciendo?

—Las tonterías de costumbre.

—¡Ja! ¡Ja!

How dejó de fruncir el ceño y miró con aire intranquilo a Ed, que estaba de pie muy cerca. How sonrió y palmeó el hombro de Ed.

—¡Mira, Ed! ¡Todo marcha bien!

—Cierra el pico —gruñó Ed. Dio media vuelta y se alejó en la oscuridad.

Jack le contempló pensativamente. Su primo tenía aquella expresión salvaje en el rostro. ¿Qué iba a hacer?

El convoy volvió a ponerse en marcha. Avanzó por el trozo de carretera que se curvaba al oeste de Slashlark. Bruscamente, la cadena de montañas que bloqueaba su vista de la ciudad desapareció y fue sustituida por una llanura. Penetraron en la

carretera principal, la que seguía el Gran Pez hasta el Arroyo Escamoso. Allí, a doscientos metros al sur del puente, los carros se detuvieron.

Chuckswilly dijo:

—Aquí es donde la mayoría de nosotros se marcharán a sus casas. Los conductores seguirán hasta la granja de Cage y dormirán allí esta noche. Yo también me quedaré allí. Sin embargo, necesitamos algunos hombres más para ayudarnos a descargar.

Arreglados los detalles, los hombres que habían terminado su tarea se alejaron en medio de la oscuridad. Los que vivían cerca, a pie; los que vivían lejos, en carruajes que habían estado esperando allí toda la noche.

El hombre moreno conducía el carro de cabeza, How el segundo; Wang el tercero. Jack no sabía quiénes eran los otros conductores.

El puente retumbó. Los hombres miraron por si despertaba el Vigilante y asomaba su cabeza por una ventana de la torre. Respiraron mejor cuando dejaron atrás la alta estructura de piedra sin haber llamado aparentemente la atención. En aquel momento, una linterna brilló en la orilla del arroyo. El Vigilante avanzaba hacia ellos, con una larga pértiga en el hombro y una cesta colgada de su costado. Por desgracia para los expedicionarios, el horstel regresaba en aquel preciso instante de una excursión nocturna de pesca.

Jack se giró para mirar detrás de él. Wang había parado su carro, reteniendo al convoy, y se estaba apeando Empuñaba una jabalina con punta de cristal.

Jack arrancó las riendas de manos de How, paró a los animales y gritó:

—¡Hey, Chuckswilly!

Chuckswilly también se había detenido. Cuando vio lo que estaba ocurriendo, aulló:

—¡Imbécil! ¡Vuelve a tu asiento y ponte en marcha!

Wang lanzó un grito estridente. No dedicado a su jefe. Al sátiro. Lanzó la jabalina sin interrumpir su carrera.

Awn dejó caer la linterna y la pértiga y se arrojó al suelo. La jabalina pasó por encima de su cabeza y fue a perderse en la oscuridad. Inmediatamente, Awn se levantó de un salto y lanzó su linterna. Como Wang estaba corriendo hacia adelante, empuñando el cuchillo, y no pudo esquivar a tiempo, la linterna se estrelló contra su cabeza. Wang se derrumbó. El cristal de la linterna se rompió; el petróleo se extendió en una charca llameante; lamió la cabeza de la forma inconsciente. El Vigilante desapareció entre los árboles.

—¡El muy estúpido! —dijo Chuckswilly—. Tendría que dejarle arder.

No obstante, agarró los pies de Ed y le apartó del fuego.

Ed se incorporó, llevándose la mano a la boca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—¡Imbécil! ¿Por qué le atacaste?

Ed se puso trabajosamente en pie.

—No quería ningún testigo horstel.

—Y ahora tendrás uno y de peso. Wang, yo no había dado ninguna orden. ¿Tendré que hacerte saltar todos los dientes?

Ed replicó en tono lúgubre:

—Creo que Awn se ha encargado de eso.

Apartó la mano de su cara y mostró una boca ensangrentada. Escupió dos dientes y movió un tercero, a punto de caer.

—Lástima que no te haya matado. Considérate bajo arresto. Regresa a tu carro. Turk, tú conducirás. Knockonwood, vigila a Wang. Si hace cualquier movimiento sospechoso, acaba con él.

—Sí, señor.

Una puerta se cerró de golpe. Los hombres miraron hacia la torre. Se oyeron sonidos como de una palanca disparada a través de una ranura. Unas voces flotaron hasta ellos. Una antorcha iluminó fugazmente la ventana del segundo piso.

Ed dijo:

—¡Mientras perdíamos el tiempo aquí, Awn se ha escabullido y se ha metido en casa! ¡Ahora no podremos atraparlo!

Las ventanas de los pisos tercero, cuarto y quinto se iluminaron y volvieron a oscurecerse a medida que el Vigilante subía la escalera de caracol. El sexto permaneció iluminado. De pronto, recortándose contra la luna, surgió del tejado una larga varilla.

Jack no pudo precisar el color, pero supuso que estaba hecha de caro cobre. Ocasionalmente, había visto aquellas pértigas extendidas desde los hogares de los Vigilantes o de los conos de las viviendas cadmo. Ignoraba lo que eran, pero suponía que eran utilizadas en la magia negra de los horstels.

El ver surgir una ahora, como el cuerno de un demonio, le intranquilizó. Wang estaba próximo al pánico. Tenía los ojos desorbitados y los giraba de un lado a otro.

Chuckswilly dijo:

—Ya se ha hecho bastante daño. Vamos a marcharnos.

Se giró de espaldas para emprender la marcha.

Ed se agachó y cogió una piedra de gran tamaño. Antes de que Jack pudiera hacer algo más que lanzar un grito de protesta, Ed había saltado hacia la espalda del jefe.

Chuckswilly debía tener la sensibilidad de un horstel, ya que empezó a girarse incluso antes de que Jack aullara. Su mano descendió hasta la empuñadura de su estoque. La piedra le alcanzó en la sien, y cayó boca abajo.

Al instante, Ed desenvainó la hoja del jefe y sostuvo su punta cerca del pecho de Jack. Jack se inmovilizó.

—Esto ha ocurrido un poco antes de lo que yo pensaba —rezongó Ed—. No importa. George, átale las manos. Tappan, carga con Chuckswilly y ponlo en tu carro. Átale también.

Jack dijo:

—¿Qué va a pasar?

Los ensangrentados labios de Ed se abrieron en una desdentada sonrisa.

—Sólo se trata de un pequeño plan mío, primo. A los jóvenes no nos convencen los manejos superprecavidos de Chuckswilly. Queremos acción. Ahora mismo. Y no voy a permitir que nadie se interponga entre Polly y yo.

»De modo que he reunido veinticinco hombres, “verdaderos” hombres, para atacar esta noche a tus cadmos. Chuckswilly creyó que se marchaban todos a casa, pero no lo hicieron. No tardarán en regresar.

En efecto, unos minutos más tarde se presentaron los amigos de Ed, el cual les contó lo que había sucedido. Luego trepó al primer carro y la caravana reemprendió la marcha a un paso vivo.

Jack fue subido al carro. Sus piernas y sus manos estaban atadas, pero no le amordazaron. Gritó:

—Chuckswilly no perdonará nunca esto. Te matará.

—No lo hará. ¿Por qué? Porque en el ataque a los comeperros nuestro bravo caudillo irá en vanguardia y morirá. Se convertirá en un mártir de la causa.

Ed estalló en una risotada. En medio de su risa, un brillante globo rojo, azul y blanco, estalló en el lejano cielo.

—¡Ése es el cohete de Mowrey! —aulló Ed—. ¡Polly debe de estar abandonando la vivienda cadmo!

Los látigos extrajeron sangre. La marcha se convirtió en un frenesí de gritos exigiendo más velocidad, de violentas sacudidas cuando los carros, al tomar una curva, se salían prácticamente de la calzada, de viento silbando contra el sudoroso rostro de Jack, y de un inútil estirar y retorcer las cuerdas que rodeaban sus muñecas.

La carrera, que debió ser eternamente larga, transcurrió aprisa. Cuando hubo rozado sus muñecas con las cuerdas hasta hacerlas sangrar, cuando hubo maldecido hasta que la boca seca y la garganta irritada le impusieron silencio, el convoy había penetrado en el corral de Cage.

Ed se apeó de un salto y fue a aporrear la cerrada puerta del establo. Zeb, uno de los criados bajo contrato, asomó la cabeza por la abierta puerta del henil. Sus ojos se agrandaron, y desapareció. Unos segundos más tarde la gran barra fue levantada y la puerta del establo se abrió. Los carros entraron, unos detrás de otro. Ed le dijo a Zeb que cerrara la puerta.

Jack, luchando por arrodillarse, vio a su padre que se levantaba de un montón de pieles en un rincón oscuro. Tenía los ojos abotargados y las marcas rojas en un lado

de su rostro demostraban que había dormido sin cambiar de postura.

Jack se preguntó por su madre y sus hermanas. Se suponía que lo ignoraban todo acerca de lo que tenía que pasar. ¿Cómo podían dormir con todo aquel jaleo producido por los unicornios, los rechinantes ejes de los carros, los golpes en la puerta, los gritos? ¿Y su madre? Ella sabía que Walt se iba a quedar toda la noche en el establo. ¿Qué pretexto podía inventarse Walt para engañarla?

En algunos aspectos, pensó Jack, éste era el complot menos profesional y menos secreto que cabía imaginar. Claro que si su primo tenía éxito la cosa carecería de importancia.

Resonó una llamada en la puerta. Zeb abrió la portezuela practicada en la puerta grande. Entró Josh Mowrey. Estaba pálido bajo su piel morena, y se apresuró a preguntar:

—¿Habéis visto mi cohete?

—Sí —dijo Ed—. ¿Qué significaba?

—He visto a Kliz, ya sabes, el Receptor de Alondras, bajando por la carretera desde las montañas. Había estado fuera durante dos semanas, ya sabes.

Josh hizo una pausa para la confirmación que tan desesperadamente parecía necesitar. Ed asintió.

—Ha entrado en una vivienda cadmo, la segunda a la izquierda de cara al arroyo, ya sabes. Luego, hace cosa de una hora, ha salido con R'li y Polly O'Brien... Han encendido una fogata y se han sentado junto a ella, hablando y asando costillas. Llevaban un par de grandes sacos, de los que se utilizan para los viajes largos. Yo vigilo. No pasa nada. Pero yo pienso. Si Polly se deja ver así, sólo puede significar una cosa. ¿Sabes?

Súbitamente empezó a estornudar y toser. Cuando hubo dominado el acceso, dijo:

—Maldita sea, Ed, ¿no podríamos hablar fuera? Sabes que no puedo estar cerca de un unicornio sin que me den esos ataques de asma.

—¿Para que todo el mundo se entere en Slashlark de lo que está pasando? Quédate aquí. Y ahórrate los detalles. No estás escribiendo un libro.

La expresión de Josh reveló su disgusto.

—Bueno, si me ataca el asma, no seré bueno para luchar. En cualquier caso, para mí significa que ella se dispone a marchar hacia las Thrruk. Pero ¿qué está esperando? No puedo decirlo; estoy demasiado lejos para oírles. Y no me atrevo a arrastrarme hasta más cerca. Ya sabes cómo son esos horstels, Ed. Pueden olerle a uno a un kilómetro de distancia y oír como se le cierra un párpado. ¿No es cierto?

Ed gruñó:

—¡Al grano, Josh, al grano!

—¡Malditos animales! No te enfades, hombre. Bueno, decidí acercarme más, de todos modos, porque soy un buen cazador al acecho, ya sabes. Entonces vi algo que

llegaba a través de los árboles. Cuando estuvo lo bastante cerca como para precisar sus contornos, se me erizaron los cabellos. No en sentido figurado, Ed. «Se me erizaron». ¡Y me sentí feliz de encontrarme donde estaba! Tendrías que haberlo visto.

La voz de Wang se estaba haciendo estridente.

—¿Visto qué?

—Grande como una casa. Dientes tres veces más largos que los de un oso. Una cola que podía derribar un árbol. A pesar de que no lo creía...

—¿Quieres morir? —¡Era un dragón!

Josh miró a su alrededor para absorber el asombro y el miedo que había creado.

Wang pareció intuir que si no hacía algo en seguida, perdería su mando. Gritó:

—¡De acuerdo! Dragón o no, vamos a atacar. ¡Descargad este material! ¡Si no estáis seguros de cómo funcionan las armas, leed las instrucciones! ¡Y daos prisa! ¡No falta mucho para el amanecer!

Inmediatamente, Jack se dio cuenta de dos cosas. Chuckswilly había recobrado el conocimiento, y le estaban ayudando a bajar del carro de Tappan. Y su padre estaba avanzando hacia él, ignorando los saludos de todos, mirando a su hijo con una expresión helada. Sostenía la cimitarra en su mano izquierda. Sus ojos estaban enrojecidos e hinchados de lágrimas, y su barba estaba empapada.

—Hijo mío —Walt habló en un tono tan bajo, tan fuera de carácter, que Jack se asustó—. Tony nos dijo a tu madre y a mí una cosa que no pudo callarse por más tiempo.

—¿Y fue...?

—Te vio besar a ésa... a esa sirena, R'li. Y acariciarla.

—¿Y bien?

Walt no levantó la voz.

—¿Lo admites?

Jack se negó a inclinar los ojos delante de los de su padre.

—¿Por qué no? No estoy avergonzado de ello.

Walt rugió. Levantó la cimitarra. Ed le agarró el brazo y se lo retorció con tanta fuerza que la hoja cayó al suelo. Walt boqueó de dolor y se sujetó la muñeca, pero no se inclinó a recoger el arma. Ed, en cambio, se agachó rápidamente y se apoderó de ella.

Mientras Walt estaba allí de pie, respirando trabajosamente, sus ojos parecieron observar por primera vez el hecho de que su hijo y su jefe estaban atados.

—¡Chuckswilly! ¿Qué es lo que pasa? El hombre moreno, fantasmal con la sangre seca pegada a un lado de su rostro, lo explicó.

Walt no pudo moverse. Los acontecimientos se estaban produciendo con demasiada rapidez para él. Atacado por dos lados, no pudo decidir en qué sentido golpear. En consecuencia, se quedó quieto.

—Esta noche atacaremos a sus cadmos —le dijo Ed—. ¿Va usted a ayudarnos? —inquirió, haciendo oscilar significativamente la cimitarra.

—Es una revuelta, ¿verdad? —susurró Walt—. ¿Qué ha hecho Jack? ¿Ponerse de parte de Chuckswilly?

—Oh, Jack no es problema —dijo Ed alegremente. La magia del hierro en su mano le había estimulado—. Jack ha perdido por un instante la cabeza. Pero ya se ha dado cuenta de su error. ¿No es cierto, primo?

»El testimonio de que estaba haciendo el amor con una sirena bastaría para condenarle a muerte en el acto. Pero, después de todo, sólo buscaba un poco de diversión. ¿No es cierto, Jack? Y las sirenas son atractivas. Ya sé que a Bess Merrimoth no le gustaría oír eso. Pero no va a enterarse, ¿verdad, Jack? ¿Por qué? Porque vas a matar en primer lugar a... ¿Adivinas a quién?

Jack dijo lentamente:

—A R'li.

Ed asintió.

—Ésa es la única manera de redimirte a ti mismo. Borrará tu pecado y harás las paces conmigo, así como con la Iglesia. Permíteme que te recuerde que, a partir de ahora, en este condado será muy importante estar en paz conmigo.

Las cuerdas de los dos hombres fueron cortadas. Y a pesar de que Chuckswilly era ahora su prisionero, no fue tratado con rudeza.

Uno de los hombres que descargaban el carro dijo:

—Ed, ¿qué vamos a hacer? Todas esas armas, y nadie sabe cómo hay que manejarlas...

—Desde luego —dijo Chuckswilly en tono burlón—. Tenéis tan poco seso que no os habéis parado a pensar que necesitaréis mucho entrenamiento para familiarizaros con ellas. ¿Por qué creéis que insistí tanto en cancelar la expedición? ¿De qué sirve un fusil si no se sabe cómo hay que cargarlo? ¿Quién sabe manejar ese cañón de cristal? ¿Y los lanzallamas? ¡Ignorantes destripaterrones, habéis fracasado antes de empezar!

—¡Que te crees tú eso! —galleó Ed—. Hombres, si habéis leído las instrucciones, cargad vuestras armas.

Nombró a un grupo como cañoneros y a otro para empujar la máquina sobre sus ruedas. Al cabo de una hora, había aleccionado a sus hombres.

—No disparéis hasta que estéis tan cerca que no podáis fallar. Quedarán paralizados sólo con el ruido.

—Y lo mismo les ocurrirá a tus hombres, la primera vez que aprieten el gatillo —murmuró Chuckswilly.

Poco después, todo el grupo marchaba carretera abajo. Chuckswilly y Jack iban en cabeza. Ambos estaban armados con estoques, pero cada uno de ellos tenía a un

hombre apuntándole con una pistola unos cuantos metros detrás.

A Ed le había proporcionado valor y exaltación el contacto con el fabuloso acero. No dejó de canturrear y de engatusar a sus hombres hasta que llegaron a un pequeño sendero que se desviaba de la carretera para adentrarse en el bosque. Conducía a Prado Cadmo. El plan era seguir el sendero, arrastrando el cañón detrás de ellos, hasta desembocar en campo abierto.

En el bosque, las ruedas del cañón se hundieron en el blando barro. El esfuerzo de toda la compañía no logró hacerlo avanzar.

Ed blasfemó y dijo:

—Abandonémoslo. No lo necesitaremos, de todos modos.

Desalentados por la pérdida, nerviosos por lo que les esperaba y por su desconocimiento de las armas de fuego, los miembros de la HK reanudaron la marcha. Cuando un arma entrechocaba ruidosamente con algo o un hombre aplastaba unas ramitas, los demás siseaban reclamando silencio.

Por fin, sólo unos cuantos arbustos les separaron del ancho campo abierto. Delante de una de las entradas del cadmo resplandecían los restos de una fogata, pero no había ningún horstel a la vista.

—Los lanzallamas al frente —ordenó Ed. Su voz era tensa, y se giró rabiosamente para reprender a Josh por su inoportuna tos asmática.

—Hay doce viviendas cadmo. Cuando yo dé la señal, disparad a los agujeros de las ocho exteriores. Dos hombres montarán guardia en cada una de las otras dos entradas. Liquidarán a cualquiera que intente salir al exterior. El resto se dividirá en las dos mitades previstas. Mis hombres me seguirán al agujero de la vivienda cadmo situada a mano derecha. Los otros seguirán a Josh a la de la izquierda. Chuckswilly irá delante de mí; Jack delante de Josh. Walt, ¿con quién quiere ir usted?

Los ojos del viejo Cage se desorbitaron. Agitó la cabeza y dijo con voz ronca:

—No lo sé. Con quien tú quieras que vaya.

—Con su hijo, entonces. Tal vez pueda usted evitar que se cambie de chaqueta y se ponga del lado de los horstels.

El Walt conocido por Jack habría golpeado a Ed por aquel insulto. Éste agitó la cabeza y dijo:

—Muchachos, no es necesario quemar todo lo que hay almacenado bajo tierra. Hay lo suficiente para que todo el mundo se lleve a casa y quede bastante para mí. Después de todo, es mi propiedad. No hay que destruirla absurdamente. No sería humano hacerlo.

Jack gritó:

—¡Papá, por el amor de Dios! ¿Incluso en un momento como éste? ¿Y la sangre...?

El puño de Ed le redujo al silencio. Retrocedió unos pasos, con una humedad

salada en la boca.

Walt parpadeó como si no pudiera comprender a su hijo.

—Ahora que has hecho... lo que has hecho, ¿en qué otra cosa tengo que pensar?

Inmediatamente después iniciaron su cauteloso avance a través del prado.

La luna brillaba con plenitud. No hacía viento. El único sonido era el roce de zapatos a través de la hierba, y una tos ahogada, la tos asmática de Josh Mowrey, que provocaba maldiciones no menos ahogadas.

Los círculos en las bases de las viviendas cadmo estaban negros y aparentemente vacíos. Jack no pudo evitar el visualizar ojos acechantes desde las sombras y manos aferrando arcos y lanzas. En aquel preciso instante, una flecha podía estar apuntando a su pecho sin coraza...

Ed le susurró a Mowrey:

—¿Dónde crees que está Polly? ¿Es posible que se haya marchado antes de nuestra llegada?

Josh puso los ojos en blanco y respondió:

—No lo sé. No es ella la que me preocupa. Lo que me gustaría saber es dónde está el dragón.

Ed resopló y dijo:

—El único dragón que viste salió de una botella.

—¡No es cierto! Cuando bebo, no tengo asma. Y ahora puedes oírme toser, ¿no? Pero ¿dónde diablos puede estar?

Como si le hubieran oído y le contestaran, se oyó un bufido directamente detrás de ellos. Ninguno de los hombres había oído nunca nada semejante, un rugido gutural que hacía que el de un oso pareciera atiplado.

Giraron sobre sí mismos; gritaron.

El ser que salía del bosque parecía dos veces más alto que un hombre alto; corría sobre dos recias patas erguido el cuerpo en forma de columna. Las patas eran corvas como las extremidades posteriores de un perro a excepción de los pies, de los cuales sobresalían cinco dedos enormes para soportar su peso. Dos brazos se extendían en ángulo recto. Comparados con las extremidades inferiores, parecían diminutos. En realidad, eran tan gruesos como el cuerpo de un hombre. Cada una de sus manos de tres dedos empuñaba una porra, un tronco de árbol joven.

Los dientes brillaban malignamente a la luz de la luna.

Su rostro era una mezcla de animal y de hombre: una recia cresta de cartílago sobre la calva coronilla, una alta frente, gruesos surcos supraorbitales, orejas en

forma de lira, un hocico canino, una pesada mandíbula hominoidea, una barbilla saliente y una perilla rojiza. Una docena de pelos gruesos como un lápiz brotaban de las comisuras de sus fruncidos labios.

Mientras cargaba con un sonido que resonaba en el bosque circundante como el trueno de las nubes, otro bufido llegó de la orilla del arroyo. Los hombres se giraron para ver a un segundo dragón.

Ed, gritando como un unicornio enloquecido, logró hacerse oír por algunos de sus hombres:

—¡Los lanzallamas! ¡Disparad contra ellos con vuestros proyectores! ¡El fuego los asustará!

Pero los hombres no estaban familiarizados con sus aparatos. El miedo no ayudaba a sus temblorosos dedos. Y la mitad de los doce que portaban el equipo lo descargaron de sus espaldas y echaron a correr.

Uno logró disparar su lanzallamas. Un largo chorro rojo se proyectó hacia adelante a través de la oscuridad y fue a caer, no sobre el monstruo, sino sobre un grupo de hombres. Frenéticamente, el lanzador desvió el aparato de ellos y lo enfocó hacia el dragón. Demasiado tarde para media docena. Gritando, golpeando sus ropas, retorciéndose en el suelo, ardieron. Uno de ellos echó a correr hacia el arroyo. A medio camino cayó y no volvió a levantarse.

Las llamas obligaron al animal a detenerse, a girar sobre sí mismo, a correr alrededor de los hombres con la esperanza de situarse detrás de ellos, donde el proyector no pudiera alcanzarle sin freír a otros hombres.

Ed aulló:

—¡Disparad vuestras armas contra sus vientres! ¡Son blandos!

Levantó su pistola de dos cañones y apretó los dos gatillos.

La explosión inmovilizó a los dos monstruos. Giraron sus cabezas a uno y otro lado. Sin embargo, ninguno de los dos pareció haber sido alcanzado. Ni una gota de sangre brotó de sus blancos abdómenes.

Algunos de los hombres se envalentonaron. También ellos alzaron sus pistolas y escopetas y apretaron los gatillos. Cuatro o cinco fallaron. Una docena ladraron.

Un hombre cayó, alcanzando en la espalda por un camarada que había disparado sin apuntar.

Los hombres volvieron a cargar. El miedo ponía frenesí y torpeza en sus movimientos; derramaban la pólvora y dejaban caer los proyectiles.

Silenciosamente, los dragones cargaron. Estaban demasiado cerca para ser detenidos, y los lanzallamas no podían alcanzarles sin rociar a los hombres. Además, uno de los animales arrojó una porra sobre las cabezas de la multitud. Golpeó al que manejaba la llama en el pecho y le derribó, inconsciente o muerto, al suelo.

El abandonado proyector se vació por sí mismo a través del prado.

Un coloso se dirigió hacia Jack, con su gruesa cola agitándose de un lado a otro. Jack se dejó caer al suelo a tiempo para oír el «whish» de carne blindada fallando por muy poco el aplastarle el cráneo. Oyó también el golpe que quebrantó los huesos del hombre que estaba detrás de él.

Durante unos segundos permaneció tumbado en el suelo, temblando incontrolablemente. Cuando se hubo dominado lo suficiente para levantar la cabeza, vio que el hombre que había sido golpeado era su padre. Estaba caído de espaldas y su boca burbujeaba sangre. Su brazo derecho estaba doblado por debajo del codo en un ángulo grotesco.

Jack no tuvo ocasión de ver nada más, ya que un cuerpo enorme se precipitó contra él. Una vez más pegó su pecho al prado mientras el suelo y él retemblaban. Un pie de cinco dedos tan largos como su brazo aplastó la tierra junto a su cabeza. Se alzó, aparentemente hasta el cielo, y Jack no volvió a verlo.

Pero no se incorporó, ya que detrás del primer dragón llegaba el otro, aferrando a George How entre sus dientes. George gritaba y se retorció. Las quijadas se cerraron un poco más. El rollizo joven, como una salchicha distendida rompiéndose por ambos extremos debido a la presión en el centro, derramó sangre por la cabeza y los pies.

Profirió un penetrante alarido:

—¡Padre!

Y quedó siniestramente inmóvil.

El primer dragón giró la cabeza y habló. Sonó como si dijera, en lenguaje horstel infantil:

—Te diviertes, ¿eh, hermanita?

El segundo no respondió. Mordió a través del cuerpo de George y las porciones seccionadas cayeron al suelo, cerca de Jack. La nariz de George estaba a sólo unos centímetros de la de Jack. Los ojos del muerto estaban abiertos y parecían decirle a Jack: «Ahora te toca a ti».

Jack se levantó de un salto y echó a correr. No se dirigía a ningún sitio en particular, o no hubiera huido hacia la vivienda cadmo más cercana.

Al llegar a la entrada se lanzó de cabeza. No sabía si el suelo estaba a una profundidad de veinte centímetros o de veinte metros. En realidad, el suelo de tierra desnuda se hallaba al mismo nivel que el prado exterior. Entonces y sólo entonces se atrevió a detenerse en su huida, para mirar atrás.

Otros habían tenido la misma idea. Corrían hacia su refugio. Ed iba en cabeza, moviendo desesperadamente sus cortas piernas y su brazo extendido, con la cimitarra formando un ángulo de cuarenta y cinco grados con su cuerpo.

Antes de que Ed y los hombres que corrían detrás de él llegaran a la vivienda cadmo, otro hombre se levantó de entre los aparentemente muertos y trató de unirse a los primeros. A medio camino a través del prado pudo oírse la tos asmática de Josh

Mowrey. Los dragones, en aquel momento, habían dejado de rugir, y ninguno de los heridos estaba gimiendo. Por espacio de unos treinta segundos, quizá, se produjo uno de aquellos caprichosos silencios que salpican incluso las batallas más ruidosas. Un silencio interrumpido únicamente por la respiración desesperada y chirriante de Josh.

Uno de los dragones cargó. Sus pasos retumbaron; se convirtió en una figura bestial perfilada contra la luna, proyectando su sombra sobre el pigmeo que corría. Un enorme brazo se alzó. La porra en su mano era una cuerda siniestra bisectando el brillante círculo en el cielo. Colgó allí por espacio de un segundo y luego cayó. Se oyó un fuerte crujido.

La tos asmática quedó truncada. Josh fue arrojado hacia adelante por su propio impulso más el proporcionado por el golpe. Se deslizó cinco o seis metros sobre la ensangrentada y resbaladiza hierba, se deslizó sobre su pecho, ya que no tenía cabeza.

Luego la visión de Jack quedó cortada al ser obligado por la multitud a retroceder en la vivienda cadmo.

Jack pasó un momento de apuro, pero se dio cuenta de que tenía una ventaja sobre los recién llegados. Ellos estaban silueteados contra la luna y no podían verle a él. Resultó fácil golpear la muñeca de Ed con su puño y hacer caer la cimitarra que empuñaba.

Ed aulló y trató de agarrar a su atacante con su mano ilesa. Su primo agarró la hoja y emergió de la oscuridad.

—¡Atrás! —gritó Jack—. ¡Atrás o te parto en dos! Una chispa saltó en medio de las sombras. Un rugido y un relámpago. Algo silbó tan cerca de su oreja que rozó el lóbulo. Se agachó a tiempo para escapar a otra andanada sobre su postrado cuerpo y se amontonaron encima y alrededor de él.

Nadie sabía dónde estaba el enemigo. Se golpeaban unos a otros, gritaban, palpaban en busca de Jack, y se veían recompensados con unos cuantos golpes.

Un momento después la luz dispersó el caos. Una antorcha penetró en el agujero de la vivienda cadmo y les mostró lo que les rodeaba. Pero ninguno de ellos pensó en Cage. La mano que empuñada la tea flamígera era enorme y tenía tres dedos.

Las paredes del lugar en el que se encontraban estaban formadas por una sustancia dura y parecida a la madera. No había más salida que el agujero a través del cual habían entrado. De existir algún pasadizo había sido tapado tan hábilmente que no podía verse ninguna línea de demarcación. Si los invasores querían ir más adelante tendrían que abrirse camino a base de bombas. Y mientras permanecieran en el cono no podían hacerlo. Y mientras el dragón esperase fuera, los hombres no podían moverse de allí.

Impasse.

Cuatro hombres portaban armas de fuego. El otro se había quedado sin pólvora.

No fue valentía sino desesperación lo que impulsó a Jack a cargar contra el

animal que sostenía la luz.

Salió al descubierto, se encaró con el monstruo, vio que el canino izquierdo en su boca abierta estaba ennegrecido por la caries —recordó eso más tarde— y blandió la cimitarra. Su agudo filo cercenó el pulgar que apretaba un lado de la antorcha; dedo y antorcha cayeron juntos al suelo.

Jack se agachó a recogerla. Mientras lo hacía, un chorro de sangre de la herida salpicó su cuello. Un rugido le ensordeció, y las ondas de sonido rebotaron de una pared a otra de la angosta cámara. Jack se incorporó, se giró, y arrojó la tea todavía encendida a los hombres.

Ocurrieron varias cosas al mismo tiempo. Observó que el pulgar del dragón aún estaba curvado alrededor de la antorcha, con su larga uña incrustada en la madera. Detrás de él, el rugido se transformó en un patético gemido seguido de un lamento en lenguaje infantil:

—¡Mi pulgar, hombres! ¡Devolvedme mi pulgar!

Jack no prestó ninguna atención al dragón. Miró hacia la pared situada detrás de los hombres, ya que se estaba abriendo. Un iris alto como un hombre estaba partiendo la sustancia parda y lustrosa.

Jack renunció a su plan de tratar de eludir al dragón y huir hacia los bosques. En vez de eso, decidió pasar a través del grupo y penetrar en el agujero recién abierto. Confió en que el tiempo ganado cuando los expedicionarios habían tirado sus armas para proteger sus ojos del fuego de la antorcha sería suficiente para un buen lanzamiento de cabeza.

Lo fue.

Sus enfurecidos perseguidores gritaron. Una pistola disparó. Jack dio la vuelta a una esquina y se encontró en un angosto pasillo. Detrás de él, los sonidos se interrumpieron como si acabara de cerrarse una puerta.

Un momento más tarde se dio cuenta de que aquello era exactamente lo que había ocurrido. Ya que toda la sala, como una mano ciclópea, se cerró a su alrededor, haciendo presión contra su cuerpo, y apretando con tanta fuerza que pensó que sus costillas se fracturarían y su sangre se vertería por su boca y sus oídos. Pero no fue aquella terrible presión lo que le hizo perder el conocimiento. Fue una lengua de sustancia de pared fluyendo hacia todas las aberturas; se incrustó en su boca y llenó su garganta y cortó su respiración. Trueno y oscuridad y pánico se apoderaron de él. Y no supo nada más.

A través de un velo, luz y sonido.

La voz de R'li.

—¿Está muerto?

—¿Jack Cage? —dijo una voz masculina que Jack no pudo identificar.

—No. Su padre.

—Vivirá. Si lo desea.

—Oh Hablador al Alma, ¿siempre has de murmurar lo que aprendiste en los Ritos?

—Es cierto, ¿no?

—Pero obvio y aburrido —replicó la sirena—. Walt Cage deseará morir cuando descubra que ha sido arrastrado a una vivienda cadmo. Nos odia tanto...

Jack abrió los ojos. Estaba tendido sobre un montón de alguna sustancia blanda en una amplia habitación circular. Las paredes y el suelo estaban formados de la carne-vegetal parda y lustrosa. Una media luz brotaba de los grises racimos globulares que adornaban el techo y las paredes. Se incorporó y tocó los globos. Apartó los dedos, pero no porque los globos estuvieran calientes, ya que estaban fríos. El racimo se había retorcido ligeramente.

Miró a su alrededor. R'li y Polly O'Brien estaban contemplando al hombre que estaba al otro lado de la habitación. Su padre se hallaba tendido en una cama de la misma sustancia musgosa que él tenía debajo.

Yath, el hombre medicina del Wiyf local, estaba inclinado sobre Walt y ajustando vendajes. De cuando en cuando susurraba al oído del hombre. Jack no pudo suponer por qué, ya que su padre se hallaba inconsciente bajo los efectos de un intenso shock. Jack dijo:

—Yath, ¿qué le pasa a mi padre? R'li se apresuró a decir:

—No le interrumpas, Jack, por favor. En este preciso momento no tiene que hablar con nadie. Pero yo te lo diré. Tu padre tiene tres fracturas en el brazo derecho, dos costillas rotas, dos fracturas compuestas en la pierna izquierda, y posible hemorragia interna. Naturalmente, está en shock. Hacemos todo lo que podemos.

Jack palpó en sus bolsillos. R'li le ofreció un cigarrillo y lo encendió mientras él chupaba ansiosamente.

—Gracias. Ahora, dime, ¿qué diablos ha ocurrido? Lo último que recuerdo es que las paredes se estaban cerrando sobre mí.

R'li sonrió y tomó su mano.

—Si hubiésemos tenido tiempo de hablar de algo que no fuera nosotros mismos, sabrías lo que es una vivienda cadmo. Yo te hubiera dicho que es un ser viviente.

Al igual que el árbol totum, es medio vegetal, medio animal. Originalmente, era una enorme entidad parcialmente subterránea que vivía en simbiosis con osos o mandrágoras. O, de hecho, con cualquier cosa que le proporcionara carne o vegetación. A cambio de alimento, ofrecía refugio y protección contra los enemigos. No obstante, si se dejaba de pagar el alquiler, el moroso se convertía en enemigo e iba a parar al estómago vacío.

»Cuando digo que “ofrecía” refugio, no aludo a ningún sentido inteligente. No tiene cerebro; no como el que nosotros conocemos, en cualquier caso. Pero cuando nosotros estábamos construyendo nuestra nueva civilización, criamos esas cadmos para un tamaño mayor, para más “inteligencia”, para todas las cualidades que deseábamos. El resultado es la criatura en la que ahora te encuentras. La que nos proporciona aire puro, una temperatura constante y agradable, luz y seguridad. En realidad, nuestra morada subterránea es una colonia de doce de esos animales, cada uno de los cuales proyecta al exterior el cuerno casi indestructible que tú ves desde el prado.

—¿Es tan simple como eso? Entonces, ¿por qué el misterio todos esos siglos?

—La información ha estado siempre al alcance de cualquiera. Pero vuestros jefes os la ocultaron. Ellos sabían la verdad, pero preferían permitir que la gente considerase a las viviendas cadmo como cámaras de horrores y de magia diabólica.

Jack ignoró aquello.

—Pero ¿cómo la controláis? ¿Cómo sabía que nosotros éramos enemigos?

—Antes de poder establecer un «acuerdo» con una cadmo, tienes que ofrecerle cierta cantidad de comida en determinados orificios. Después de eso te reconoce por tu olor, peso y forma. Las paredes de una habitación se cierran sobre ti y toman las huellas de tu forma.

»Nosotros les enseñamos a reaccionar de tal y tal manera ante nosotros, y desde entonces somos sus dueños —o socios—, mientras llegue la comida. Pero está condicionada para capturar a la gente sin identificar y a retenerla hasta que nosotros le ordenamos que la suelte. O que la mate.

R'li acercó su mano a uno de los racimos luminosos.

—Mira.

A medida que la mano se aproximaba, los globos se hacían más brillantes. Cuando la mano retrocedió, la luz se amortiguó. Acariciado tres veces, el racimo aumentó su brillo y lo conservó incluso después de que R'li apartó los dedos.

—Conservarán esa intensidad hasta que sean acariciados dos veces. Es cuestión de establecer comunicación y de adiestramiento.

Jack no sabía qué deseaba descubrir a continuación. El ataque, Ed, Polly, los dragones, su padre, su actual situación...

Gimió.

R'li pareció alarmada. Jack se alegró de ello porque, en un sentido, aquello contestaba a la pregunta que le había asaltado súbitamente.

—¿Qué pensaste de mí cuando me encontraste entre los asaltantes?

Inclinándose sobre él, R'li le besó en los labios.

—Yo sabía todo lo que iba a pasar. Tenemos nuestras fuentes de información.

—Debí enfrentarme a ellos desde el primer momento. Debí enviarles al diablo.

—Sí, y terminar como el pobre Wuv —dijo R'li.

—¿Cuándo te enteraste de eso?

—Hace algún tiempo. A través de ciertos... ejem... canales.

—Entonces, ¿sabes lo de la HK?

—Absolutamente todo.

Yath, incorporándose, hizo un gesto.

R'li dijo:

—Le estamos molestando en su trabajo con tu padre.

Les llevó a otra celda. Cuando Polly hubo pasado, R'li acarició el iris tres veces, y éste se cerró.

A Jack le hubiera gustado quedarse donde estaban, ya que un cadmo estaba hablando en una gran caja de metal con saetas y esferas en la parte delantera. Una vez se interrumpió, y una voz masculina brotó de la caja. R'li les hizo salir y les condujo a otra habitación en la que O'Reg, su padre, estaba sentado delante de una mesa.

El Rey Ciego no se molestó en saludar.

—Siéntate, Jack, por favor. Deseo explicarte unas cuantas cosas acerca de tu futuro inmediato. En especial teniendo en cuenta que tu destino afecta al de mi hija.

Jack quiso preguntarle qué era lo que sabía acerca de R'li y de él, pero era obvio que O'Reg no deseaba ser interrumpido.

—En primer lugar, tu padre quedará muy trastornado por el hecho de que le llevaran a una vivienda cadmo sin su permiso. Pero había que escoger entre traerlo o dejarle morir mientras se esperaba la llegada de un médico humano.

»Tendrá que esperar hasta que se encuentre mucho mejor antes de poder tomar una decisión. Pero es vital que Polly y tú decidáis inmediatamente lo que queréis hacer. Nos han informado de que las noticias del ataque han llegado a Slashlark y que la totalidad de la guarnición se ha puesto en marcha para rodear la granja.

»Hace diez minutos, su vanguardia, montada en carruajes, cruzó el puente del Arroyo Escamoso. Les seguían soldados a pie. Eso significa que los primeros

llegarán aquí dentro de una hora y media, aproximadamente.

»Su objetivo aparente es el de proteger al Wiyf contra unos ciudadanos sublevados. En realidad, pueden estar buscando un pretexto para invadir nuestras viviendas cadmo. Saben que hemos capturado a miembros de la HK. Pueden imaginarse que les hemos sonsacado sus secretos y que lo mejor será desencadenar el ataque contra los horstels antes de lo previsto.

»Sin embargo, confiemos en que no se atrevan a hacerlo sin recibir la orden de la capital. Ahora es de día; los heliógrafos del Gobierno han estado muy ocupados. Desde aquí a San Dionisio hay mil quinientos kilómetros, pasará algún tiempo antes de que Slashlark reciba un mensaje.

»Pero los soldados no tardarán en llegar. Están tan excitados como los ciudadanos por el asunto; no puede preverse lo que ocurrirá si se olvida la disciplina. De modo que es mejor que decidas ahora lo que quieres hacer, por si los soldados violan el asilo.

»Tienes dos caminos. Uno, arriesgarte a ser juzgado. Otro, huir a las Thruk.

—No hay mucho que elegir —dijo Jack—. Lo primero equivale a una muerte segura en las minas.

A pesar de su concentración en el Rey Ciego, Jack observó que Polly O'Brien se había ido aproximando a él. Los enormes ojos de la muchacha estaban semicubiertos por los párpados; una mano se mantenía detrás de su larga falda como si ocultara algo en ella. Lo primero que se le ocurrió a Jack fue que Polly empuñaba un cuchillo. Resultó fácil para él pensarlo. Demasiadas personas habían intentado acabar con él en las últimas horas. Lo que pensó a continuación fue que Polly O'Brien no tenía ningún motivo para apuñalarle y que se estaba poniendo demasiado nervioso.

Un cadmo entró en la cámara y le habló a O'Reg en lenguaje adulto. O'Reg dijo en inglés:

—Regresaré en seguida.

Cuando se hubo marchado, Jack dijo:

—¿Tiene mi padre muchas posibilidades de salir de esto?

—No puedo garantizar nada —respondió R'li en lenguaje infantil—. Pero Yath es muy capaz. Tiene su oreja en el seno de la Gran Madre. Es uno de los mejores de la clase curativa.

En otro momento, Jack hubiera experimentado sorpresa y curiosidad ante aquella afirmación. No había sospechado que los Wiyf tuvieran clases de ningún tipo. Profesiones y comercios, sí, pero la palabra que ella había utilizado no podía ser traducida al inglés para que significara ninguna de aquellas dos cosas. Tenía una partícula enclítica: el «pang», que significaba que el sustantivo que modificaba poseía cualidades que estaban limitadas concretamente por determinadas restricciones. Así, en ciertos contextos, podía indicar que la persona restringida designada por el

sustantivo había nacido en la situación y no podía ir más allá de aquellos límites.

Si alguien le hubiese interrogado antes de aquella conversación particular, Jack habría contestado que sólo tenía una vaga idea de cómo estaba organizada la sociedad cadmo. Apremiado, hubiera dicho que siempre había creído que los Wiyр vivían muy próximos a la anarquía.

Pero, en aquel momento, sólo podía pensar en su padre.

R'li continuó:

—Yath ha remendado ya los huesos rotos. Aparte del shock, del cual ya ha sido tratado, y de una posible hemorragia interna, Walt debería encontrarse en condiciones de levantarse ahora mismo.

Polly O'Brien profirió una exclamación de asombro Y dijo:

—¡Magia negra!

—No —replicó R'li—. Conocimiento de la Naturaleza. Yath ha situado los huesos en su sitio y luego ha inyectado un pegamento muy potente y de secado muy rápido que une los huesos más fuertemente de lo que estaban unidos antes de la fractura. También ha administrado varias drogas, cuyo efecto combinado combate el shock. Y ha colocado a tu padre en un «kipum». Traducido aproximadamente, un «kipum» es un trance en el cual el paciente es receptivo a las sugerencias psíquicas que capacitan al cuerpo para sanar con más rapidez y eficacia.

»No, no hay magia negra ni brujería en nuestros métodos. Si Yath explicara sus métodos, las técnicas de su profesión, los ingredientes y fórmulas de sus medicinas, veríais claramente que no hay involucrada ninguna magia. Pero él no os dirá más de lo que me ha dicho a mí: nada. Sus poderes son los secretos de su profesión. Éste es uno de los privilegios de su clase. Nunca podrá ser un rey, pero tiene derechos que deben ser respetados.

O'Reg regresó a la habitación. Dijo:

—Chuckswilly ha escapado de Mar-Kuk y Hay-Nun, los dragones. Ha establecido contacto con los soldados montados y ahora se dirige hacia aquí con ellos. Dentro de unos minutos sabremos lo que quiere.

Hizo una pausa, y luego continuó:

—Esperaba que exigiera que te entregásemos a ti, Jack. En realidad quiere a todos los humanos que ahora se encuentran en esta vivienda cadmo. Eso significa Polly, tu padre, Ed Wang y sus compañeros.

R'li, con una expresión de ansiedad en el rostro, miró a Jack.

—¿No comprendes lo que significa eso? Todos vosotros, no importa qué motivos os hayan traído aquí, seréis condenados. ¡Ya conoces vuestra ley! Si uno va a una vivienda cadmo, se hace reo de contaminación. Y es juzgado y sentenciado. La única duda será si morirá en la hoguera o trabajando en las minas...

—Lo sé —dijo Jack, alzándose de hombros—. Hasta cierto punto, es curioso lo

de Ed. Su odio a los horstels y a los humanos amigos de ellos le ha llevado hasta aquí. Y ahora, le guste o no, tendrá que compartir su suerte.

O'Reg dijo:

—Ed Wang no lo encuentra divertido. Le dije lo que le espera, y casi se desmayó de rabia y de frustración. Y también, creo, de un miedo más que regular. Le dejé aullando obscenidades y amenazas. —Hizo una mueca de disgusto—. ¡Un ser vil!

—¿Qué vas a hacer? —le dijo R'li a Jack.

—Si me quedo aquí, ¿qué pasará? Y no es que quiera quedarme. No podría permanecer bajo tierra para siempre.

—Ni a nosotros nos gustaría estar encerrados dentro de nuestros hogares —dijo O'Reg—. Ya sabes lo mucho que amamos los cielos abiertos, los árboles, nuestros campos. Aunque estamos acostumbrados a descender a las viviendas cada uno para protegernos y para asuntos necesarios, nos volveríamos locos si estuviésemos obligados a permanecer durante largos períodos en esas celdas.

»Sin embargo, esa posibilidad no debe preocuparnos de momento. Os diré lo que está ocurriendo más allá de esas paredes. Tal como suponíais, el gobierno de Dyonisa se ha estado preparando para atacar a los horstels dentro de sus fronteras. Además, Dyonisa está aliada con Croatanía y Farfrom. Los tres gobiernos planean exterminar a los Wiyr, matar a todos y cada uno de nosotros, hombre, mujer, niño.

»Lo sabemos desde hace algún tiempo. Pero hasta ahora no hemos sabido qué hacer. Estábamos dispuestos a ceder lo que fuera preciso para conservar la paz, pero no renunciaremos a nuestra independencia ni a nuestro sistema de vida. Sin embargo, los gobiernos humanos no desean mediación y reajuste. Quieren resolver el problema por completo, para siempre, y en seguida.

Jack dijo:

—Si sabéis que tenéis que luchar, ¿por qué no golpeáis los primeros? Sed realistas.

—Hemos hecho preparativos —dijo R'li—. Utilizaremos todas las fuerzas de Baibai, nuestra Madre.

Se refería a una deidad o a una fuerza, Jack no estaba seguro. Sospechaba que Baibai era una diosa de la tierra, una falsa deidad, un demonio aborrecible para todos los cristianos. Se decía que los horstels le sacrificaban sus niños, pero Jack no lo creía. Nadie que conociera a los horstels y la repugnancia que les inspiraba el derramamiento de sangre, los ritos protectores con los cuales se rodeaban incluso en el sacrificio de animales para comer, podría creerlo. Claro que existían otras maldades además del sacrificio de niños.

O'Reg sonrió torvamente y dijo:

—La Sociedad HK no era una organización oficial, pero estoy seguro de que el gobierno conocía su existencia e incluso situó agentes en ella para estimular sus

planes. Sin embargo, tengo noticias para ti. La capital de Dyonisa está ardiendo.

—¿Está qué? —dijo Jack.

—Ardiendo. Estalló un incendio en los suburbios. Favorecido por un fuerte viento, se extendió a través de los distritos edificadas a base de madera. Además, amenaza a las casas de los comerciantes y la nobleza. Los refugiados de los suburbios de Dyonisa se extienden hacia el interior de la ciudad lo mismo que hacia el campo. Sospecho que el gobierno tendrá otras cosas en qué pensar que no sean guerrear contra los Wiyr. De momento, al menos.

—¿Quién empezó el fuego? —preguntó Polly O'Brien.

O'Reg se alzó de hombros y dijo:

—¿Qué importa eso? Los suburbios han sido un polvorín desde hace mucho tiempo. Esto tenía que ocurrir. Pero podéis estar seguros de que, sea cual sea la causa, los horstels cargarán con la culpa.

Jack se preguntó cómo sabía O'Reg con tanta rapidez lo que ocurría en la capital, tan lejana. Luego recordó las cajas parlantes. ¡Pero 1200 kilómetros de distancia!

—Unos minutos más —dijo O'Reg— y tendréis que quedaros aquí. La salida quedará bloqueada por los soldados.

Entró un horstel macho y habló a O'Reg en lenguaje adulto. El Rey Ciego contestó; el mensajero se fue. O'Reg cambió al inglés.

—Ed Wang y sus compañeros se han marchado. Corren hacia los bosques, hacia las Thruk, supongo.

R'li apoyó una mano sobre el hombro de Jack y dijo:

—¡No puedes entregarte a ellos! Si lo haces, te ejecutarás a ti mismo. ¡Morirás!

—Pero ¿y mi padre? —dijo Jack.

Ella respondió:

—Probablemente se pondrá bien, y pronto. Pero tiene que pasar al menos un día en cama.

—¡No le abandonaré! —dijo Jack. Apretó firmemente las mandíbulas y miró a los otros con aire decidido.

O'Reg dijo:

—¿Qué dices tú, Polly O'Brien?

El rostro en forma de corazón con los ojos enormes de la muchacha había perdido su belleza. Estaba muy pálida; la piel alrededor de los ojos tenía un color azul oscuro; los ojos tenían una expresión inquieta. Miró a Jack, luego a los horstels.

—Decide lo que quieres hacer —dijo Jack—. Yo voy a ver a mi padre.

Salió de la celda y descendió por el largo pasillo, apenas lo bastante ancho como para permitir el paso de dos personas. Las paredes eran de color gris-verdoso, lisas, sin granulación, y lustrosas. De trecho en trecho, racimos de globos colgaban de tallos de aspecto carnoso pegados al techo. La mayoría de ellos estaban iluminados.

Pero la luz era crepuscular y no se oía más sonido que el de sus pies sobre el suelo ligeramente elástico y algo frío. A cada lado, cada seis o siete metros, había una hendidura, la marca de un iris cerrado.

En un momento determinado, a su derecha, pasó por delante de un iris medio abierto, y miró al interior. La celda era muy grande y mucho más brillante que todas las que había visto. Las paredes tenían un tono anaranjado mate vetado de verde claro. En el centro, cubierta de pieles de unicornio, cola de oso y otras desconocidas había una mesa redonda, muy amplia, muy baja, de una madera de color castaño claro y muy lustrosa. Alrededor de ella había más pieles amontonadas, al parecer para aquéllos que deseaban sentarse o tumbarse en ellas.

Contra la pared situada en frente de él había un iris abierto del todo, y a través del mismo Jack percibió la figura de una hembra, de unos cinco años de edad, con los ojos levantados hacia una sirena. Presumiblemente, la sirena era la madre de la niña. Luego la sirena apartó la mirada de la niña y vio a Jack Cage. Su reacción no fue la que él habría esperado. Sorpresa, turbación, una leve consternación, sí. Pero no el horror en su rostro. Incluso a aquella distancia Jack pudo verla palidecer, y la boca súbitamente abierta revelaba el asombro.

No esperó a ver más sino que echó a andar. Pero no pudo dejar de pensar que lo que ella había revelado en un momento de *shock* podía ser lo que ella y la mayoría de los de su especie sentían realmente hacia los seres humanos. Habitualmente se mostraban amables, o al menos corteses, en sus tratos con los hombres. Bajo aquel exterior amable o cortés, ¿ocultaban sentimientos hacia el hombre similares a los del hombre hacia ellos?

Un momento después entró en la celda donde yacía su padre. Yath seguía agachado junto a Walt Cage y susurrando a su oído. Pero ahora, aunque Walt estaba inconsciente o sumido en un profundo sueño, su piel tenía un color sonrosado. Además, había una leve sonrisa en sus labios.

Yath dejó de susurrar y se incorporó.

—Dormirá un poco más, luego podrá comer y dar un pequeño paseo.

—¿Cuándo estará en condiciones de salir de aquí?

—Dentro de unas diez horas.

—¿Estará muy fuerte?

Yath se encogió de hombros y dijo:

—Depende de él. Tu padre es muy fuerte. Creo que será capaz de recorrer varios kilómetros... andando despacio. Si piensas llevártelo a las Thruk muy pronto, no lo hagas. Pasarán varios días antes de que pueda soportar los rigores de la huida a través de aquella región.

—Me gustaría poder hablar con él —dijo Jack.

—Tendrás que esperar un poco —dijo Yath—. Para entonces, los prados encima

de nosotros y los bosques que nos rodean estarán infestados de soldados. No, muchacho, no puedes pedirle a tu padre que te diga lo que tienes que hacer. Has de decidirlo por ti mismo, y pronto.

Una voz llegó a través del iris desde el pasillo exterior.

—¡Jack!

Reconociendo a Polly, Jack salió de la habitación. Ella le entregó un objeto vagamente cilíndrico, envuelto en un trapo blanco y sangrando por un extremo.

—Es el pulgar del dragón —dijo Polly—. R'li iba a tirarlo, pero yo lo recogí. Ella se rio de mí, aun a sabiendas que lo guardaba para ti.

—¿Por qué?

—¡Tonto! ¿No sabes que Mar-Kuk casi arrancó el cuerno de esta cadmo tratando de recuperar su pulgar? Fracasó, pero juró que te mataría si volvía a verte, y recobraría su valioso pulgar. Ignoro cómo, pero conoce tu nombre. Probablemente se lo dijeron los horstels en alguna ocasión, mientras robaba en nuestras granjas. De todos modos, ha dicho que la próxima vez que te vea acabará contigo. Y lo hará, a menos...

—¿A menos... qué?

—A menos de que tengas esto, una parte de su cuerpo. Lo sé. Mi madre se dedicaba a la química, ¿te acuerdas? Y trataba con huesos de dragón, los que encontraban los mineros o cazadores. Tenían un alto precio debido a que se suponía que constituían un excelente remedio para el corazón triturados y mezclados con vino. Y también un afrodisíaco.

»Mi madre me contó algunas cosas acerca de los dragones. Son muy supersticiosos. Creen que si una persona retiene una parte de su cuerpo, un diente, una garra, cualquier cosa, esa persona puede controlarlos. Desde luego, Mar-Kuk supone que tú ignoras eso, pero quiere matarte antes de que lo descubras. Además, un dragón cree que si muere faltándole una parte de su cuerpo, quedará condenado a vagar por su infierno como un fantasma contrahecho.

Jack contempló el pulgar y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Por qué lo necesitaría a menos de que pensara abandonar la vivienda cadmo ahora mismo? —dijo—. ¿Crees que iba a hacer eso?

—Desde luego. Lo mejor que podemos hacer es marcharnos lo antes posible y correr como almas que lleva el diablo. Los soldados empezarán a buscarnos, puedes apostar tu alma a que lo harán. Matarán a todo el mundo. ¡Estamos atrapados!

—No pienso marcharme —dijo Jack—. No puedo abandonar a mi padre.

—¡Ni dejar a esa sirena detrás! ¿Puedes estar realmente enamorado de ella? ¿O es cierto lo que dicen de las sirenas? ¿Las cosas que le hacen a un hombre para hechizarle?

Jack se ruborizó y dijo:

—Ella irá conmigo si se lo pido. E incluso sin pedírselo. No, no quiero abandonar a mi padre.

—Entonces, vas a realizar un gesto inútil. Sacrificarás a tu padre y te sacrificarás tú... ¡Yo me marchó!

Un sátiro alto y pelirrojo se estaba acercando a ellos. Portaba una pequeña bolsa de cuero.

—Será mejor que nos marchemos ahora —le dijo a Polly—. Los soldados están a punto de llegar.

Polly le dijo a Jack:

—No es demasiado tarde para que cambies de idea. Siyfiy nos guiará a través de las montañas.

Jack agitó la cabeza.

—¡Eres un tonto! —exclamó Polly.

Jack contempló cómo la pareja se alejaba rápidamente hasta que la curva ascendente de la sala se los tragó. Luego volvió a entrar en la habitación en la que yacía su padre. Unos minutos después llegaron R'li y el Rey Ciego.

—Los soldados acaban de rodear las viviendas cadmo —dijo O'Reg—. El capitán Gomes y Chuckswilly han exigido que entreguemos a todos los seres humanos. Yo voy a salir ahora a hablar con ellos.

Abrazó y besó a R'li y se marchó. Jack dijo:

—Os comportáis como si pensarais que no volveréis a veros nunca más.

—Siempre nos besamos, aunque sólo tengamos que estar separados un momento. ¿Quién sabe? En cualquier instante podemos separarnos para siempre en este mundo. Pero, en este caso, existe un gran peligro.

—Tal vez mi padre y yo deberíamos entregarnos —dijo Jack—. No hay ningún motivo que obligue a todo vuestro grupo a exponerse...

R'li le interrumpió en tono impaciente:

—No sigas hablando así, por favor. No podemos elegir. Esos «farrta» (una palabra horstel equivalente al *recién llegados* terráqueo) tienen tantas ganas de atacarnos a nosotros como a vosotros.

Jack paseó de un lado para otro. R'li se sentó en un montón de pieles y empezó a tararear y a peinar sus cabellos con su «pekita». Su absoluto dominio de sí misma y su aspecto relajado irritaron a Jack. En tono brusco, dijo:

—¿Sois realmente «humanos»? ¿Cómo puedes estar tan tranquila?

R'li sonrió y dijo:

—Porque es útil y necesario. ¿Qué beneficio obtendría mostrándome preocupada y nerviosa? Si pudiera hacer algo positivo, lo estaría haciendo. Pero no puedo. De modo que relego mis preocupaciones a un pequeño rincón de mi mente. Sé que están allí, pero están veladas.

Jack la miró con aire de incompreensión.

Ella dijo:

—Si hubieras pasado a través de los Ritos, querido, estarías en condiciones de hacer lo mismo. Y te sentirías muy feliz de poder hacerlo.

Entró una horstel hembra. Dijo:

—Jack Cage, O'Reg desea que te muestres a Gomes y Chuckswilly, los cuales pretenden que has sido asesinado. Amenazan con invadirnos a no ser que puedas verte. O'Reg dice que no tienes que salir si no quieres hacerlo.

—Ellos saben que Polly estaba aquí —dijo Jack—. ¿Qué pasa con ella?

—Polly está allí también. Los soldados llegaron demasiado aprisa; no pudo marcharse a tiempo.

R'li se puso en pie y dijo:

—Yo saldré contigo, Jack.

—No creo que debas acompañarme. Esta exigencia puede ser un simple ardid para apoderarse de Polly y de mí. Tal vez estén planeando matar también a los horstels que están arriba. No, es mejor que te quedes aquí.

—Iré contigo. No discutas, por favor.

Mientras avanzaban a lo largo de los pasillos, Jack le dijo a la hembra que había traído el mensaje:

—¿Qué han dicho de mi padre?

—Gomes quería verle también a él. O'Reg le explicó que estaba demasiado malherido para salir. Pero Gomes dijo que aceptaría tu palabra como garantía de que tu padre está a salvo.

—Me huelo una trampa —dijo Jack—. ¿Por qué están tan preocupados por nosotros? Hemos buscado asilo y nos hemos colocado con ello más allá de la ley de Dyonisa. ¿Qué les importa lo que pueda sucedemos?

—Dudo que les preocupe ni les importe —dijo R'li—. Pero están buscando un pretexto para atacarnos. Nosotros intentamos aplacarles en la medida de lo posible.

La otra sirena dijo:

—Si tratan de apoderarse de los «tarrta» o de atacarnos, no estaremos completamente indefensos. O'Reg tiene a cincuenta guerreros armados con él. Les estamos demostrando que no pueden manejarnos a su antojo.

Pasaron a través del iris a la cámara situada dentro del cuerno y de allí al prado. El sol se había levantado hacía casi una hora y el prado resplandecía. Cerca de la entrada de la vivienda cadmo se hallaban O'Reg y un grupo de sátiros con arcos, flechas y lanzas. Polly O'Brien estaba unos cuantos pasos detrás del Rey Ciego.

Dos hombres hablaban con O'Reg. Gomes, el capitán de la guarnición, era un hombre bajito y rechoncho con un ancho rostro y un tupido bigote amarillo. Llevaba el casco cónico de cuero, la coraza de cuero y la falda larga del soldado de Dyonisa.

Su ancho cinturón de cuero sostenía una vaina y una funda para una pistola de chispa con un cañón de cristal. El estoque de cristal, en cambio, estaba en su mano. A su lado se encontraba Chuckswilly. Detrás de los dos, a una distancia de unos cincuenta metros aproximadamente, había varios centenares de soldados y unos cincuenta paisanos armados. Estaban formados en media luna, con los cuernos apuntando a la vivienda cadmo. La mayoría de ellos eran arqueros o lanceros, pero un pequeño grupo llevaba mosquetes de chispa con el cañón de cristal.

Gomes, al ver a Jack Cage, gritó:

—¿Le retienen a usted contra su voluntad? ¿Está vivo su padre?

Jack Cage abrió la boca para hablar osadamente pero descubrió que las palabras se pegaban a su garganta. Por primer vez, con los ojos de tantos seres humanos sobre él, la mayoría de los cuales representaban la autoridad de su país, se dio plena cuenta de lo que estaba haciendo. Era un traidor. Peor todavía, se había pasado a los enemigos del género humano y a seres sin alma que rechazaban a su Dios. Sería excomulgado, condenado para siempre, ardería eternamente. Su nombre sería una palabra maldita; todos los hombres le despreciarían y le odiarían.

R'li, que estaba de pie detrás de él, le tocó en el hombro.

—Sé lo que debes sentir —susurró—. Ningún hombre podría separarse de los suyos sin dolor. Si no puedes hacerlo, lo comprenderé.

Más tarde, se descubrió a sí mismo preguntándose si R'li había sabido cómo precipitarle exactamente por el acantilado. ¿Era tan buena psicóloga que sabía cómo estimularle, qué componentes de su orgullo y de su amor por ella pulsar en el momento preciso?

En aquel momento, Jack no pensó en nada o no tuvo conciencia de ningún pensamiento. Se giró, colocó su brazo alrededor de la cintura de R'li, y se volvió para encararse con Gomes y con Chuckswilly. Entonces besó a R'li en los labios.

Un grito brotó de los soldados y paisanos. Gomes exclamó:

—¡Asqueroso hijo de perra!

O'Reg se sobresaltó. Se acercó a Jack y le dijo con voz ronca:

—¡Estúpido! ¿Tratas de iniciar una batalla aquí? ¿Quieres que nos maten a todos?

Retrocedió unos pasos y añadió:

—Bueno, el daño ya está hecho. Ahora no hay camino de vuelta para ti, Jack Cage. Ni para ninguno de nosotros.

—Te amo —dijo R'li.

Jack estaba abrumado por lo que había hecho y por la rapidez con que había ocurrido todo. Su corazón, que ya latía con fuerza antes, ahora retumbaba en su pecho.

La voz de O'Reg resonó por encima de las demás:

—¡Ya tenéis la respuesta! Jack Cage ha entrado voluntariamente y desea quedarse

con nosotros. En cuanto a su padre, será soltado tan pronto como sea capaz de andar... si quiere regresar a vuestro lado.

Chuckswilly gritó:

—¡Habéis utilizado vuestra magia satánica para pervertir el alma de ese pobre muchacho! ¡No puedo creer que hiciera esto si estuviera en plena posesión de sus facultades! ¡Exijo que le entreguéis para que nuestros médicos y sacerdotes puedan examinarle!

O'Reg sonrió salvajemente.

—Y si descubris que está en su sano juicio, ¿le permitiréis que vuelva con nosotros? ¿Tenemos vuestra promesa de que será así?

—Desde luego. Juraré sobre la Biblia que le dejaremos libre —dijo Chuckswilly.

—Nuestros padres tuvieron alguna experiencia con vuestros padres y sus juramentos sobre la Biblia cuando llegaron aquí —dijo O'Reg—. Vimos en cuanto valoráis el resentimiento de vuestra deidad contra los que quebrantan un juramento. No, gracias.

Gomes estaba tan rígido como una estatua, a excepción de su mano derecha, que atusaba nerviosamente su bigote. Era obvio que estaba meditando la decisión más conveniente.

Pero Chuckswilly no esperó a que hablara el capitán. Se giró hacia los soldados y bramó:

—¡Detened a los herejes y los brujos!

Algunos de los soldados avanzaron unos pasos, pero se detuvieron al comprobar la indecisión de los otros. Gomes despertó de su rigidez y gritó:

—¡Aquí mando yo! ¡Vuelvan a sus puestos!

Jack le dijo a O'Reg:

—A partir de ahora sobran las palabras: no ganaremos nada prolongando esta conversación. ¡Creo que debemos regresar a la vivienda cadmo! ¡Y aprisa!

—Tienes razón —asintió O'Reg—. Polly O'Brien y tú abiréis la marcha. Entretanto, nosotros protegeremos vuestra retirada. R'li, tú irás con Jack.

—¡Ni pensarlo! —exclamó Chuckswilly. Desenvainando su estoque, echó a correr hacia Jack. Pero O'Reg se interpuso, situándose delante de él y alzando el báculo del Rey Ciego para protegerse. El estoque pasó más allá del báculo y penetró en el plexo solar de O'Reg, el cual se encogió y cayó hacia atrás, arrastrando a Chuckswilly encima de él en su caída.

Jack empujó a R'li y aulló:

—¡Desapareced de aquí, Polly y tú! Sin pararse a comprobar si le obedecían, Jack dio media vuelta sobre sí mismo. El báculo de O'Reg estaba caído junto a su mano muerta, y su asesino se estaba incorporando. Jack saltó hacia adelante, se agachó, tomó el báculo y lo dejó caer con todas sus fuerzas contra el casco de cuero de

Chuckswilly. El hombre gruñó y se desplomó, boca abajo, sobre el cadáver del Rey Ciego.

Se oyó un silbido y una flecha pasó rozando su oreja. Un horstel gritó detrás de Jack. Luego el aire se llenó de dardos emplumados. Unos cuantos revólveres dispararon. Jack se dejó caer junto a los dos cuerpos, pero se incorporó de un salto un segundo después. Una simple ojeada le reveló que el fuego de ambos bandos se había cobrado su peaje. Polly y R'li estaban tumbadas en el suelo, pero vivas e ilesas.

—¡Marchaos! —les gritó. Recogió el estoque de Chuckswilly y se encaró con la horda que corría hacia él a través del prado. Los soldados y paisanos que no habían sido alcanzados por la primera andanada habían abandonado toda disciplina y trataban de llegar a los horstels antes de que pudieran disparar por segunda vez. No lo consiguieron; los horstels, actuando bajo las órdenes ladradas por su oficial, dispararon de nuevo.

Los atacantes que iban en cabeza se desplomaron. Los que marchaban detrás de ellos saltaron por encima de sus cadáveres y se precipitaron contra los arqueros.

Gomes paró el golpe de lanza de un horstel y retrocedió. Jack, aullando, corrió hacia él y llevó la punta de su estoque al cuello del capitán. Gomes cayó hacia atrás, llevándose la hoja con él y arrancándola de la mano de Jack, el cual miró fijamente los ojos abiertos de Gomes y el estoque que atravesaba su cuello de parte a parte. Luego se vio atacado por un soldado que empuñaba una lanza muy corta.

Jack arrancó el estoque de la carne de Gomes y alzó la hoja a tiempo para desviar el golpe del soldado. Con la otra mano, agarró el mango de la lanza y atrajo al hombre hacia él. Entonces descargó la redonda hoja del estoque contra el lado del cuello del hombre. Mientras el soldado caía hacia adelante, Jack le propinó un rodillazo en la barbilla y saltó hacia atrás; el soldado se desplomó inconsciente sobre la hierba.

Más tarde no recordaría muchos detalles. Se componían principalmente de ataques y paradas y saltos y carreras. No creía haber herido ni matado a nadie después de aquello. En cuanto tuvo la oportunidad se retiró de alguien que le atacaba. Su preocupación primordial era R'li; en consecuencia, trató de regresar a la entrada de la vivienda cadmo.

Cuando lo consiguió, descubrió que la abertura estaba semibloqueada por cuerpos caídos y bloqueada del todo por una refriega de hombres y horstels. Luego vio a R'li y a Polly O'Brien que se alejaban corriendo. Había un espacio de unos veinte metros que formaba una avenida hasta el bosque por la orilla del prado, y las dos mujeres descendían por allí. Jack las llamó a gritos sin pensar que era improbable que le oyeran en medio del fragor de la batalla y de las ocasionales explosiones de armas de fuego.

Echó a correr detrás de ellas. Cuando estaba a medio camino de la avenida

volvieron a rodearle. Tuvo que luchar y esquivar desesperadamente. Le derribaron dos veces, y en una ocasión notó un leve pinchazo en el costado. Pero cayó hacia atrás; la punta de la lanza no penetró; el hombre que la empuñaba se adelantó para volver a clavarla. Pero dejó caer el arma y se llevó la mano a la espalda para tratar de arrancar el cuchillo que le había clavado un horstel.

Jack se alejó sin darle las gracias a su salvador y empezó a arrastrarse. Extrañamente, o no tan extrañamente, aquel sistema de fuga se reveló como el más rápido y más seguro. Los que le veían, si alguien le prestaba atención, debían pensar que estaba demasiado malherido para que valiera la pena ocuparse de él.

R'li y Polly se habían ocultado detrás de unos arbustos. Jack se volvió a mirar al campo de batalla. En aquel momento los seres humanos estaban corriendo para salvar sus vidas. Habían salido más horstels por las otras aberturas de la vivienda cadmo y, en un abrir y cerrar de ojos, arrollaron a los soldados y paisanos. Podían haber alcanzado a los que corrían, pero por algún motivo ignorado prefirieron no hacerlo.

R'li estaba sollozando. Jack trató de consolarla, pero la sirena no cesó de gemir. Polly dijo:

—Deja que se desahogue llorando. ¡Oh, Dios mío!

Jack miró al lugar al que Polly señalaba y reprimió una maldición. Varios centenares de hombres de refuerzo, todos armados con mosquetes, estaban trotando a través del prado.

Los horstels, al verles, empezaron a recoger a sus muertos y heridos. Antes de que pudieran transportarlos a la vivienda cadmo, los soldados habían formado en dos hileras, extendidas a través del prado. Un oficial gritó una orden. Los soldados de la primera fila pusieron rodilla en tierra y apuntaron sus armas.

—¡Fuego!

Al menos treinta horstels cayeron al suelo. Los otros, asaltados por el pánico o sabiendo lo inútil de tratar de rescatar a sus bajas, corrieron hacia las entradas de la vivienda cadmo. En varias de ellas tuvieron dificultades para entrar en seguida. La segunda descarga alcanzó a muchos.

Jack tomó a R'li de la mano y dijo:

—Ahora no podemos retroceder. Nos han cortado el camino. Tenemos que correr hacia las Thruk.

R'li no se movió; no pareció haberle oído. Jack la hizo girar lentamente de modo que no pudiera ver la matanza y tiró de ella. Ciegamente, tambaleándose, con las lágrimas descendiendo por su rostro y por su cuerpo, R'li se dejó llevar. Polly había desaparecido, y Jack confió en que no sería tan tonta como para creer que podría ponerse de nuevo a bien con Dyonisa.

Polly reapareció de detrás de un árbol. En una mano llevaba un arco y una correa de la cual colgaba un carcaj de flechas. En la otra un estilete de cristal ensangrentado.

Tenía los ojos muy abiertos y un aspecto extraño.

—¿Dónde has conseguido eso? —inquirió Jack.

—Sabía que podíamos darnos por muertos si marchábamos a las Thruk sin armas —respondió Polly—. Me deslicé hasta el borde del prado y recogí el arco y las flechas. Lo otro lo he tomado de un sacerdote.

—¿Tomado?

—Después de haberle apuñalado. El gordo hombre de Dios estaba de pie detrás de un árbol contemplando la matanza. Supongo que se proponía salir más tarde, bendecir a los supervivientes y proporcionar los últimos ritos a los muertos y moribundos. Pero yo le sorprendí por detrás, arranqué el cuchillo de su cinto y se lo clavé en el vientre cuando se volvió para ver quién era. ¡El muy cerdo! ¡Era uno de los que torturaron a mi madre hasta que murió!

Jack estaba impresionado, a pesar de que se alegraba de que Polly no fuera una mujer débil e indefensa. Para sobrevivir en las Thruk, todos los del grupo tenía que ser duros y capaces. R'li estaría a la altura de las circunstancias en cuanto superara la primera explosión de dolor.

Anduvieron con la mayor rapidez posible a través del bosque. Jack no dejaba de mirar hacia atrás, pero no veía a ningún hombre. Por otra parte, o el fuego se había interrumpido o los árboles no dejaban llegar el ruido de los disparos.

Llegaron a un arroyo ancho pero poco profundo que descendía formando una serie de pequeñas cataratas. El agua era clara y muy fría. Bebieron abundantemente y luego lavaron sus cuerpos, que habían acumulado polvo, sudor y sangre. La herida en el costado de Jack había sangrado un poco, hasta que la sangre se había coagulado. Al verla, R'li dio la primera señal de que se recobraba de la impresión. Rebuscó entre las plantas que crecían a orillas del arroyo y no tardó en presentarse con una flor en forma de corazón y pétalos rojos y blancos.

Después de haber lavado la herida de Jack, colocó la flor contra la abertura.

—Consévala ahí por espacio de una hora... La herida cicatrizará en seguida.

Besó a Jack ligeramente, se incorporó y miró hacia las montañas que se erguían al norte. Eran tan altas que parecían próximas. Sin embargo, los tres sabían que la más cercana se encontraba a tres días de distancia.

—Hace calor —dijo Polly. Se levantó, desabotonó la parte delantera de su largo vestido y se lo quitó. Debajo no llevaba la gruesa camiseta y las dos gruesas enaguas que Jack había esperado. No llevaba nada, salvo los borceguíes en sus pies.

—No pongas esa cara de asombro —dijo—. La desnudez de R'li no te impresiona.

—¡Pero... pero... tú eres humana!

—No opina lo mismo la Madre Iglesia. Ella parece creer que las brujas no forman parte de la humanidad.

Jack se había quedado sin habla a causa de la sorpresa y también del temor.

Polly se irguió delante de él y giró lentamente sobre sí misma hasta completar un círculo. A pesar de su trastorno, Jack observó que Polly tenía un cuerpo bello y deliciosamente redondeado.

Ella le sonrió y dijo:

—¿Creías que mi madre y yo éramos inocentes injustamente perseguidas por la Iglesia? No, nuestro denunciante estaba en lo cierto, aunque fuera por casualidad. Riley les dijo a los sacerdotes que mi madre era una bruja porque deseaba ser el dueño de la única droguería de Slashlark. Inconscientemente, dio en el blanco.

»Mi madre está muerta, y no tardará en llegar el día en que Riley también muera. Mi “coven” le habría matado hace tiempo, pero les hice esperar hasta que pudiera hacerlo por mí misma. Ahora parece que tendré que esperar un poco más, pero cuando le ponga las manos encima...

Se relamió los labios, tan llenos y jugosos que parecía que debían dedicarse exclusivamente a besar, y añadió:

—Tardará en morir un poco más incluso que mi madre.

R’li miró a Polly como si fuera un bicho venenoso. Polly dijo:

—No te hagas la remilgada, guapa. Tú tendrías que saber lo que yo siento; has recibido bastantes humillaciones e insultos de los Cristianos.

Jack dijo lentamente:

—¿De modo que es cierto que había brujas entre los terráqueos tomados por la Arra?

—Desde luego. Pero nosotras no adoramos al demonio macho como vosotros creéis. Él no es la deidad más alta; es el hijo y el amante de la Gran Diosa. Nosotras adoramos a la Madre Blanca, cuya religión es muchísimo más antigua que la de los Cristianos. Algún día ella triunfará. No sabéis la verdad acerca de nosotros. Lo único que habéis oído son las mentiras y las distorsiones que os han dado vuestros gordos sacerdotes. Polly enrolló sus ropas en un fardo. —Sólo las llevaré cuando haga más frío o si tenemos que pasar entre arbustos espinosos. Es maravilloso no tener que llevar nada encima, ser libre de nuevo.

—¿Es cierto que las brujas y los hechiceros poseéis poderes mágicos? —dijo Jack.

—Sabemos algunas cosas que los Cristianos ignoran —respondió Polly. Miró de reojo a R’li y añadió—: Pero muy pocas cosas que no sepan los Wiyr. Ellos son tan brujos como nosotros. Adoran a la Gran Madre, y...

—¡Pero no le sacrificamos nuestros niños! —dijo R’li. Polly se sobresaltó, pero se recobró inmediatamente de la sorpresa. Se echó a reír.

—¿Cómo sabes eso? ¿Tenéis espías entre nosotros? ¡Imposible! Tiene que habérselo contado alguna bruja obligada a refugiarse en la cadmo. Bueno, ¿y qué si

lo hacemos? No ocurre con mucha frecuencia, y el niño que tiene la suerte de ser sacrificado en honor de Ella tiene asegurada una vida eterna y extática en la Casa de la Propia Gran Madre.

»Además, tú no estás en condiciones de tirar piedras. Sólo a causa de la presencia de los terráqueos, a causa de su previsible reacción, los Wiyр dejasteis de ofrecer sacrificios humanos a vuestra Diosa. Confiésalo, ¿no es verdad?

—No —replicó R’li sin perder la calma—. Nosotros proscribimos ese horrible rito al menos cincuenta años antes de que la Arra nos trajera a vuestros antepasados.

—Esta discusión no nos llevará a ninguna parte —dijo Jack—. Nos necesitamos el uno al otro. R’li dice que hay cuatrocientos kilómetros hasta el valle de las Thruk. Tenemos que escalar algunas montañas muy altas, atravesar regiones muy peligrosas. Hay «thruks», mandrágoras, hombres lobo, forajidos humanos, colas de oso, y sólo Dios sabe qué otras cosas entre nosotros y nuestro objetivo.

—También hay patrullas socinianas —dijo R’li—. Estos últimos meses se han hecho muy activas.

Recogieron sus armas y echaron a andar a lo largo del arroyo. R’li iba en cabeza porque conocía la dirección que debían seguir. En primer lugar tenían que alcanzar el Valle Argulh. A partir de allí, ella podría guiarles con certeza. Sin embargo, hasta que llegaran allí, sólo podría orientarles. Lo único que tenían que hacer, les aseguró, era avanzar ascendiendo. Eventualmente, llegarían a un sendero que les conduciría al Idoh. Estaba al otro lado del pico más próximo, el Phul. Éste se «alzaba» en línea recta durante al menos doscientos metros, y luego se curvaba hacia afuera. Desde aquella distancia parecía una seta de sombrero pequeño o un garrote.

—Alrededor del otro lado hay un valle ancho y profundo —dijo R’li—. Cuando lo hayamos cruzado, tendremos que empezar a escalar la fachada del Macizo Piel. El Paso Idoh se encuentra en su extremo más lejano, en lo alto.

Jack se detuvo.

—No sé, R’li. Tal vez deberíamos quedarnos aquí algún tiempo. Al principio sólo pensé en escapar porque las cosas parecían presentar muy mal cariz. Pero vuestras viviendas cadmo podrían resistir perfectamente, en cuyo caso yo podría sacar a mi padre de allí alguna noche. Luego están mis hermanos y hermanas. ¿Qué será de ellos?

R’li le miró con una expresión en la que se mezclaban la admiración y el asombro.

—Jack —dijo suavemente—, ¿te das plena cuenta de lo que hiciste cuando me besaste delante de todos aquellos humanos? ¿Tú ya no tienes familia!

—Eso no significa que no pueda preocuparme por ellos.

—Lo sé. Pero ellos no desearán que te preocupes. Incluso es posible que intentaran matarte en el momento en que te vieran.

—Tengo hambre —dijo Polly—. ¿Por qué no dejáis de tratar de remendar cosas que están rotas para siempre y pensáis en nuestras necesidades? Si no llenamos nuestros estómagos y encontramos un lugar donde pasar la noche, moriremos. Pronto.

—De acuerdo. Dame el arco y las flechas —dijo Jack—. Iré a cazar.

—Ni hablar —dijo Polly en tono firme—. Son míos. Arriesgué mi vida por conseguirlos; voy a conservarlos.

Jack se enfureció.

—¡Si queremos salir de esto con vida necesitamos un jefe! ¡Yo soy el hombre aquí! ¡Yo debería tener las armas y decir lo que se ha de hacer!

—Tú no has demostrado que eres el hombre aquí —dijo Polly—. Además, apuesto cualquier cosa a que soy la que caza mejor. No me conoces bien.

—Polly tiene razón en lo de la caza —dijo R'li—. La he visto en el bosque en más de una ocasión.

Polly dirigió a la sirena una curiosa mirada, pero sonrió. Jack se alzó de hombros, aflojó los puños, y empezó a buscar a lo largo de la orilla del arroyo. Polly desapareció entre los árboles. Jack no tardó en encontrar varios trozos de pedernal que se habían desgajado de la montaña. Después de echar a perder algunos de ellos logró confeccionar una especie de cuchillo. Buscó y encontró un totum con una rama de un grosor adecuado. Utilizando el cuchillo, desgajó la rama. Una vez limpia de nudos y de corteza, afiló uno de los extremos. A cambio del cuchillo, ahora inservible, tenía una lanza.

—Esta noche endureceré su punta al fuego —le dijo a R'li—. Busca algunas piedras adecuadas para lanzar. Si puedo matar a un animal con ellas, utilizaré su piel para hacer una honda.

Los dos cazaron a través de los árboles por espacio de tres horas. Durante ese tiempo sólo vieron un zorro sin pelo. Jack lo alcanzó en el costado con una piedra y lo derribó. Pero, cuando se disponía a cogerlo, el pelado roedor se levantó de un salto y corrió a ocultarse entre la maleza. Regresaron en busca de Polly.

Polly les estaba esperando, despellejando un perro salvaje colgado de una rama.

—Felicidades —dijo R'li—. Durante los próximos tres días, al menos, comeremos bien.

Jack Cage hizo una mueca de desagrado.

—No iréis a comer un «perro...». No esperéis que lo coma yo, desde luego.

Polly giró un rostro alegre hacia él.

—Yo comeré cualquier cosa que pueda mantenerme con vida. En cualquier caso, no me importa. De hecho, me gusta la carne de perro. Mi madre solía capturar perros y guisarlos para nosotros. No quería que yo creciera con los prejuicios dietéticos de los Cristianos. Y, desde luego, el «coven» siempre tenía perros durante las fiestas de la luna.

—No se trata de un animal doméstico —dijo R’li—. Es una fiera salvaje y peligrosa.

—¡No! —dijo Jack.

—Pero —continuó R’li—, vosotros utilizáis a los unicornios y otros animales en tareas domésticas y luego os los coméis. Lo he presenciado en tu granja más de una vez.

—¡No!

—Muérete de hambre, entonces —dijo Polly.

—¡Comedoras de perros! —murmuró él, alejándose. Dos horas más tarde no había encontrado nada. Finalmente se decidió por las bolas de un totum silvestre, una comida insatisfactoria. Al contrario de sus primos domésticos, sus frutos tenían una carne dura con sabor a leche ácida. Pero llenaron su estómago.

A su regreso encontró a las dos mujeres comiendo una carne que había sido asada en un fuego pequeño y prácticamente sin humo. En silencio, Polly le tendió un trozo de carne. Jack lo olfateó: el olor era atractivo. Pero su estómago lo rechazó.

—Tal vez mañana encontremos alguna otra cosa —dijo R’li.

Ella, al menos, se mostraba compasiva, pero Polly se reía de él como si pensara que era un tonto.

Pasaron tres días y tres noches. Jack rechazó la carne que le era ofrecida tres veces al día por R’li. Comió bolas de totum y, a cada día que pasaba, buscaba más desesperadamente zorros sin pelo, unicornios monteses o patos salvajes. Varias veces avistó miembros de cada especie, pero le eludieron. Estaba cada vez más débil, y los frutos del totum le producían ardores de estómago.

Al atardecer del tercer día, agachado junto a la fogata de la cena, se cortó un trozo de carne. La expresión de R’li no cambió. Polly sonrió, pero algo en la mirada de Jack le advirtió que sería preferible no decir nada. Jack devoró la carne, y era tanta el hambre que tenía que le supo mejor que todo lo que había comido hasta entonces. Sin embargo, al cabo de unos instantes estaba vomitando entre los arbustos.

Aquella noche se levantó y fue en busca de la enagua en la que Polly guardaba la carne asada. Se la comió, luchó unos instantes con su estómago y le derrotó. Aquella noche tuvo pesadillas y despertó malhumorado y con mal sabor de boca. Pero cuando Polly mató otro perro aquel mismo día, comió ávidamente.

—Ahora eres un hombre —dijo Polly. Y añadió—: Un hombre más completo, en cualquier caso.

Al día siguiente estuvo de suerte en su cacería. Alanceó a un unicornio hembra mientras trotaba por un sendero del bosque con dos crías detrás de ella. Jack tenía el viento a favor, y el animal parecía tener mucha prisa en llegar a algún lugar. Lo cierto es que no se comportaba con la cautela habitual en un animal salvaje. La lanza se hundió en su costado, y se revolvió con tanta fuerza que arrancó el mango de la mano

de Jack, que tuvo que saltar sobre su lomo y apuñalarla en el costado hasta que la bestia cayó al suelo. Por desgracia, cayó sobre la pierna de Jack. No le fracturó ningún hueso, pero cojeó durante varios días.

Además de la carne, el unicornio proporcionó tripas con las cuales confeccionar cuerdas de arco. Jack arrancó el afilado cuerno y lo unió a una rama con el propósito de hacer una lanza. Pasaron varios días confeccionando flechas, puntas de flecha, arcos y carcajes. Tardaron seis días en curar la piel para los carcajes y las tripas para las cuerdas. R'li no ocultó que estaba impaciente por emprender la marcha, pero admitió que necesitarían las armas.

La carne fue cortada a tiras y ahumada. Esto significaba necesariamente mucho olor y mucho humo, y se presentaron los animales de rapiña. En dos ocasiones distintas unos colas de oso se acercaron al campamento. Jack y las dos mujeres soltaron algunas de sus preciosas flechas. Aunque las fieras resultaron alcanzadas, no murieron. Una, después de una breve embestida, cambió de idea y huyó. Las otras abandonaron la vecindad en cuanto sintieron en ellas las primeras flechas.

Los perros salvajes eran más peligrosos. Llegaban en manadas de seis a veinte. Se sentaban fuera del alcance de las flechas y contemplaban con ojos hambrientos el campamento, la carne colgada de las ramas de los árboles, el hombre y las mujeres. Jack avanzó hacia ellos. Algunos retrocedieron, en tanto que otros daban un rodeo para situarse detrás de él. Luego R'li y Polly se acercaron lo suficiente para disparar contra varios. Los otros perros se llevaron a los muertos y heridos para devorarlos.

—Espero que no nos sorprendan nunca a campo abierto —dijo R'li—. Son muy rápidos y muy listos.

—No creo que sean de temer comparados con las mandrágoras y los hombres lobo —dijo Polly—. Ésos son medio humanos y mucho más inteligentes que los perros.

—Sin mencionar a los dragones —dijo Jack—. Vamos a ocuparnos de ellos por riguroso turno, por favor.

Levantaron el campamento y volvieron a faldear la mitad inferior del Phul. El terreno se hizo más empinado, pero aún estaba muy poblado de árboles. Sólo andando por el mismo arroyo podían evitar la espesa maleza. Este sistema sólo podía ser aplicado a cortos trechos debido a que sus pies y sus piernas no tardaban en notar los efectos de las heladas aguas. Además, al cabo de dos días las pequeñas cascadas se hicieron más frecuentes y más altas.

—Será mejor que abandonemos el arroyo, de todas maneras —dijo Jack—. Si alguien nos sorprendiera mientras andamos por él, podría liquidarnos desde la orilla.

R'li no discutió. Había llegado el momento de abandonar el arroyo. Para llegar al Valle Argulh tenían que dejar de trepar. Debían rodear la montaña a este nivel.

Un poco más tarde, Jack observó que el sendero que seguían era singularmente

liso.

—Hay una carretera de los Arra enterrada debajo del suelo del bosque —dijo R’li—. Sigue la ladera de la montaña durante bastante trecho y se curva a su alrededor hasta que termina allí —señaló un enorme saliente, a unos doscientos metros por encima de ellos—. Allí hay una gran meseta, y en ella las ruinas de una ciudad de los Arra.

—Me gustaría verla —dijo Jack—. No nos demoraría mucho dar un pequeño rodeo, ¿verdad?

R’li vaciló, y luego dijo:

—Es algo que merece la pena ver. Nadie debería perderselo. Pero ya hay peligros suficientes en los kilómetros que tenemos que recorrer para que me guste la idea de añadir otros.

—Siempre he oído hablar de los Arra y de sus grandes ciudades —dijo Jack—. Y siempre he deseado ver una de ellas. Si hubiese sabido que había una allí, habría subido hace mucho tiempo.

—No es una región prohibida para los humanos por ningún motivo —dijo R’li—. Muy bien, si es lo que deseas. En realidad, también a mí me gustará verla otra vez. Pero debemos tener mucho cuidado.

Polly O’Brien no formuló ninguna objeción. En realidad, parecía tan interesada como el propio Jack, el cual le preguntó por qué brillaban sus ojos ante la idea de visitar aquella ciudad.

—Dicen que las ciudades de los Arra tienen muchos secretos enterrados. Si pudiera encontrar algo así...

—No te entusiasmes demasiado —dijo R’li—. Esas ruinas han sido registradas muchas veces.

El «sendero» que estaban siguiendo se curvaba lentamente alrededor de la montaña y luego, bruscamente, el giro se hacía menos suave. Ahora avanzaban en dirección contraria y a unos treinta metros más de altura que cuando habían decidido quedarse en él. Aunque habían estado hablando, nunca permitieron que sus voces se elevaran por encima de un audible susurro. Y mantenían sus ojos abiertos y sus arcos tensos en una mano.

R’li fue la primera en detectar el rostro detrás de las hojas de un arbusto a unos veinte metros a su izquierda. Un segundo más tarde, Jack también lo vio.

—Sigue andando como si no hubieras visto nada —dijo—. Pero vigila. Creo que esa cara pertenece a Gilí White, uno de los muchachos de Ed Wang.

Unos segundos después dijo con voz ronca:

—¡Cuerpo a tierra! —Y se dejó caer al suelo, con las dos mujeres imitándole sólo una fracción de segundo más tarde. Algo vibró en el tronco de un árbol a su derecha: una flecha.

Resonó un aullido un poco por detrás y encima de ellos. Aparecieron hombres de detrás de los árboles y arbustos. Seis hombres, entre los cuales se hallaba Ed Wang.

Jack se incorporó, con una flecha preparada en su arco, y la dejó volar. Tres de los hombres se habían agachado, pero los otros tres continuaron empuñando sus arcos. Jack había vuelto a dejarse caer al suelo inmediatamente después de disparar. No había visto clavarse su flecha, pero oyó el agónico aullido de uno de los arqueros.

Las dos mujeres se levantaron tan pronto como las tres flechas del grupo de Wang silbaron por encima de sus cabezas, y dispararon. Ninguna de las dos dio en el blanco, pero los hombres se pusieron nerviosos y se ocultaron detrás de los árboles. Al parecer, no habían esperado encontrar resistencia efectiva más que en Jack.

—¡Corred! —dijo Jack, dando ejemplo. Mientras corría no perdía de vista las orillas del sendero, ya que Ed podía haber situado allí a otros hombres para una emboscada. No parecía probable. Que él recordara, a Ed sólo le acompañaban cinco hombres cuando se alejó de la vivienda cadmo.

El sendero dio otra vuelta repentina y se encontraron andando en dirección contraria y por una ladera más empinada. R'li, detrás de él, dijo:

—Las ruinas se encuentran a unos doscientos metros de distancia. Allí hay numerosos lugares para ocultarse. Conozco el sitio perfectamente.

Jack, corriendo a lo largo de la orilla del sendero, pudo mirar hacia abajo a través de los árboles. Había hombres allí, escalando penosamente la ladera de la montaña. Trataban de acortar camino para interceptarles a los tres, pero habría sido mejor para ellos seguir en la carretera. Jack miró detrás de él, no vio a nadie, y aminoró algo el paso. No ganaría nada quemando sus energías y quedándose sin aliento.

R'li se había parado.

—¿Dónde está Polly?

—No sé dónde está la pequeña zorra. ¡Maldita sea! ¿Qué se le habrá ocurrido ahora?

—Creo que se ha quedado atrás para disparar al azar —dijo R'li—. Al margen de lo que pueda ser, es valiente. Aunque considero que está un poco loca.

—Quiere vengarse de Ed Wang —dijo Jack—. Pero no creo que se arriesgue a hacerse matar por ello.

Decidió no retroceder en su busca. Había cometido una imprudencia, y Jack no iba a poner en peligro la vida de R'li por culpa de ella.

—¡Maldita sea! Si la cogen viva, la violarán hasta que muera. ¡Sé lo que Ed planeaba para ella!

Giraron otra vez, y se encontraron en la meseta. Las ruinas estaban delante de ellos. Y encima de ellos.

Incluso en su preocupación por el peligro que corrían, Jack quedó asombrado. Antes de que algún cataclismo la derruyera, debió de ser una metrópoli ciclópea.

Quedaban varios edificios medio en pie, y se erguían a varias docenas de metros de altura. Estaban contruidos con enormes bloques de granito y basalto, un cubo de doce metros cada uno de ellos. Las fachadas debieron estar cubiertas en otro tiempo con una delgada capa de yeso u otro material semejante. En los lugares que lo conservaban, el material en cuestión lucía brillantes colores. Seguramente habían existido murales pintados, ya que podían verse fragmentos de escenas. Lo que más abundaba eran criaturas que parecían ursocentauros, como el que Kliz había pintado en su cuadro. Había también hombres —horstels mejor— sirviendo a los Arra. Y había otros seres semihumanos, criaturas que parecían hombres pero con rostros bestiales y cuerpos cubiertos de pelo.

R'li dijo:

—Los Arra transportaron a otros aquí como esclavos suyos. Sus descendientes volvieron a un completo salvajismo o a una condición todavía más baja después de la catástrofe. Son los seres que vosotros llamáis mandrágoras y hombres lobo. Ten cuidado, algunos pueden estar viviendo en esas ruinas.

—¿Dónde diablos está Polly? —dijo Jack, y quedó en silencio mientras resonaban unos aullidos procedentes de los árboles más próximos de la ladera.

La desnuda figura de la muchacha surgió del bosque, corriendo hacia el camino. Un momento después aparecieron cuatro hombres a un centenar de metros detrás de ella.

—Parece que ha alcanzado a uno —dijo Jack—. Pero no le ha dado a Ed.

Le dijo a R'li que se situara detrás de uno de los enormes bloques caídos en el suelo. Él se situó detrás de otro y esperó. Si los hombres eran lo bastante estúpidos como para seguir a Polly hasta la meseta, podrían liquidarles con unos cuantos disparos. Confió en que lo fueran.

Pero Polly trotó hacia ellos, ocupó un sitio junto a Jack, y esperaron en vano. Ed Wang no iba a dejarse atrapar.

Polly había recobrado ya el aliento. Dijo:

—Deben de estar subiendo por la ladera. Se deslizarán entre las ruinas en algún lugar más lejano.

Jack no deseaba tenerles detrás de él. Llamó a R'li y los tres trotaron a las ruinas. Se deslizaron entre las caídas estructuras, a veces obligados a dar grandes rodeos alrededor de enormes montones de escombros. Para evitar el siluetearse si trepaban sobre los bloques, se mantenían al nivel del suelo.

Durante una de sus paradas para observar y escuchar, R'li dijo:

—¡Silencio! Creo... —Se tumbó en el suelo y pegó su oído a él.

Jack notó que los pelos de su nuca se erizaban y una extraña frialdad inundaba su piel. El lugar era tan silencioso... Ni siquiera hacía viento; los chillidos de las alondras cuchillo, siempre presentes, no se oían. Pero, si no recordaba mal, se habían

oído sólo un minuto antes.

R'li se incorporó. Dijo, en lenguaje infantil:

—«Thrruk».

—¿Más de uno? —inquirió Jack.

—Creo que sólo uno. Podría estar simplemente cruzando el lugar. O podría ser Mar-Kuk buscando al humano que tiene su pulgar.

—Si eso tiene que hacerla feliz, se lo devolveré —dijo Jack—. Sin rencor por ninguna de las dos partes.

—No se lo devuelvas —dijo Polly—. Si Mar-Kuk se deja ver, amenázala con destruir el pulgar. Ella no sabrá cómo podrías hacer eso, pero no correrá el riesgo.

—Polly tiene razón —dijo R'li.

Sugirió que el mejor plan sería dirigirse a la parte posterior de las ruinas. Podían bordear la meseta y luego descender al Valle Argulh. El camino descendente no era el que ella tomaría si pudiera elegir. Pero sería más seguro que tratar de volver al camino original.

La ciudad era inmensa. Faltaban aproximadamente dos horas para que oscureciera cuando llegaron a sus límites septentrionales. Bruscamente, el último de los bloques caídos dejó paso a una llanura sin árboles ni vegetación, exceptuando una hierba que alcanzaba la altura de la rodilla, y que se extendía por espacio de medio kilómetro. Luego se interrumpía. El Valle Argulh se extendía debajo, pero ellos sólo podían ver el lado opuesto. Encima de erguía la fachada de seiscientos metros de altura del Macizo Piel.

Durante casi media hora anduvieron a lo largo de los bloques. Jack se mostraba reacio a cruzar la llanura mientras aún era de día. R'li se detuvo y dijo:

—El camino empieza allí, junto a aquel peñasco en forma de cono que se yergue sobre el borde del barranco.

—Falta una hora y media para que se ponga el sol —dijo Jack—. Descansaremos.

—He dicho camino por llamarlo de algún modo —dijo la sirena—. Ya es bastante malo cuando se dispone de luz para verlo. De noche... No sé. Podríamos caer fácilmente. Pero si podemos descender un poco mientras hay claridad, podríamos descansar durante la noche en una cornisa. Además, la cornisa puede defenderse fácilmente.

Jack suspiró y dijo:

—De acuerdo. Pero vamos a cruzar corriendo el medio kilómetro que nos separa del barranco.

Conservaron los arcos en sus manos mientras iniciaban la carrera. Apenas habían dado unos cuantos pasos oyeron un grito detrás de ellos. Jack se giró y vio a Ed Wang y a sus tres seguidores saliendo de detrás de un bloque de piedra.

R'li gimió:

—¡Tenemos que pararnos junto al barranco! ¡Si empezamos a descender ahora, pueden dejar caer piedras o disparar contra nosotros! ¡Estaríamos indefensos!

Jack no dijo nada, pero siguió corriendo. Fue detenido por un gran resoplido que sólo podía haber brotado de la garganta de un dragón. Las dos mujeres también se pararon y se volvieron a mirar. El animal era Mar-Kuk, ya que le faltaba un pulgar.

Ahora los perseguidores eran perseguidos. Corrían frenéticamente hacia los tres que hasta entonces habían sido su presa. Ed agitó su arco y gritó. Aunque no pudieron oír lo que estaba diciendo a causa de los rugidos del animal que avanzaba detrás de él, intuyeron el sentido. Quería unir sus fuerzas con las de ellos y formar un frente común contra el dragón.

—Dejemos que se unan a nosotros —dijo Jack—. Puede ser nuestra única posibilidad.

Uno de los hombres de Ed, Al Merrimoth, había caído detrás de los otros. Mar-Kuk le dio alcance. Merrimoth giró sobre sí mismo para encararse con el monstruo, se tapó el rostro con las manos, y así no vio el enorme pie que cayó sobre él y le aplastó, matándole.

Gracias a la pausa que se tomó Mar-Kuk para dar cuenta de su camarada, Ed Wang y sus amigos alcanzaron su objetivo. Estaban sin aliento, pero se giraron y se alinearon al lado de Jack y de las dos mujeres. R'li dijo:

—Dejadme primero que intente hablar con Mar-Kuk.

Avanzó unos pasos y gritó en lenguaje infantil:

—¡Mar-Kuk! ¡Invoco el parlamento de la gente de la vivienda cadmo! ¡Que tu madre y tus abuelas hasta el principio del Gran Huevo te maldigan y te rechacen si no haces honor a él!

Mar-Kuk interrumpió su carrera, con las patas rígidas y el cuerpo y la cola inclinados hacia atrás para no caer de cara. Sus enormes pies se deslizaron sobre la hierba varios metros antes de que consiguiera frenar.

—Hago honor a la tregua para parlamentar —dijo, con voz increíblemente profunda—. Pero sólo por el tiempo asignado.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo R'li, aunque lo sabía perfectamente, y el dragón sabía que ella lo sabía.

—¿Qué es lo que quiero? —La voz de Mar-Kuk subió de tono hasta convertirse casi en un chillido de soprano—. ¡Por el Huevo Sagrado, quiero mi pulgar! ¡Y quiero el cadáver del hombre que me ha mutilado cortándolo y conservándolo junto a su maligna carne masculina!

—El te lo devolverá de modo que puedas purificarte ritualmente y retornar al útero de la Gran Madre cuando mueras. Pero sólo si juras marcharte y no causarle nunca ningún daño a él ni a aquéllos que veas con él. Debes jurarlo por el Insoportable Dolor de la Gran Madre cuando puso el Huevo de Ocho Esquinas del

Primer Macho.

Mar-Kuk parpadeó, con la boca abierta. Se agarró las manos y las restregó una contra otra.

R'li le dijo a Jack en voz baja:

—No creo que lo haga. Si jura, no podrás lastimarte sin condenarse a sí misma a un infierno frío y sin madre. Ningún «Thruk» ha quebrantado nunca ese juramento. Pero si jura, es posible que no llegue a lo que considera su paraíso. La purificación ritual, al menos en este caso, tardará años en consumarse. Y si por casualidad muriese antes de que los ritos se hubieran completado, se condenaría.

—Pero al menos tendría una posibilidad de salvarse...

—Confío en que ella llegue a la misma conclusión —dijo R'li. Bajó todavía más el tono de voz y le dijo a Jack lo que tenía que hacer. Jack asintió y echó a andar, con el paso más tranquilo que pudo adoptar en aquellas circunstancias, hacia el borde de la meseta. No volvió la cabeza para ver lo que ocurría detrás de él. Pero pudo imaginar a Mar-Kuk mirándole, y su indecisión. Cuando estaba a pocos metros del borde, oyó un fuerte grito. Girando sobre sí mismo, vio que el dragón había tomado una decisión. Estaba embistiendo hacia él.

R'li y Polly corrieron a un lado. Sus arcos eran mantenidos apartados de sus cuerpos, de modo que R'li debía decirle a Polly lo que iba a pasar. Sin embargo, Ed y sus dos hombres cometieron un error. Dispararon tres flechas contra el dragón, alcanzándolo con dos de ellas, que rebotaron contra el grueso pellejo.

Los hombres se giraron para echar a correr, pero dos de ellos fueron demasiado lentos. Mar-Kuk varió ligeramente su rumbo; su larga cola se disparó. Ed escapó, pero los otros dos cayeron al suelo. Sus huesos se partieron con un crujiente sonido.

Mar-Kuk era una criatura de aspecto aterrador, tan aterrador que Jack estuvo a punto de rajarse y de tratar de escapar por encima del borde del precipicio hacia el «camino». Pero R'li había insistido en que debía mantenerse firme. En caso contrario, sería la perdición para todos, ya que la rabia de Mar-Kuk la impulsaría a destruirlo todo.

Se paró en el mismo borde del precipicio y sostuvo el pulgar sobre el abismo extendiendo el brazo. Lo único que tenía que hacer era abrir la mano para que el pulgar cayera al fondo, a ciento cincuenta metros de profundidad.

De nuevo, Mar-Kuk se frenó a sí misma deslizándose sobre la hierba. Esta vez sólo logró pararse a unos cuantos palmos de Jack Cage.

Bramó:

—No lo hagas.

Jack agitó la cabeza y habló lenta y claramente en lenguaje infantil:

—Si me matas o me obligas a dejar caer esto, Mar-Kuk, tu pulgar se habrá perdido para siempre para ti. Dudo mucho que pudieras encontrarlo. Tardarías

demasiado en llegar al fondo del valle. No puedes descender por este acantilado, eres demasiado grande. Y lo más probable es que los animales se lo hubieran comido antes de que tú pudieras llegar allí.

Mar-Kuk estalló en una serie de sílabas ininteligibles. Jack supuso que el dragón estaba jurando en el lenguaje original de los de su especie. R'li le había contado que el prestigio superior del lenguaje horstel había inducido a los dragones a adoptarlo en lugar del propio hacía muchísimo tiempo. Pero conservaban ciertas frases de la lengua perdida para los ritos y las maldiciones.

Jack trató de sonreír como si fuera el amo de la situación y le divirtiera la actitud de Mar-Kuk. Pero sólo logró fruncir ligeramente las comisuras de los labios. Sus rodillas temblaban y la mano que sostenía el pulgar se estremecía. R'li dijo:

—Te lo devolveremos cuando lleguemos al Paso Idoh. Con tal de que no intentes seguirnos después de la devolución. Y tienes que prometer que nos acompañarás y nos protegerás.

Mar-Kuk berreó su frustración y terminó diciendo:

—De acuerdo.

Jack continuó sosteniendo el pulgar hasta que R'li le arrancó al dragón un juramento formal. Luego, con el brazo fatigado, se acercó al lugar donde había dejado la bolsa de piel de unicornio e introdujo el pulgar dentro. Mar-Kuk no le perdió de vista ni un solo instante, pero no hizo ningún movimiento, ni entonces ni más tarde, para apoderarse del pulgar.

Jack y R'li arrastraron los cadáveres hasta el borde y los dejaron caer al barranco. Les hubiera gustado enterrarlos, pero carecían de herramientas para cavar.

Mar-Kuk se quejó de que estaba siendo privada de una carne fácil. Se calló cuando R'li le explicó que tenían que librarse de los cadáveres para no atraer a las mandrágoras. Jack se preguntó qué clase de bestias podían ser para que incluso la colosal Mar-Kuk deseara evitarlas.

Ed les contemplaba con ojos llameantes, con su arco y su cuchillo en el suelo, a sus pies, donde Polly le había ordenado que los dejara caer. Ella estaba a unos metros de distancia, con el arco a punto de disparar.

La voz de R'li llegó de detrás de Jack.

—Sería mejor que le mataras ahora.

Jack quedó asombrado.

—¡Eso no es propio de ti!

—No puedes soltarle con sus armas. Si lo hicieras, él intentaría apuñalarnos mientras dormimos. El «odia». Si le sueltas sin armas...

—Puede fabricarse otras nuevas, del mismo modo que ha hecho ésas...

—No tendrá la oportunidad. ¿No oíste lo que dijo Polly? Ella odia, también, y saldrá detrás de él. Morirá como nadie debiera morir, de la manera más agónica y

más lenta. Conozco a esas brujas; conozco a Polly.

—Es una lástima que no le matara cuando nos perseguía —dijo Jack—. Pero ahora no puedo hacerlo, a sangre fría.

—En cierta ocasión mataste a un perro loco. Era tu animal preferido; lo querías. Tú no quieres a Ed.

—¡Estoy en el desierto con dos de las peores zorras que nunca han acosado a un hombre! —exclamó Jack. Se alejó, pero sabía que R'li decía la verdad, y que hablaba por humanidad. Además, Ed había intentado asesinarles a todos ellos y más de una vez.

R'li caminó lentamente hacia Polly y permaneció unos instantes junto a ella. Jack las contempló. ¿Qué tenían que decirse? No parecían hablar de nada serio. Polly se estaba riendo.

Súbitamente, R'li golpeó. Su puño alcanzó a Polly en la mandíbula, y la mujer se desplomó. Cayó sobre manos y rodillas y permaneció a cuatro patas durante unos segundos. Los que la sirena necesitaba. Recogió el arco y la flecha de Polly, colocó el dardo en la cuerda y apuntó a Ed.

Ed pareció despertar de su letargo, aulló y echó a correr. Sólo había un lugar en el que buscar un posible refugio, el borde del precipicio. La flecha de R'li le alcanzó en la espalda cuando empezaba a arrojar al suelo para frenar su velocidad. Indudablemente pensaba continuar su avance con la esperanza de que el sendero, que les había oído mencionar a ellos, estaría directamente debajo. Pero se tambaleó hacia adelante, con la flecha surgiendo de su paletilla izquierda, y cayó al precipicio de cabeza. Su aullido flotó en el aire por algún tiempo. Luego, silencio.

Jack llegó corriendo. Polly se frotó la mandíbula, se incorporó y dijo:

—¡Zorra! ¡Me has engañado!

—Ahora está muerto —dijo R'li—. Olvídate de él.

—¡No me olvidaré de ti!

—Le diré a Mar-Kuk que no te pierda de vista —dijo R'li tranquilamente.

Los cuatro retrocedieron hacia las ruinas. Mar-Kuk, que iba en cabeza, profirió una exclamación y se paró. Jack siguió la dirección de su mano —la que carecía de pulgar— y vio los excrementos recientes de un gran animal.

—¡Mandrágora! —dijo el dragón.

—Los excrementos se enrollan de un modo característico y siempre tienen esa pequeña punta —le explicó R'li a Jack—. Bueno, tenemos que buscar un lugar seguro. ¡Aprisa! Está a punto de ponerse el sol.

—Aquí hay un buen agujero —dijo Mar-Kuk. Se paró olfateando delante de una entrada cuadrada formada por un montón de los grandes bloques. En el oscuro interior había espacio suficiente para todos ellos. A unas palabras de R'li, el dragón salió en busca de leña para encender una fogata. Los otros se acomodaron para pasar

la noche. Un breve reconocimiento reveló que el camino por el que habían llegado era la única entrada.

Mar-Kuk regresó al cabo de un cuarto de hora con los brazos llenos de ramas y un tronco de buen tamaño. Lo colocó todo en el saledizo de roca, lo aplastó con su masa, y luego preparó la fogata disponiendo la leña. Con pedernal y virutas, Jack no tardó en encender el fuego. Tapaba por completo la entrada, y sólo ocasionalmente, cuando soplaba el viento hacia dentro, resultaba molesto a causa del humo. Asaron carne de unicornio y comieron. Mar-Kuk devoró la mayor parte de ella y dijo:

—No temáis, pequeños. Encontraré otro «el» (unicornio en lenguaje infantil) para vosotros mañana.

—¿Cómo podrá ir con nosotros? —le susurró Jack a R'li—. No podrá avanzar por aquel sendero.

—Iremos con ella dando un rodeo. Nos llevará más tiempo, pero será mucho más seguro. ¿Por qué hablas susurrando?

Jack señaló con la cabeza hacia el bulto detrás de ellos.

—Me pone nervioso.

R'li besó a Jack en la mejilla y palmeó su espalda. Polly dijo:

—Lamento que mi presencia os estorbe tanto. Pero no os preocupéis por mí. Actúa como si yo no estuviera. Disfruto mirando, e incluso podría pedir las sobras.

—¡Eres una zorra asquerosa! —dijo Jack.

—Soy sincera —replicó Polly—. Pero insisto en lo que he dicho. Te he visto magreando a R'li y tocándole esos maravillosos pechos cuando creías que nadie te miraba. Hace mucho tiempo que os conocéis. ¿Por qué no está preñada R'li? ¿O acaso no desea estarlo? Jack tragó saliva y dijo:

—¿Qué? Ya sabes que los humanos y los horstels no pueden tener hijos.

Polly rio en voz alta y durante un largo rato. Mar-Kuk, en la parte posterior de la cámara, empezó a removerse, intranquila. Al fin, Polly dejó de reír. Dijo:

—¿No te ha contado tu amor la verdad de esa historia que los gordos sacerdotes te han enseñado? Desde luego, vosotros podéis tener un hijo. Hay millares de híbridos vivos en este momento, la mayoría de ellos en Socinia.

—¿Es verdad eso, R'li? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Hemos pasado poco tiempo juntos, Jack. Hemos hablado mucho, pero casi siempre acerca de nuestro mutuo amor. No podíamos cubrir todo aquello en lo que estás interesado. Además, no corrías peligro de dejarme embarazada. Las Wiyr pueden tener hijos sólo cuando lo desean. Mejor dicho, cuando los reguladores de la población les dicen que pueden tenerlos. Siempre hemos mantenido un control estricto de los nacimientos y defunciones. Los humanos no. Por eso nos habéis superado en número y os mostráis tan ávidos por apoderaros de nuestras tierras.

—Las brujas también hemos sabido cómo evitar la concepción por algún tiempo

—dijo Polly—. Se cogen ciertas hierbas, se mezclan, se toman en determinados momentos...

R'li miró hacia la oscuridad, más allá de la fogata. La luna no había salido aún. Fuera había un espacio iluminado de unos veinte metros y luego un imponente montón de bloques.

—Creo que ya es hora de que te cuente la verdadera historia de los Wiyf, o los horstels, o los cadmos, o las sirenas y sátiros, o los comeperros o cualquiera de los muchos nombres que nos aplicáis. La historia que vuestro Estado y vuestra Iglesia os han ocultado. Aunque es posible que ellos mismos ignoren buena parte de ella.

»Jack, los Wiyf, como nosotros nos llamamos, es decir, el Pueblo, procede también de la Tierra.

Jack no respondió.

—Es cierto, Jack. Nuestros antepasados fueron traídos a este planeta hace unos cuatro mil años. Años darianos, que coinciden casi exactamente con los años terrestres. En aquella época, los Arra tenían una floreciente colonia en este planeta. Raptaban seres humanos de la Tierra y los utilizaban como esclavos o criados. No es que necesitaran esclavos para que les sirvieran, ya que sus máquinas podían hacerlo. Pero necesitaban a otros seres inteligentes aunque «inferiores» como elementos de prestigio y como una especie de animales domésticos.

»También trajeron sapientes de los planetas de otras estrellas. Ésos fueron los antepasados de los actuales hombres lobo y mandrágoras. Los dragones siempre han estado aquí. Eran un grupo primitivo demasiado grande y peligroso como para ser domesticado.

»Hace unos dos mil años otra cultura interestelar, los Egzwi, guerrearon con los Arra. Utilizaban un arma que hacía estallar o desintegraba toda superficie de hierro. Y creo que también algunos otros metales. Los Arra supervivientes abandonaron su colonia. Los Egzwi no llegaron a invadir el planeta. Y de las cuatro especies sapientes que quedaron atrás, sólo los seres humanos lograron evadirse del salvajismo. Nos aseguramos de eso. Cazamos y acosamos a los hombres lobo y las mandrágoras, como vosotros los llamáis, hasta que sólo sobrevivieron en zonas montañosas que nosotros no deseábamos.

—¿Qué prueba tienes de la veracidad de esa historia? —dijo Jack—. Si tú eres humana, ¿por qué tenéis los horstels la cola de caballo y los ojos color naranja y amarillo?

—Una teoría es la de que padecemos una mutación a causa de las radiaciones de la explosión del hierro y de otros metales. Otra, que los Arra nos mutaron deliberadamente. Sabemos que ellos nos criaban por ciertas cualidades físicas.

»Sin embargo, nosotros tenemos también nuestras tradiciones. Podrían ser insuficientes para probar lo que digo. Quizá pudimos llegar de otro planeta distinto.

Pero hay otro factor. El lenguaje.

—El vuestro es completamente distinto.

—El lenguaje adulto, sí. Es el lenguaje de los Arra, que todos los esclavos tenían que aprender. Es un idioma codificado, mejor dicho, un idioma mnemónico. Se utilizan breves palabras codificadas que contienen el significado de frases enteras.

»Pero el lenguaje infantil desciende del lenguaje original que utilizábamos en la Tierra. Se permitió a los esclavos utilizarlo entre ellos, y se aferraron al mismo como un recuerdo de su condición libre de otros tiempos. Después de la catástrofe, llegó a ser una marca de distinción entre la clase gobernante de los Wiyr y los demás. Tú supones que todos los horstels utilizan el lenguaje adulto, pero no es cierto. Sólo lo hablan los aristócratas.

»Sin embargo, lo importante es que nuestro lenguaje infantil y la mayoría de los lenguajes utilizados por los terráneos que fueron descargados de aquella última nave de los Arra... bueno, proceden de la misma raíz idiomática. Nuestros sabios los registraron antes de que el inglés alcanzara la supremacía, y luego se convirtiera en el único idioma de los descendientes de sus “tarra,” o últimos en llegar. Inglés, alemán, islandés, español, portugués, búlgaro, albanés, irlandés, italiano, griego, y vuestro idioma litúrgico, el latín. Sólo el turco, el chino y el croata no parecen estar emparentados con el vuestro.

—Me resulta difícil de creer —dijo Jack.

—Cariño, yo diría que estás deseando creerlo. Demuestra nuestro origen común.

—No lo sé. No encuentro ninguna similitud entre el inglés, el horstel y el latín. Excepto lo que los sacerdotes dicen que hemos tomado prestado del latín.

—Yo no soy una erudita, tampoco. Pero conozco un poco la materia y puedo llevarte a hombres sabios de mi propio pueblo que la conocen a fondo. Además, en dos épocas distintas, sacerdotes de tu propia especie llegaron a reconocer las similitudes. Uno fue amenazado con la excomunión si no se callaba. El otro huyó a las viviendas cadmo.

—De acuerdo. No estoy furioso, como parece creer. Sólo desconcertado.

—Nuestros sabios podrían darte centenares de ejemplos. Yo te daré unos cuantos. Por ejemplo, en inglés tenéis la palabra insultante «swine», que significa cerdo. Tú no has visto nunca el animal que era el cerdo original; ni yo tampoco. Pero era una bestia sucia y asquerosa. Nuestra palabra, con el mismo significado peyorativo, es «suth». En la época de la catástrofe, era «sus». Emparentada con el latín *suinus* y el alemán *schwein*. Los tres vocablos proceden de la misma palabra, o palabras emparentadas, de la lengua madre.

»Tomemos O’Reg, el Rey Ciego. «O» es una palabra tomada prestada a los Arra. Originalmente equivalía a una frase entera, cuyo significado tenía que ver con la falta de perspicacia o insensibilidad. Pero en lenguaje infantil significa ciego. «Reg», en

cambio, era una palabra que los Wiyr trajeron con ellos de la Tierra. Está emparentada con el latín «*rex*», cuyo genitivo singular es «*regís*».

—No lo comprendo.

—«*Thruk*» procede de la misma forma ancestral que vuestro dragón, que tomasteis prestado del francés, el cual lo tomó prestado del latín, que lo había tomado prestado del griego. Luego existe nuestro vocablo por madre: «*metrra*».

»Oh, podría citar muchísimos más ejemplos, a pesar de lo limitado de mis conocimientos. Vamos a ver, ¿qué significa “were” en *werewolf*?

—Nunca he pensado en ello.

—Significa *hombre*. Un *werewolf* es un hombre-lobo. Los «*tarrta*» llamaron así a esos animales porque su aspecto era medio-humano y medio-lobuno. Lo cierto es que «*were*» desciende del mismo antepasado común que el latín «*vir*», que significa hombre, y que en otro tiempo se pronunciaba «*wir*». Las dos palabras son primas de «*wiyr*», nuestro vocablo para «hombre», o «gente», o «pueblo».

—Me resulta difícil creerlo.

—Tampoco yo lo creía hasta que me explicaron el sistema de cambios de sonido que debieron producirse entre las diversas familias de lenguajes descendientes del original. No sólo unos cuantos, lo cual podría ser atribuido a coincidencia. No, por millares.

—Por ejemplo —dijo Polly—, su palabra para el órgano masculino y la nuestra para un ánsar macho, y también para la palabra soez para el órgano masculino, son notablemente parecidas, ¿no crees?

—No es una coincidencia —dijo R’li.

—Siempre creí que los sacerdotes habían dicho que era una palabra horstel, y que por eso no debíamos utilizarla.

R’li y Polly se echaron a reír. Jack se alegró de poder retroceder a la oscuridad para ocultar su rubor. Tropezó con Mar-Kuk; el dragón rugió; Jack se apartó rápidamente. El dragón siseó y se irguió todo lo que podía erguirse bajo aquel techo.

—«¡Sssss!».

¡Silencio! ¡Hay alguien ahí fuera!

Los tres pusieron flechas en sus arcos y miraron hacia fuera, tratando de beneficiarse del leve resplandor proyectado por la fogata.

—¿Qué crees que es? —inquirió R’li en voz baja.

—No puedo olerles, pero les oigo. Más de uno. Me gustaría estar fuera de este pequeño agujero.

Hubo un concierto de gritos, algunos aullidos, y cinco o seis cuerpos oscuros aparecieron delante de la abertura. A la luz de la fogata eran seres con cuerpos de forma humana cubiertos de largos pelos negros. Sin embargo, sus robustos brazos eran más largos que los de un ser humano, sus hombros eran mucho más anchos y sus pechos enormes.

Encima de un cuello achaparrado había un rostro cubierto de pelo blanco. Sus mandíbulas eran pesadas y salientes, y sus narices enormes y aparentemente cubiertas de cartílago o, quizá, cuerno. Las orejas formaban ángulo recto con las cabezas y eran casi cuadradas. Las cejas eran espesas y negras, contrastando con el pelo blanco de la cara. Los ojos eran muy grandes y anaranjados al reflejo de la luz, como los de un animal.

Empuñaban largas lanzas de madera con puntas endurecidas al fuego, y las lanzaron a la abertura. Los del interior dispararon sus arcos; las flechas retumbaron en tres pechos. Luego los seres desaparecieron.

—¡Mandrágoras! —dijo R’li.

Mar-Kuk dijo que ella tenía que salir. No podía soportar que la atraparan en el interior. Los otros no discutieron sino que salieron detrás de ella. Con un barrido de cola esparció los restos de la fogata. Con toda la rapidez con que podía mover su enorme cuerpo, pasó a través de la abertura. A medio camino, resopló mientras seis cuerpos oscuros caían encima de ella desde arriba. Dio un estirón y terminó de salir, con las mandrágoras pegadas a ella. Antes de levantarse, rodó sobre sí misma y aplastó a dos de los atacantes. Los otros se apartaron a tiempo pero volvieron a atacar inmediatamente. Se les unieron al menos otras diez mandrágoras salidas de entre las sombras de los bloques, donde habían estado ocultas.

Jack Cage y las mujeres dispararon siempre que tuvieron ocasión; pero Mar-Kuk giraba sobre sí misma y se movía de un lado a otro con tanta rapidez, que sólo pudieron efectuar tres tentativas buenas. En dos de ellas dieron en el blanco, aunque no mortalmente, ya que las mandrágoras huyeron a todo correr, aullando.

De pronto los atacantes tuvieron suficiente, más que suficiente: renunciaron a su inútil pinchar con lanzas de madera o golpear con palos o morder con dientes, y huyeron. Mar-Kuk persiguió a un grupo por la avenida formada por los montones de bloques de piedra. Jack pudo oír por algún tiempo sus gritos y los resoplidos del dragón. Luego se apagaron en la distancia.

Establecieron turnos de guardia. Mar-Kuk no regresó hasta el amanecer. Parecía cansada, pero contenta y muy bien alimentada. Cuando continuaron su viaje, recogió una de las mandrágoras muertas diciendo que la guardaría para el desayuno del día siguiente.

Caminaron durante todo aquel día, con sólo varios breves descansos. A mediodía habían dejado las ruinas detrás de ellos, y ahora marchaban a lo largo del borde de la meseta. Cuando se hizo de noche habían descendido varias colinas y estaban a medio camino de la ladera de una pequeña montaña. R’li calculó que podrían llegar al fondo del Valle Argulh a media tarde del día siguiente.

—Es una extensión de al menos cien kilómetros de terreno abrupto y densamente arbolado, como visteis desde la meseta. Está infestado de peligros para el hombre.

Incluso los unicornios son mayores y más agresivos. Pero con Mar-Kuk junto a nosotros, no creo que tengamos mucho que temer —dijo R’li.

A mediodía del tercer día, habían hecho casi la mitad del camino. Nada les había molestado, y ni siquiera habían tenido que cazar. Mar-Kuk había sorprendido a un unicornio en un pequeño barranco y lo había matado para carne. Encendieron una pequeña fogata a orillas de un arroyo ancho y poco profundo, y se sentaron a comer. Mar-Kuk se movió intranquila de un lado a otro durante unos minutos, y luego dijo que tenía que ausentarse por algún tiempo.

—¿Están en la vecindad algunas de tus hermanas? —inquirió R’li.

—Sí, y quiero hablar con ellas. He de decirles que hagan correr la voz de que nadie debe molestaros, si no quiere tener que vérselas conmigo.

—Confío en que su ausencia no será muy prolongada —dijo R’li—. Pero temo que lo sea. Los dragones hembra comadorean tanto como las hembras humanas.

Transcurrió una hora. Jack empezó a impacientarse. R’li estaba sentada tranquilamente, con los ojos fijos en un palo clavado en la arena delante de ella. Al parecer se había sumido en un trance. Esto irritaba a Jack, porque en tales ocasiones R’li se negaba a prestarle la menor atención, y más tarde no podía explicar a satisfacción de Jack lo que estaba pensando. Polly yacía sobre la hierba, con los brazos detrás de la cabeza, en una postura conscientemente provocativa. Durante los últimos días había estado mirando a Jack con una expresión que distaba mucho de ser ilegible. Y sus comentarios se habían hecho cada vez más atrevidos. R’li ignoraba las miradas y los comentarios. Jack, a pesar de que no simpatizaba con Polly, de que incluso la detestaba, se sentía culpable. Los rigores del viaje no le habían fatigado tanto como para que no sintiera una presión cada vez mayor. La falta de intimidad y la extraña aversión de R’li le habían impedido hacer algo al respecto.

En una ocasión, aprovechando unos breves instantes de soledad con la sirena, le preguntó por qué se mostraba tan fría.

—No es cierto, pero estoy bajo un tabú durante catorce días. Toda mujer del Wiyf observa castidad durante ese período, cuya fecha depende de la de su nacimiento. Es en honor de la Diosa en su aspecto de cazadora divina.

Jack había lanzado sus manos al aire. Había pasado toda su vida con los cadmos, y sin embargo no sabía nada de sus costumbres.

—¿Qué pasa conmigo? —había dicho—. ¿Se supone que debo sufrir durante esa sagrada observancia?

—Tienes a Polly.

Jack quedó pasmado.

—¿Quieres decir que no te importaría?

—No. Me importaría mucho. Pero nunca diré nada en ese sentido. Tengo prohibido hacerlo. Y lo comprendería... hasta cierto punto... al menos eso creo.

—No tocaría a esa mala zorra aunque fuera la última mujer viva. R'li sonrió.

—Exageras. Y subestimas tus deseos. Además, entonces sería tu obligación para propagarte.

Más tarde, decidió que R'li no podía obligarle realmente a practicar la castidad, pero había hecho evidente que le sabría muy mal que él no lo hiciera. Gracias a Dios, se dijo, no se sentía tentado. Pero le hubiera gustado que Polly no hiciera tan obvio que también ella experimentaba una fuerte necesidad. Jack tenía reacciones que no podía evitar.

Furiosamente, hurgó en el trasero de R'li con el dedo pulgar del pie y dijo:

—Vamos a continuar la marcha. Mar-Kuk nos localizará fácilmente.

R'li enarcó las cejas y dijo:

—¿Por qué tanta prisa?

Jack miró a Polly de soslayo y dijo:

—No puedo soportar esta espera, eso es todo. R'li miró también a Polly, que no había cambiado de postura.

—Muy bien —dijo.

Media hora más tarde, Jack deseó haber ejercido más control. Cuanta más distancia ponían entre Mar-Kuk y ellos, más aumentaba su vulnerabilidad. Pero era demasiado obstinado para admitir que se había equivocado. Un cuarto de hora después admitió para sí mismo que sería estúpido continuar. Se detuvo y dijo:

—Esperaremos a Mar-Kuk aquí. He cometido un error.

Las mujeres no hicieron ningún comentario. R'li clavó el palo en el blando suelo y se sentó con las piernas cruzadas para contemplar la punta. Polly volvió a tumbarse con las piernas abiertas y las manos debajo de la cabeza. Volvían a estar como estaban, excepto que ahora su protectora estaba más lejos. Jack empezó a pasear de un lado para otro.

Se detuvo. Polly se incorporó, con los ojos muy abiertos y la cabeza ladeada. R'li salió de su trance. Alguien estaba corriendo a través de la maleza sin tratar de ocultar su presencia. ¿Mar-Kuk?

Un horstel macho salió corriendo del bosque y siguió a través del arroyo. Estaba a unos cincuenta metros de distancia y no les vio.

R'li dijo: «¡Mrrn!», mientras Jack reconocía al hermano de la sirena.

Restallaron varios disparos de armas de fuego. A medio camino a través del arroyo, Mrrn se tambaleó y cayó hacia adelante. Se levantó de nuevo, avanzó unos cuantos pasos y cayó boca abajo en el agua. Su cuerpo empezó a flotar empujado por la corriente.

R'li había gritado al ver caer a su hermano. Jack dijo:

—¡A los árboles!

Recogieron sus armas y sus bolsas y echaron a correr hacia los árboles más

próximos. Antes de alcanzarlos, se detuvieron. Varios hombres, todos empuñando armas de fuego, habían surgido delante de ellos. En cabeza iba Chuckswilly, que sonrió y dijo:

—Tu hermano te estaba buscando, y nosotros le seguimos. Ahora seremos todos felices, ya que cada uno ha encontrado lo que estaba buscando. ¿Me equivoco? ¿No os alegra verme?

—Pensé que te había matado —dijo Jack.

—Me diste un buen golpe en la cabeza. Lo pasé muy mal a causa de ello los días siguientes, mientras estaba en la cárcel de Slashlark.

—¿En la cárcel?

—Sí. El gobierno había decidido que no era el momento apropiado para atacar a los horstels. La Reina estaba furiosa con las cadmo Cage. Ella me hizo arrestar y me presentó a juicio como testimonio de su buena voluntad hacia los Wiyf. Sin embargo, varios de mis amigos asaltaron la cárcel durante la tercera noche y me liberaron. Decidí que no tenía nada que hacer en Dyonisa, de modo que me dirigí hacia Socinia, mi país natal. Organicé esta patrulla, y poco después encontramos a Mrrn y a dos de sus amigos. Imaginé que os estaban buscando.

Jack rodeó con su brazo la cintura de R'li y la atrajo hacia él. La sirena estaba pálida y tenía el rostro contraído. ¡Pobrecilla! ¡Haber perdido a su padre y a su hermano en tan corto tiempo!

—¿Eres sociniano? —inquirió.

—Un agente para provocar la guerra entre los horstels y Dyonisa. Puede parecer que fracasé en vuestra granja, pero no es así. Todas las cadmo de las tres naciones están en pie, dispuestas a luchar. Otros socinianos provocarán más incidentes. Todo el continente estallará. Todas las naciones excepto la mía, desde luego. Estamos preparados para atacar cuando hombres y cadmos se hayan diezmado los unos a los otros.

»Ahora debemos resolver el problema que vosotros planteáis. O juráis ir a Socinia, convertiros en ciudadanos y luchar por ella, o moriréis ahora mismo.

Varios soldados penetraron en el arroyo y arrastraron a Mrrn hasta la orilla. Mrrn se sentó y tosió hasta que hubo expulsado el agua de su garganta y fosas nasales. Un lado de su cabeza sangraba a causa de una herida poco profunda. El proyectil no había hecho más que rozar su cráneo.

Chuckswilly repitió la oferta que había dirigido a Jack, R'li y Polly.

Mrrn escupió y dijo:

—Mi hermana y yo preferimos la muerte.

—No eres muy listo —dijo Chuckswilly—. Si lo fueras, habrías prometido unirme a nosotros con la idea de buscar más tarde una ocasión de escapar. Pero eres un horstel de la clase dirigente, y ellos no mienten, ¿no es cierto?

Se giró hacia R'li.

—Tú puedes hablar por ti misma. No necesitas negarte simplemente porque eres una Wiyr. Dos de mis hombres son descendientes de cadmos. Uno de ellos es híbrido. Yo también soy híbrido. Socinia es un ejemplo del hecho de que dos culturas pueden fundirse para constituir una armoniosa tercera.

—¿Por qué no nos dejas marchar? —respondió R'li—. Nos dirigimos al Valle de las Thruk. Pensamos vivir en paz y criar a nuestros hijos allí. No podemos perjudicarte.

Chuckswilly enarcó sus cejas y se atusó el bigote. Hizo una mueca y dijo:

—¿Vivir allí en paz? No por mucho tiempo. Socinia se propone conquistar el valle también. Después de haberse apoderado de Dyonisa, Croatania y Farfrom.

R'li replicó burlonamente:

—Está demasiado bien defendido. Podríais perder cien mil hombres sin forzar el paso...

—¿Qué pasa con el espionaje horstel? ¿No habéis oído hablar de nuestros grandes cañones y potentes obuses? Hacen que la artillería de Dyonisa parezca de juguete. Y tenemos grandes globos, impulsados por motores, que pueden volar por encima del paso y bombardear el valle. O descender y descargar tropas tan poderosamente armadas que segarán a vuestros combatientes como un agricultor siega las malas hierbas.

R'li profirió una exclamación de asombro y se aferró a Jack. Chuckswilly dijo:

—Bueno, ¿qué decides? Tienes que saber que, si te niegas, te entregaré a mis hombres. Tienen muchas ganas de hembra; han pasado demasiado tiempo a campo abierto.

R'li pidió permiso para hablar con Jack a solas. Chuckswilly accedió, pero antes les ató de pies y manos.

—¿Qué haremos? —dijo R'li.

—Unirnos a ellos. Él mismo ha dicho que probablemente haríamos eso y más tarde trataríamos de escapar.

—No lo entiendes —dijo R'li—. Los que descendemos del Rey Ciego no mentimos ni siquiera para salvar nuestras vidas.

—¡Maldita sea, no te pido que cometas una traición! Sólo que sigas el juego. De acuerdo, no mientas. Evita una respuesta directa. Dile a Chuckswilly que harás lo que yo haga. Ya sabes cuáles son mis intenciones.

—Eso sería una falsedad. Una mentira indirecta.

—¿Acaso quieres morir por nada?

—No creo que sea por nada —se envaró R'li—. Pero te amo. Tú has renunciado a muchas cosas por mí. De acuerdo, haré lo que tú digas. Jack llamó a Chuckswilly.

—Me uno a vosotros. Y R'li hará lo que yo haga. Chuckswilly sonrió y dijo:

—No sólo es hermosa, sino también ambigua. Muy bien. Desataré vuestros pies; de momento, vuestras manos seguirán atadas.

Como era de esperar, Polly había jurado ya vivir y morir por Socinia. Chuckswilly le dijo que sabía más cosas acerca de ella que lo que ella pensaba. Se unía a ellos a la fuerza, pero él esperaba que sería fiel a su juramento. ¿Por qué no? A ella le gustaban los vencedores, y Socinia triunfaría. Una vez llegara a Socinia, lo vería claramente.

Polly podría incluso practicar su religión abiertamente, dado que en Socinia había tolerancia religiosa. Sin embargo, los sacrificios humanos estaban prohibidos. Si Polly sabía lo que era bueno para ella, y Chuckswilly esperaba que lo supiera, no tomaría parte en ritos ilegales. Algunos lo habían hecho, y ahora estaban en las minas condenados a trabajos forzados a perpetuidad.

La única respuesta de Polly fue pedir un cigarrillo.

Jack se había recuperado lo suficiente como para observar que los soldados estaban armados con fusiles de un tipo que nunca había visto. Estaban hechos de algún material «plástico» que era tan fuerte como el escaso hierro. Los proyectiles y las cargas iban encerradas en un paquete y se insertaban en la culata a través de una abertura. Interrogó a Chuckswilly sobre aquellas armas.

—Un soldado sociniano tiene la potencia de fuego de diez dyonisanos y muchísima más exactitud. Esos objetos redondos que ves colgar de los cintos son bombas tres veces más potentes que una bomba dyonisana equivalente. Además, podemos hacerlas estallar a una distancia respetable con nuestros rifles.

»Si vuestro dragón se deja ver, no tendrá ninguna posibilidad.

Jack se sobresaltó al oír aquellas palabras. Pero una breve meditación le hizo caer en la cuenta de que Chuckswilly había visto las huellas de Mar-Kuk confundidas con las de las mujeres y las de él mismo.

El sociniano se acercó al hermano de R'li.

—Voy a darte otra oportunidad. Tu muerte será inútil. La cultura de tu pueblo, de cualquier pueblo que no sea Socinia, está condenada. Nos proponemos aplastar las viviendas cadmo y hacer que los horstels abandonen su anterior sistema de vida. Se adaptaba admirablemente a una sociedad agrícola muy estable, pero impedía el progreso tecnológico. Se ha convertido en una cosa del pasado.

Chuckswilly se giró hacia Jack y R'li:

—Haced que se dé cuenta de eso. Nadie parará a Socinia. Tenemos que progresar científica y tecnológicamente lo más que se pueda en el menor tiempo posible. Los Arra han estado aquí dos veces, y ellos, o alguien como ellos, volverán a presentarse. Cuando lo hagan, se encontrarán con hombres capaces de darles una adecuada respuesta, y quizás incluso derrotarles. Los hombres no deben volver a convertirse en esclavos. Los Arra tienen naves espaciales. Nosotros las tendremos también, algún

día. Cuando las tengamos, iremos a luchar contra los Arra.

Jack se excitó al oír estas palabras. Lo que Chuckswilly decía tenía sentido. Muchas veces se había preguntado qué sucedería si los Arra regresaran. En cierta ocasión había interrogado al Padre Patrick acerca de ello. El sacerdote había contestado que Dios les protegería. Si el género humano volvía a ser reducido a la esclavitud, el hombre podría beneficiarse. Sería para él una lección de humildad. Jack no lo había dicho, pero la respuesta del padre le pareció completamente insatisfactoria.

—No me causará el menor placer matarte, Mrrn —dijo Chuckswilly—. De hecho, me pondrá enfermo. Pero tenemos que ser despiadados. Es posible que no haya bastante tiempo. Las naves de los Arra podrían aparecer en el cielo hoy mismo, y sería demasiado tarde para nosotros.

—Prefiero morir a vivir como vives tú. Soy un Wiyr, hijo del Rey Ciego, y ahora el propio Rey Ciego. ¡No!

Chuckswilly sacó de una funda colgada a su cinto un arma de fuego de cañón corto. La apuntó a la frente de Mrrn. Su dedo se tensó, y una pieza del arma se alzó detrás del cañón. Luego cayó, y el hocico escupió fuego y ruido. Mrrn se desplomó de espaldas, con un gran agujero encima mismo de su ojo derecho.

R'li gritó y empezó a sollozar.

Chuckswilly le dijo a Jack:

—Podía haberte obligado a demostrar tu lealtad pidiéndote que lo ejecutarás tú. Pero no soy inhumano. Eso habría sido demasiado.

Jack no contestó. Nunca podría haber matado al hermano de R'li ni a nadie en circunstancias semejantes.

R'li habló entre sollozos:

—Chuckswilly, ¿puedo proporcionarle a mi hermano los ritos del enterramiento? Es el Rey Ciego; no debería ser dejado a la intemperie para que se pudra como una bestia.

—Eso representa cortarle la cabeza y quemarla, ¿no es cierto? No, no quiero humo. Le enterraré, pero no podrás celebrar el rito completo. Nos llevaría demasiado tiempo.

Casi inmediatamente, los soldados empezaron a disparar sus armas. Tres dragones habían logrado acercarse sin ser vistos. Rugiendo, embistieron desde los árboles. La patrulla disparó a quemarropa, y uno de los monstruos se desplomó de inmediato, con el vientre abierto. Los otros dos, aunque heridos, siguieron avanzando. Sólo Jack vio a Mar-Kuk aparecer desde los árboles al borde del arroyo en el lado contrario. Las explosiones de los fusiles, los gritos de los hombres y los rugidos de los dragones evitaron que alguien oyera el chapoteo de los enormes pies. De modo que cayó sobre ellos por detrás y aplastó a cuatro de los soldados con un latigazo de su cola.

Chuckswilly disparó su pistola contra Mar-Kuk y la alcanzó tres veces. Jack se lanzó contra él y lo derribó al suelo. La cola del dragón barrió el espacio que habían estado ocupando. Al tratar de poner a Chuckswilly fuera de combate, Jack se había salvado también a sí mismo.

Ahora estaba indefenso, con las manos atadas detrás de la espalda, y no pudo impedir que el hombre volviera a incorporarse. Chuckswilly disparó una vez más, alcanzando a Mar-Kuk en el brazo derecho. El gatillo de su arma chasqueó, y se giró para echar a correr a través del arroyo. Jack extendió sus piernas y le hizo tropezar. Entonces Mar-Kuk agarró a Chuckswilly y lo levantó para estrellarlo contra un árbol.

Bruscamente, se derrumbó. Su cuerpo hizo retemblar el suelo y su cabeza marró a Jack por muy pocos centímetros.

Sólo R'li y Polly quedaban en pie, y R'li tenía las manos atadas.

—¡Polly! —gritó Jack—. ¡Desátame!

Luchó por ponerse en pie y miró a su alrededor. Todos los soldados estaban muertos o demasiado malheridos para moverse. Chuckswilly estaba inconsciente. Tres de los dragones habían muerto. Mar-Kuk todavía respiraba; tenía los ojos abiertos y miraba a Jack. Brotaba sangre de su vientre, brazo, cabeza, y de la blanda parte inferior del extremo de su cola.

Polly había recogido su arco y había puesto una flecha en él. Se irguió, indecisa.

Durante unos segundos permaneció rígida, pensando. Luego se alzó de hombros y depositó el arco y la flecha en el suelo. Al cabo de tres minutos había recogido las armas de fuego y la munición y las había amontonado debajo de un árbol. A continuación le quitó el cinto y la funda a un cadáver y los colocó en su propia cintura. Examinó un arma corta, averiguó cómo cargarla y descargarla, disparó una vez al aire, y colocó el arma en la funda.

Chuckswilly había recobrado el conocimiento. Gruñendo, se sentó con la espalda apoyada contra el costado de Mar-Kuk mientras contemplaba a Polly. Dijo:

—La suerte de la guerra, ¿eh? ¿Y ahora, qué?

—Déjanos seguir nuestro camino —dijo Jack—. Ahora no podemos perjudicarte. Vosotros dos haced lo que os plazca.

La respuesta de Polly quedó ahogada por la súplica del dragón:

—¡Mi pulgar! ¡Dadme mi pulgar! ¡Me muero!

—Se lo prometí, Polly —dijo Jack.

Polly vaciló, luego se alzó de hombros y dijo:

—¿Por qué no? No es la primera vez que los dragones han trabajado con nosotras, las brujas. No tengo nada que perder.

Abrió la bolsa de cuero y sacó el pulgar. Mar-Kuk abrió la mano para recibirlo, lo apretó contra su pecho y murió al cabo de unos instantes.

Entretanto, Chuckswilly había logrado ponerse en pie.

—Dejemos que se marchen, Polly. No pueden perjudicar a Socinia. Lamentarán no haber aceptado mi ofrecimiento cuando invadamos su escondrijo. Pero pueden gozar de alguna felicidad antes de que lo hagamos. Ellos son los últimos de la lista.

—Tu palabra es ley para mí —dijo Polly.

Deshizo los nudos de las cuerdas que ataban las manos de los cautivos. Retrocedió, sin perderlos de vista, se inclinó a recoger la cantimplora de un soldado muerto, y bebió. Las aguas del arroyo estaban todavía sonrosadas con la sangre de un dragón cuya embestida le había llevado hasta la orilla del arroyo antes de desplomarse.

Jack flexionó sus manos para restablecer la circulación de la sangre. Dijo:

—Espero que no vais a soltarnos sin armas...

—No —dijo Polly—. No soy tan vengativa como parece creer. Necesitáis armas para regresar a la cadmo, como las necesitabais para llegar aquí.

Jack dijo que no comprendía lo que quería decir. Polly señaló a R'li con el pulgar.

—No conoces el Wiyr muy bien, ¿verdad? Ella tiene que regresar al hogar. Su padre, su hermano y su tío han muerto. Eso significa que ahora es ella el jefe de su vivienda cadmo. Lo será hasta que muera o engendre un hijo. Es su deber.

Jack se volvió hacia R'li.

—Di que no es cierto.

R'li trató de hablar, no lo consiguió, y asintió con la cabeza.

—¡Maldita sea, R'li! ¡No hay nada por lo que debemos regresar! ¡Y si lo hubiera, tú no podrías ir! ¡Abandoné mis obligaciones cuando abandoné a mi gente por ti! ¡Tú tienes que hacer lo mismo por mí!

—Mientras mi padre... mi tío... mi hermano... estaban vivos, yo podía hacer lo que quería. Incluso podía casarme contigo, aunque mi padre discutió mucho tiempo conmigo acerca de eso y dijo que no podría quedarme en nuestra vivienda cadmo si lo hacía. Provocaría demasiados problemas con tus «tarrta». Tenía que marcharme contigo a las Thruk.

»Podía haberlo hecho aún mientras Mrrn estaba vivo. Pero ahora...

Estalló en sollozos, y transcurrió largo rato hasta que se hubo dominado lo suficiente como para hablar de un modo coherente.

—Tengo que hacerlo. Es la costumbre. No puedo olvidarles... es mi propia cadmo. Chuckswilly dijo:

—Empiezas a descubrirlo ahora, Jack Cage. Ellos viven de acuerdo con la tradición y la costumbre, y no se desvían. Están hundidos en el barro de los siglos, encerrados en la forma pétreo de su sociedad. Los socinianos pretendemos destruir esa forma.

Jack dijo, alzando la voz:

—Me siento enfermo. ¿Sabes a cuantas cosas he renunciado por ti, R'li?

Ella asintió de nuevo, pero sus facciones se endurecieron con una expresión que Jack conocía muy bien. La R'li de voz suave y de suaves curvas podía a veces convertirse en granito.

—¡Tienes que venir conmigo! —gritó Jack—. ¡Soy tu marido, tienes que obedecerme!

Polly se echó a reír y dijo:

—Tu esposa es una horstel y la hija del Rey Ciego.

—Es posible que no tengamos que permanecer allí para siempre —dijo R'li en tono suplicante—. Si pudiéramos conseguir que el hijo de un O'Reg de otra vivienda cadmo aceptara el trono, yo podría retirarme honrosamente.

—¡Vaya una perspectiva! ¡Sabes que todo el infierno puede desencadenarse en cualquier momento! ¡Dudo mucho que cualquier horstel se aventure a alejarse de su propio cadmo en esta época! ¿Crees que lo abandonaría cuando pueden ser necesarios todos los hombres capaces de combatir?

—Entonces, debo ir yo allí.

Chuckswilly dijo:

—¿Quieres que la obliguemos a venir con nosotros? Dentro de poco tiempo, no habrá ningún lugar al cual ella pueda regresar.

—¡No, yo no obligo a ninguna mujer! —dijo Jack. Se interrumpió, asaltado por una terrible idea. ¿Permitiría realmente Chuckswilly que R'li o él mismo regresaran a Dyonisa? Chuckswilly no podía correr el riesgo de que R'li informara al gobierno de Dyonisa de la amenaza de Socinia. Se preguntó qué haría, y en medio de su indecisión supo que todavía amaba a R'li. Ni siquiera su negativa a ir con él había cambiado eso. De otro modo, ¿por qué había de importarle si la mataban o no?

No obstante, él era el hombre en esta sociedad conyugal, y R'li tenía que ir a donde fuera él.

Como si leyera su pensamiento, Chuckswilly dijo:

—Si estás pensando que tendré que matar a R'li para evitar que hable, olvídale. No tendrá la oportunidad de hablar. Aunque los humanos llegaran a escucharla, no creerían a una sirena.

Había poco que decir después de eso, pero mucho que hacer. Chuckswilly les mostró a todos ellos cómo extender las pequeñas palas plegables que los soldados portaban, y cómo cerrarlas. Con ellas, cavaron dos tumbas, una grande y otra pequeña. Los dos hombres y Polly arrastraron los cadáveres hasta la tumba poco profunda, los introdujeron en ella y los cubrieron con tierra. Tardaron un buen rato en reunir suficientes piedras para amontonarlas sobre la tierra a fin de mantener alejados a los animales. Los dragones fueron dejados donde habían caído, excepto el que había caído en el arroyo, que fue arrastrado fuera del agua.

R'li insistió en cavar ella sola la tumba de su hermano. Antes de colocar el

cadáver en ella, cercenó la cabeza. El cadáver fue cubierto con tierra y piedras. Luego, a pesar de las protestas de Chuckswilly, la sirena encendió una fogata y quemó la cabeza. Mientras las llamas devoraban la carne, ella rezó en lenguaje infantil y cantó en lenguaje adulto. Más tarde, partió en trozos con una piedra el cráneo semicarbonizado y los tiró al arroyo.

El sol había pasado el cenit. A cada minuto que transcurría el nerviosismo de Chuckswilly era más evidente. Miraba al humo ascendente, y sus pensamientos eran obvios para Jack y Polly. ¿Qué enemigos correrían hacia ellos a la vista de la columna que se erguía para todo el que quisiera verla?

Finalmente dijo:

—No podemos esperar aquí más tiempo.

Entregó a Jack y a Polly un rifle, un revólver, proyectiles, y les mostró cómo funcionaban las armas. Las sobrantes fueron envueltas en cuero y enterradas debajo de un árbol.

Jack dirigió a R'li una última mirada. Estaba de pie junto al arroyo, contemplando los trozos de hueso que flotaban en la superficie o eran impulsados al fondo por la corriente. Por un instante, Jack pensó en hacer una última súplica. Pero conocía lo suficiente a R'li como para abandonar la idea.

—Adiós, R'li —dijo en voz baja. Y se alejó siguiendo a los otros.

Aquella noche, después de haber establecido el campamento y comido, Chuckswilly dijo:

—Probablemente has accedido a unirme a mí con el propósito de observar nuestros secretos. Luego tratarás de regresar a Dyonisa con tu información. No te serviría de nada. Darían tan poco crédito a un hereje amante de una sirena como a un horstel. Serías condenado a morir en la hoguera después de un juicio muy breve.

»Pero no me preocupa tu espionaje. Cuando hayas estado en Socinia, te darás cuenta de lo inútil que sería la resistencia de humanos y horstels incluso si se aliaran contra nosotros en vez de matarse entre ellos. Piensa en el posible retorno de los Arra y en que Socinia es la única esperanza de este mundo para combatirlos. Te convertirás en un sociniano, aunque sólo sea para salvar a tu propio pueblo.

Jack oyó sus palabras, pero no reflexionó sobre ellas. Estaba pensando en R'li y preguntándose si se encontraba a salvo. Experimentaba un intenso dolor por ella; unas lágrimas surcaron sus mejillas.

Durante cinco días avanzaron por el sendero del bosque. En dos ocasiones tuvieron que utilizar las armas de fuego, la primera para rechazar a una manada de mandrágoras, la segunda para desalentar a unos dragones. Luego llegaron al pie de una gran montaña. Tardaron dos días en escalarla y descender por la otra vertiente, un día para cruzar un pequeño valle, tres días en escalar otra montaña. El paso cerca de la cumbre tenía unos cinco kilómetros de longitud. Al final del mismo se encontraba

una antigua carretera de los Arra.

Una guarnición sociniana estaba estacionada allí en un pequeño fuerte. Chuckswilly se identificó y contó su historia. Los tres fueron montados en un carromato movido a vapor que avanzó por la carretera. El cuentavelocidades de una esfera señalaba que estaban viajando a cincuenta kilómetros por hora. Al principio, Jack sentía cierta aprensión, pero no tardó en experimentar una extraña excitación. Vio un globo gigante encima de ellos, y gritó de asombro.

En los campos se veían muchas viviendas cadmo proyectando sus cuernos de marfil desde los prados. Chuckswilly le dijo a Jack que la mayoría estaban abandonadas, que ahora todo el mundo vivía sobre el suelo.

—Tuvimos una guerra —dijo— entre los humanos y los híbridos hombrstels contra los horstels que se negaban a renunciar a su sistema de vida.

Tuvieron que aminorar la velocidad, ya que el tráfico de «vehículos a vapor» empezaba a ser muy intenso. El viaje terminó en otro fuerte. Aquí, Jack empezó su adiestramiento como soldado. Pidió y consiguió servir en los grandes carros blindados a vapor llamados «osos». Llevaban un cañón y varias armas de fuego de tiro rápido y gran calibre llamadas «manubrios». El operador hacía girar una manivela que a su vez hacía girar un racimo de diez tubos. A medida que cada uno de los tubos pasaba por un punto determinado, un cartucho se introducía en él desde un disco y el proyectil era disparado en la siguiente posición. Podía disparar diez proyectiles por segundo.

Había otras muchas maravillas, pero Jack no consiguió verlas todas. Le permitían abandonar el puesto de adiestramiento sólo un día cada dos semanas. Se enteró de que la mayor parte del progreso tecnológico se había alcanzado debido a que los socinianos habían tenido la suerte de encontrar una biblioteca de los Arra enterrada.

Llegó el invierno. Jack practicó ejercicios y maniobras sobre el hielo y a través de la nieve. Apuntó la primavera. Su batallón recibió la orden de ponerse en marcha. Viajaron por la misma carretera por la que él había llegado. Cruzaba el paso y se adentraba en el Valle Argulh. Aquí, la antigua carretera Arra, enterrada bajo el suelo del bosque, había sido descubierta y se habían construido fuertes a lo largo de ella. Los dragones, las mandrágoras y los hombres lobo habían sido eliminados o expulsados hacia los extremos remotos del valle.

En la frontera donde terminaba Dyonisa y empezaba el suelo sagrado de los Wiy, había acampado un ejército.

Por primera vez desde que empezó su adiestramiento, Jack vio a Chuckswilly. Llevaba el emblema de la alondra cuchillo de coronel-general y los colores del Estado Mayor.

Jack saludó. Chuckswilly sonrió y le dijo que podía ponerse en su lugar descanso.

—Has ascendido a cabo, ¿eh? Felicidades. No es que no lo supiera. No te pierdo

de vista. Ahora, dime la verdad: ¿estás pensando en desertar a Dyonisa?

—No, señor.

—¿Y por qué no?

—Hay muchos motivos, señor. Usted conoce la mayoría de ellos. Pero es posible que desconozca uno. Encontré a un hombre que había estado espiando en Slashlark. Dijo que mi madre, mis hermanos y mis hermanas habían sido enviados a las minas. Mi padre abandonó la vivienda cadmo para regresar con su propia gente. Fue juzgado, condenado a la hoguera... y no fue ajusticiado porque les obligó a que le mataran: liquidó a dos de sus carceleros antes de morir.

Chuckswilly permaneció silencioso durante unos segundos.

—Lo siento de veras —dijo finalmente—. No quiero infundirte falsas esperanzas, pero he dado órdenes para que localicen a tu familia. Mañana, cuando atacemos desde aquí, otros varios lugares serán invadidos. Las minas están cerca de uno de ellos. Me ocuparé de que cuiden de tu familia.

—Gracias, señor —dijo Jack, con la voz empañada por la emoción.

—Me fuiste simpático cuando te conocí, aunque tú no lo sospecharas. ¿Te gustaría ser mi ayudante? Si te desenvuelves bien, ascenderás a sargento. Y no tendrás que disparar contra tus camaradas dyonisanos a menos que nos encontremos en pleno fregado.

—Gracias, señor. Me gusta eso. Sin embargo, hay algunos dyonisanos a los que no me importaría ver por el punto de mira de mi fusil.

—Lo sé, pero no puedo permitir encarnizamientos. Confiamos en que los dyonisanos que queden vivos sean socinianos potenciales.

Jack dijo:

—Ha ascendido usted mucho desde la última vez que le vi, señor. Entonces no era más que capitán, ¿no es cierto?

Chuckswilly sonrió extrañamente y se ruborizó un poco.

—Es obvio que no has oído hablar de mi boda. Tomé a aquella hermosa bruja —tal vez debería decir zorra— por esposa. Polly es muy ambiciosa y agresiva, como ya sabes. Ella consiguió, por medios que prefiero ignorar, que el mariscal de nuestros ejércitos se fijara en mí. El viejo Ananías Croatan siempre se ha distinguido por su afición, entre otras cosas, a las mujeres jóvenes y bellas. Ascendí con bastante rapidez pero sin sorpresa por mi parte. Tengo la impresión de que soy muy capaz.

Jack sintió que su rostro enrojecía. Chuckswilly se echó a reír y le dio una palmada en el hombro.

—¡No te ruborices, muchacho! Sabía lo que me hacía cuando me casé con ella.

Al amanecer, el ejército se puso en marcha. Pequeño comparado con las fuerzas con las que pronto se enfrentaría, estaba perfectamente acorazado, era rápido, casi autosuficiente, y tenía una enorme potencia de fuego. Tenía un minucioso y detallado plan de campaña. No había intentado ocultarse, antes al contrario había tratado de anunciar su existencia. Ahora sus 20 000 hombres, de los cuales sólo 8000 eran combatientes de primera línea, se enfrentaban al menos a 50 000. Los soldados de la Reina de Dyonisa habían tenido mucho tiempo para formar delante de la ciudad de Slashlark.

Se tardó una hora en alcanzar la granja de Cage. Jack de pie en la abierta tórrela de su blindado a vapor, contempló estupefacto la devastación. Los cuernos de las viviendas cadmo estaban ennegrecidos por el fuego y ladeados en distintos ángulos. Los cráteres eran enormes heridas en los lados del prado. Eran los testimonios de las minas colocadas en agujeros excavados debajo de las viviendas cadmo y explosionadas después. Los esqueletos surgían entre la nieve aquí y allá.

Más lejos, la casa en la cual había nacido y habitado durante toda su vida era un montón debajo de la nieve, con maderos chamuscados sobresaliendo de la blancura. Los establos eran altozanos nevados; un carro, sin ruedas, yacía de costado.

Jack cerró los ojos y no los abrió durante largo rato. Pero no podía cerrar el pensamiento que gritaba en él. ¿Dónde estaba R'li? ¿Qué le había ocurrido?

A mediodía empezó la batalla principal. Los carros blindados avanzaron y barrieron a los que se enfrentaban a ellos. Media hora más tarde, la flota sociniana entró en el puerto de Slashlark e inició un bombardeo. Treinta dirigibles, propulsados por los nuevos motores que quemaban petróleo, dejaron caer enormes bombas.

Dos horas después los restos de los dyonisanos habían huido, y la ciudad fue tomada. Se dejó una reserva detrás, mientras el resto del ejército proseguía su avance. Cuando llegó a las barricadas levantadas en la carretera, dio un rodeo. El plan general era romper a través de cualquier organización militar de importancia que se atreviera a enfrentarse con ellos y continuar avanzando. Viajaban con la mayor rapidez posible, y su objetivo era la ciudad-capital. No importaba que el campo hirviera de soldados y paisanos enemigos, ni que no dejaran ninguna línea de comunicación ni suministros detrás de ellos. Antes de que escasearan las provisiones y la munición, los dirigibles

dejarían caer más. Y otra flota de carros blindados y tropas de infantería montada les seguiría al cabo de unos días para causar más bajas y conquistar y retener algunas de las ciudades más grandes.

Jack había oído hablar de los asedios de las viviendas cadmo por los dyonisanos y de las guerrillas de represalia de los horstels. Granjas y cultivos quemados hasta las raíces en ambos lados. Muchas viviendas cadmo habían muerto cuando los humanos habían excavado agujeros debajo de las duras conchas para colocar en ellos gigantescas cargas de pólvora. Los horstels habían luchado valientemente, recurriendo incluso a la ayuda de los dragones. Antes de que los dragones fueran eliminados del todo, se cobraron un alto tributo. Y muchas viviendas cadmo seguían resistiendo.

Ahora Jack viajaba en un recinto casi tan grande como una pequeña casa, en la parte posterior de un enorme vehículo a vapor. Sentado delante de una mesa, recibía y enviaba mensajes con un aparato que le permitía hablar con hombres que se encontraban hasta a dos mil kilómetros de distancia. Ocasionalmente acompañaba a Chuckswilly al frente de batalla. En cierta ocasión se vio comprometido en una lucha cuerpo a cuerpo.

El «ariete», como era llamada oficiosamente la fuerza, había visto disminuir peligrosamente sus municiones. Una tormenta había impedido a los dirigibles acercarse a la ciudad ocupada por la fuerza para lanzar suministros. Un número inesperadamente elevado de dyonisanos habían atacado y obligado a los socinianos a gastar sus proyectiles. Finalmente, los dyonisanos habían embestido a fondo.

Pero el viento y las nubes habían desaparecido y los dirigibles habían podido lanzar en paracaídas la munición necesaria. Al cabo de una hora el nuevo ejército dyonisano estaba destrozado. Al día siguiente, el «ariete» volvió a ponerse en marcha por la carretera. Hasta alcanzar la ciudad de Whittorn, encontró poca resistencia. Al parecer los dyonisanos estaban concentrando sus ejércitos para defender la última de las grandes ciudades que no había sido tomada. Se trataba del puerto de Merrimoth, convertido en capital después de la caída de Dionisio.

En Whittorn, la fuerza de Jack se reunió con otras tres que habían invadido Dyonisa por puntos ampliamente separados a lo largo de las fronteras. El ejército así formado esperó durante cinco días mientras los dirigibles y caravanas poderosamente acorazadas traían suministros. Las últimas habían seguido la misma ruta que el «ariete» de Jack, después de decidir que no se encontraría demasiada resistencia por parte del enemigo.

Dos semanas más tarde se tomó Merrimoth. Cayó bajo el ataque combinado de la armada, las fuerzas aéreas y las tropas de tierra socinianas. Pero no se rindió. Los soldados dyonisanos lucharon valientemente casi hasta el último hombre. Cuando agotaron su pólvora y sus proyectiles, utilizaron arcos y flechas y lanzas.

Más tarde, Jack se encontraba en una colina con Chuckswilly y algunos altos oficiales y contemplaba a la capturada Reina siendo conducida a una tienda reservada para ella en medio del campamento. Elizabeth III era una mujer alta pero bien formada de treinta y cinco años, de llameantes cabellos rojos, enmarañados ahora, y con suciedad en su aristocrático y aguileño rostro. Estaba pálida pero altiva, erguida la espalda, decidida.

—Hablaremos con ella para establecer las condiciones de la rendición —dijo Chuckswilly—. Nos hemos apoderado ya de suficientes guarniciones clave y podemos avanzar sobre las otras naciones.

Al paso de la Reina, Jack se había quitado maquinalmente el casco; desde la infancia le habían enseñado a hacerlo incluso cuando el nombre de la soberana era mencionado en reuniones públicas. Volvió a ponérselo y reanudó su inspección de la ciudad en llamas. El día era claro. El sol brillaba intensamente, y era cálido dada la estación del año. El viento soplaba suave pero regularmente, transportando el humo hacia el este en una gran capa que cubría la tierra y el cielo encima de ella. Pero Jack se encontraba al noroeste y podía verlo todo desde la alta colina.

Se estaba preguntando cuándo podría saber la suerte que habían corrido su madre, sus hermanos y sus hermanas. Ahora sería un buen momento para hablar del asunto con Chuckswilly. Hasta entonces había resultado imposible, ya que ambos habían estado demasiado atareados.

Dio varios pasos hacia su comandante y se detuvo, profiriendo una exclamación de asombro.

Chuckswilly, al oírle, dijo:

—¿Qué te pasa? Estás tan pálido como...

Se interrumpió, y se quedó con la boca abierta y la respiración cortada. Palideció bajo su color moreno. Su casco voló por los aires. Maldijo hasta sollozar, y las lágrimas surcaron sus mejillas.

—¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Cincuenta años demasiado tarde!

Un objeto había aparecido en el cielo azul, encima de ellos. Resplandeció y aumentó de tamaño a medida que descendía. De pronto se detuvo para planear sobre la ciudad en llamas. Un globo de un material brillante, con un diámetro de al menos sesenta metros. Brotaron gritos del campamento situado debajo de la colina. Aparecieron unos hombres del tamaño de hormigas, corriendo de un lado para otro. Algunos vehículos hicieron rugir sus motores como si se dispusieran a escapar. Chuckswilly gruñó y dijo:

—¡Dios! ¡La victoria completa a nuestro alcance! ¡Y ahora esto! ¡En el día de nuestro mayor triunfo!

—¿Qué cree que harán los Arra? —dijo Jack.

—¡Lo que les venga en gana! ¡No podemos enfrentarnos a ellos!

Jack se sintió invadido por un creciente pánico. Había visto demasiadas estatuas y demasiados retratos de ellos, había oído demasiadas leyendas. Dijo:

—¿No sería preferible escapar de aquí, señor? Podemos ir a las Thruk.

Chuckswilly se mostró más tranquilo.

—No, no hay motivo para huir... todavía. No empezarán a esclavizarnos en seguida, y dudo que aterricen en esta colina para recoger ejemplares de muestra.

Había cierta esperanza en su voz.

—Tal vez se trate de un viaje de exploración. Si regresan a su planeta para informar sobre nosotros, pueden estar fuera cincuenta años. ¡Tal vez cien! ¡Diablo! ¡Aún hay una oportunidad para nosotros! ¡Quizá podamos aprovecharla! ¡Por Dios, si esperan demasiado tiempo, estaremos preparados para recibirles!

La nave se deslizó hacia adelante, con su gran masa moviéndose rápidamente y sin el menor ruido, hasta que llegó a una planicie sin árboles al otro lado de la colina. Se posó velozmente en la planicie, y la gigantesca esfera se hundió varios palmos en el helado suelo.

Transcurrieron unos minutos. Jack, Chuckswilly y los demás permanecían en silencio mientras esperaban. De pronto, una parte del globo se abrió y un extremo reposó en el suelo. Jack contuvo la respiración, asustado; tenía conciencia de que sus rodillas estaban temblando. Cuando aquellos monstruosos seres de cuatro patas bajaran por la rampa, ¿qué harían? ¿Se limitarían a echar una ojeada a su alrededor y regresarían a la nave, o capturarían a los seres humanos más próximos?

De la oscuridad de la entrada de la esfera salió un ser. Era un hombre.

—¡No son Arra! —dijo Chuckswilly—. ¡No, a menos que hayan hecho salir algunos esclavos para tranquilizarnos! Y tampoco son Sgzwi. ¡No son bastantes grandes!

Entonces, varios socinianos que habían permanecido ocultos en una hondonada al borde de la planicie se acercaron lentamente a los extranjeros. Chuckswilly dijo:

—Subamos al carro blindado, Jack. Vamos a ir allí.

Jack obedeció maquinalmente. Condujo el vehículo ladera abajo hasta encontrar un camino que llevaba directamente a la planicie, y lo detuvo a unos cuantos metros de la abertura de la nave; se apeó, y siguió a Chuckswilly. Los extranjeros eran hombres, indudablemente. La mayoría eran de piel blanca y tenían las facciones como las de cualquier dyonisano, a excepción de un hombre de piel negra y cabello lanudo y dos hombres con un curioso pliegue en las comisuras de los ojos. Llevaban prendas que parecían ser de una sola pieza. Eran de diversos colores y con emblemas en ellas. Cada hombre portaba una pequeña máquina en una mano. Aunque su aspecto no resultaba familiar, era indudable que se trataba de armas.

Su jefe estaba hablando o, mejor dicho, tratando de hablar con un sargento de los socinianos. Chuckswilly se adelantó y trató de establecer comunicación, inútilmente.

El jefe se giró hacia un hombre que debía ser un lingüista. Éste pronunció varias frases en idiomas obviamente distintos. El hombre negro y uno de los hombres de ojos oblicuos hablaron.

Entonces Jack vio el crucifijo colgando del cuello de uno de los hombres, un crucifijo medio oculto en la abertura del pecho de la prenda con que se cubría. Jack no creyó que la cruz pudiera ser nada más que una coincidencia, ya que el símbolo era tan sencillo y tan obvio que debía ser universal. Recitó la primera frase del Padre Nuestro, y varios de los extranjeros se sobresaltaron. El hombre que llevaba el crucifijo fue el primero en recobrase. Se dirigió a Jack en latín, completando la plegaria. Después continuó en latín, aunque lo pronunciaba de un modo muy distinto a como lo hablaban los sacerdotes dyonisanos. Jack le miraba con aire desconcertado, ya que conocía muy poco latín aparte del que se utilizaba en la Misa.

Se lo explicó a Chuckswilly, el cual envió a un soldado en busca de un sacerdote. Al cabo de una hora, el soldado regresó con un sacerdote muy asustado, el Obispo Passos, que había sido capturado con la Reina. Pero el obispo se recobró rápidamente cuando empezó a entender al extranjero del crucifijo. A partir de aquel momento el obispo se convirtió en intérprete oficial de Chuckswilly, de grado o por la fuerza. El Obispo Passos dijo:

—¡Proceden de la Tierra! ¡Dios sea loado, son terrestres! Y él —señaló al que hablaba en latín— es un sacerdote de la Santa Iglesia Católica Romana. ¡Ha hablado con el Papa en la Tierra!

Chuckswilly, como siempre, se adaptó rápidamente. En un aparte le dijo a Jack:

—Me pregunto si estará tan alegre cuando el sacerdote terrestre le considere un hereje. No tiene la menor idea de lo mucho que el Catolicismo dyonisano se ha desviado de la religión original. O, si la tiene lo ha olvidado.

El obispo dijo entonces:

—El Padre Goodrich dice que debemos de estar confundidos. «Nosotros» no hablamos inglés. ¡Lo hablan «ellos!».

—Dos ramas distintas —dijo Chuckswilly—. Los idiomas se han desviado. Preguntadle si les gustaría visitar a nuestro general. O, si no confían en nosotros, y no se lo reprocharía, si podemos visitar su nave.

Vía los dos intérpretes, el capitán de los terrestres respondió que visitaría a su general en su tienda. Esta falta de temor revelaba que los terrestres se sentían seguros; Jack supuso que disponían de armas muy potentes. Perdió su alegría y empezó a preguntarse si podían resultar una amenaza similar a la de los Arra. Por la expresión de Chuckswilly, supo que su comandante estaba pensando lo mismo.

En la tienda del general Florz, los darianos y los terrestres hablaron hasta muy tarde. En su calidad de ayudante de Chuckswilly, Jack oyó toda la conversación. Cuando los terrestres se enteraron de que los darianos eran descendientes de la

colonia perdida de Roanoke y otras que habían sido secuestradas, se asombraron a su vez. Pero las noticias sobre los Arra y los Egzwi les alarmaron. Interrogaron al obispo con detalle. Jack, sabiendo que utilizaban una variedad de inglés, escuchó atentamente. Al cabo de media hora fue capaz de entender unas cuantas palabras.

A su vez, Chuckswilly y el general interrogaron a los extranjeros. ¿Cómo habían logrado cruzar el espacio? ¿Qué tipo de fuerza motriz utilizaban? ¿Cómo era la Tierra?

Los extranjeros parecieron contestar con sinceridad. Muchas de sus respuestas resultaban inquietantes. Jack se preguntó si el planeta entero se había vuelto loco. ¿Podían unos seres cuerdos vivir de aquella manera y conservar la cordura? Sin embargo, ellos pretendían que eran felices y prósperos.

A través de los intérpretes, el capitán Swanson, de la nave interestelar «United», explicó que su nave era la primera que tomaba tierra en un planeta habitado... que él supiera hasta entonces. Otras dos naves habrían salido de la Tierra, poco después de su partida, con destinos diferentes. El personal de la «United» había permanecido en estado de congelación profunda durante los treinta años terráqueos que habían tardado en llegar a la vecindad del sol de Dare. Después de ser descongelados por el equipo automático, habían examinado los planetas con más posibilidades para la vida. Por espacio de varios días habían dado vueltas en torno a este planeta. Mirando a través de instrumentos capaces de una enorme ampliación, habían quedado asombrados al descubrir a seres exactamente iguales a su propia especie, un hecho altamente improbable. También habían visto con detalle a los horstels, y sabían que eran de una especie o subespecie distinta.

Chuckswilly les dijo que los horstels también habían sido traídos a este planeta por los Arra.

El capitán Swanson respondió que el informe sobre los Arra y los Egzwi le preocupaba mucho. Representaban un posible peligro para la Tierra.

Chuckswilly dijo:

—Para informar a la Tierra acerca de ellos, tendrían que regresar ustedes con la nave, ¿no es cierto? ¿O acaso disponen de medios para comunicarse a través del espacio?

Swanson sonrió. Debió sospechar que Chuckswilly tenía algún motivo especial para formular aquella pregunta. Pero respondió francamente. Tenían medios de comunicación, pero no podían esperar sesenta años para obtener una respuesta de la Tierra.

Chuckswilly dijo:

—Deseará usted informar a la Tierra lo antes posible acerca de los Arra. Después de todo, los Arra han estado en la Tierra al menos dos veces, que nosotros sepamos. La próxima vez podrían ir allí en plan de conquista. Y la próxima vez podría ser

pronto. Demasiado pronto.

Swanson respondió:

—Es usted un hombre muy astuto. No le mentiré. Estamos alarmados. En principio, pensábamos quedarnos aquí varios años antes de marcharnos. Ahora no tenemos más alternativa que la de despegar lo antes posible.

—Me gustaría saber, debo saber —dijo Chuckswilly— si los terrestres consideran al planeta Dare como propiedad suya...

Swanson permaneció unos instantes en silencio antes de contestar.

—No —dijo lentamente—. El gobierno formuló una política de «manos fuera» para cualquier planeta que estuviera habitado. Los planetas que no están habitados por seres inteligentes pero son habitables pueden ser reclamados en nombre de la Tierra, con tal de que no exista una reclamación anterior de extraterrestres.

»No, no haremos ninguna reclamación. Pero nos gustaría firmar un tratado estableciendo nuestro derecho a construir una base aquí. Después de todo, eso les beneficiaría más a ustedes que a nosotros. En su estado tecnológico actual, necesitan ustedes la ayuda de la Tierra. Y la próxima nave incluirá indudablemente a muchos científicos cuyos conocimientos superan a los de ustedes.

—Dudo —dijo Chuckswilly secamente— que pudiéramos hacer gran cosa para oponernos a sus deseos... si nos sintiéramos inclinados a hacerlo.

—Nosotros no utilizamos la fuerza —replicó Swanson.

—Pero las noticias sobre los Arra podrían cambiar la opinión de su gobierno —dijo Chuckswilly.

Swanson se alzó de hombros y dijo que deseaba regresar a la «United». A pesar de la impasibilidad de su rostro, había en él algo que sugería que no le sorprendería una negativa de los socinianos. Sin embargo, Chuckswilly y el general estaban convencidos de que Swanson no hubiera aceptado su invitación si hubiese creído que podía ser objeto de alguna agresión. Además, sospechaba que todo lo que se había dicho había sido captado por los que estaban en la nave.

Cuando los extranjeros se hubieron marchado, Chuckswilly le dijo a Jack:

—No me gusta esto. Cuando regresen y construyan una base —para nuestra protección, desde luego—, seremos inevitablemente dominados. Su cultura es demasiado superior. Dare se convertirá en el apéndice de la Tierra; los usos y costumbres darianos se convertirán en los usos y costumbres de la Tierra.

—Disponemos al menos de sesenta años para alcanzarles —dijo Jack.

—¡No seas obtuso! También ellos habrán progresado sesenta años. Y nosotros carecemos de los recursos minerales de la Tierra.

—Algunos darianos deberían marchar con ellos —dijo Jack—. Así podrían informarse acerca de la Tierra y de sus conocimientos. Y al volver aquí podrían prestarnos una enorme ayuda.

—¡Por el Gran Dragón, muchacho! Ahí puede haber algo.

Regresaron a la tienda. Jack calentó un poco de agua de totum y se sentó a beber con su superior. En privado, Chuckswilly era muy demócrata.

—Estamos en un atolladero, Jack. No podemos salir adelante sin la ayuda de la Tierra. Pero si la aceptamos, nos perderemos como darianos.

Dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Maldita sea! ¡Cuando estábamos a punto de alcanzar el triunfo!

—Me ha dicho usted más de una vez que yo debía aceptar el «curso inevitable de la historia» —replicó Jack—. Entonces hablaba del curso de Socinia, que parecía destinada a conquistar. Ahora la historia está del lado de los terrestres. ¿Por qué no puede aceptar «usted» el «destino inevitable»?

Chuckswilly frunció el ceño. Pero casi inmediatamente su frente se despejó y se echó a reír.

—¡Atacado con mis propias armas! Bueno, no necesariamente.

Permaneció en silencio unos instantes. Jack volvió a llenar sus tazas. Chuckswilly dijo:

—Si pudiéramos apoderarnos de la tripulación y luego de la nave, los conocimientos que adquiriríamos darían a nuestra ciencia un impulso enorme. Es posible que, cuando llegara otra nave de la Tierra, pudiéramos enfrentarnos con ellos en condiciones más que favorables.

Se puso en pie.

—El general Florz dijo que estaba demasiado cansado para hablar esta noche, que lo discutiríamos mañana. ¡No, por el Dragón! ¡Habla de ello esta noche! ¡Este no es momento para dormir!

Le dijo a Jack que no le necesitaba, y se marchó. Jack se quedó sentado unos instantes, pensando, empezó a bostezar, y se dispuso a acostarse. Le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando alguien le despertó sacudiéndole.

Un sargento estaba inclinado sobre él.

Jack parpadeó a la pálida luz de la linterna de petróleo que colgaba de una cuerda en el centro de la tienda. Dijo:

—¿Qué diablos pasa, sargento?

—Debes de ser un gran amante, macho —dijo el sargento—. Hay una mujer fuera del campamento. Dice que tiene que verte; que te alegrarás de que te despierten. ¿De dónde diablos has sacado tiempo para hablar siquiera con una mujer?

Jack se sentó en la cama y empezó a ponerse las botas.

—No lo he tenido. —Se puso en pie, muy excitado—. Tal vez mi madre o una de mis hermanas. ¡Oh, Dios, tal vez han salido con vida de las minas!

—Es demasiado joven para ser tu madre. Debe ser tu hermana.

—¿No ha dicho quién era?

—No. Sólo ha dicho que era una de las mujeres de la granja de tu padre.

—¿La hija de Lunk? —dijo Jack—. ¿Es morena y con la cara huesuda?

—No, es rubia y bonita.

—¡Elizabeth!

Jack salió corriendo de la tienda, pero regresó cuando el sargento le dijo que se había dejado el revólver y el fusil. Para un soldado, ser sorprendido sin armas durante la campaña significaba la muerte.

Jack le dio las gracias y echó a correr de nuevo. Cerca de los límites del campamento moderó ligeramente el paso. No quería que algún centinela aficionado a darle gusto al dedo disparase contra él.

El campamento estaba orillado por los vehículos a motor, todos los cuales apuntaban hacia fuera. A cada tres vehículos había al menos dos centinelas, que habían encendido fogatas para calentarse. Un centinela dio el alto a Jack; este dio el santo y seña y le preguntó al soldado dónde estaba la mujer que quería ver a Jack Cage. El centinela señaló hacia una pequeña fogata a unos ciento cincuenta metros de distancia. Era lo más cerca que habían permitido llegar a la mujer.

Jack echó a correr a través del suelo helado, su respiración brotando en forma de vapor. Durante el día la nieve se fundía, pero ahora todavía era de noche. Resbaló y estuvo a punto de caer sobre una capa de hielo. Luego se encontró al lado de la abrigada figura que estaba de pie junto al fuego.

—¡Elizabeth! —exclamó. La estrechó en sus brazos y empezó a sollozar.

Una voz suave y familiar murmuró:

—No, Jack. R'li.

Jack retrocedió. Por unos instantes, se quedó sin habla.

—¿Tú? ¿Qué... cómo? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Creí que...?

—Regresé a mi casa, Jack. Pero las viviendas cadmo ya habían sido voladas. Todo el mundo había muerto. De modo que me marché al valle de las Thrruk. Pero oímos hablar de la guerra entre los humanos y los Wiyr. No podíamos soportar el estar a salvo mientras nuestros compañeros eran asesinados. Organizamos pequeños grupos de hostigamiento; yo estaba en uno de ellos.

»Finalmente, después de estar a punto de morir o de ser capturada varias veces, me vi obligada a refugiarme en una vivienda cadmo que seguía resistiendo. Creíamos que no tardaríamos en morir, ya que los humanos habían excavado grandes agujeros debajo de las cadmo y se disponían a colocar minas y hacerlas estallar.

»Entonces oímos hablar de los socinianos. Nuestros sitiadores se marcharon; supongo que fueron a unirse a la defensa de Merrimoth. Yo confiaba en que estarías en el ejército invasor sociniano, de modo que vine aquí. Y... aquí estoy.

Jack la apretó contra su pecho y la besó violentamente.

—¡No sabes cuánto te he echado de menos! —repitió una y otra vez.

—Temí que me odiaras porque te había abandonado.

—Te odié durante mucho tiempo. Pero terminé diciéndome que no podías evitar ser quien eras. Una horstel. Luego empecé a añorarte. Había noches en las que no podía dormir pensando en ti. Proyecté ir en busca tuya cuando esto terminara. Pero no esperaba encontrarte. Habría sido demasiado bueno que Dios me permitiera amarte de nuevo, estrecharte en mis brazos.

Se irguió, indeciso.

—No puedo dejarte sola aquí. Hay muchos maleantes por estos alrededores. No quiero perderte cuando acabo de recuperarte. Pero no puedo llevarte al campamento conmigo. Son muy estrictos con la disciplina.

»Sin embargo, los terrestres —has oído hablar de ellos, ¿no?— nos han hecho cambiar nuestros planes. Permaneceremos aquí hasta que se establezca un acuerdo. De modo que... ¿dónde podrías estar a salvo?

—Mi cadmo se encuentra a sólo cinco kilómetros de distancia. A pesar de estar tan cerca de Merrimoth, es muy grande y se halla situada en la cumbre de una meseta en una alta colina. Se defendió fácilmente; los humanos tuvieron muchas bajas antes de obligarnos a ir bajo tierra. Puedo regresar allí y estaré a salvo.

—Te acompañaré hasta tu hogar —dijo Jack—. No quiero que te mate cualquier desertor... ¡Diablos, desertaré yo! ¡Me quedaré contigo!

R'li sonrió, agitó la cabeza y acarició a Jack amorosamente.

—No, no permitiré que vuelvas a ponerte en peligro por mí. Si los socinianos te persiguieran, podrían matarte. No.

—Al menos te acompañaré.

—No es necesario. Tengo una escolta oculta en las sombras. No olvides que soy la hija de un O'Reg.

Hablaron por espacio de una hora, se besaron, y lamentaron no poder gozar de una mayor intimidad. Luego, amable pero firmemente, R'li dijo *Au revoir* y se alejó en medio de la oscuridad. Jack regresó al campamento, donde tuvo que soportar algunas bromas obscenas aunque sin mala intención. Cuando llegó a su tienda empezaba a amanecer. Chuckswilly le encontró cuando se disponía a entrar.

Sorprendido, le preguntó a Jack Cage dónde había estado. Jack se lo contó. Chuckswilly pareció complacido, pero no tardó en mostrarse malhumorado. Hizo que Jack preparase un poco más de agua de totum caliente.

—Florz estaba demasiado asustado para emprender ninguna acción. No creo que haga nada. No podemos quedarnos sentados aquí tranquilamente, de modo que ha hablado con el cuartel general en Socinia. Están de acuerdo en que necesitan un hombre capaz de hacer algo positivo. Han hablado con Florz. No tenía ya mucha utilidad para ellos. De modo que mañana regresa a Socinia para ser recibido como un héroe. Gran desfile, discursos, flores, vino, mujeres.

»Yo soy ahora el comandante en jefe. Chuckswilly se puso en pie, entrelazó sus manos detrás de su espalda y paseó de un lado a otro.

—No ha sido una decisión fácil de tomar. Si atacamos, probablemente seremos aniquilados. O la nave se limitará a despegar y nos dejará indefensos. Si no hacemos nada, podemos recoger unas migajas de conocimiento de su mesa señorial. Pero no demasiadas. No permitirán que nos enteremos de muchas cosas. Podríamos estar demasiado bien armados cuando regresen.

»Necesitamos su ciencia. Los Arra podrían llegar antes que la segunda nave de la Tierra. Estaríamos indefensos. Además, si pudiéramos apoderarnos de la nave y de su tripulación, pueden transcurrir muy bien cien o más años antes de que otra nave terrestre siga esta ruta. Y cuando lo hiciera, estaríamos preparados para recibirles, a ellos, a los Arra y también a los Egzwi.

—¿Se propone usted atacar, señor?

—Sí. ¿Pero cómo? Mientras la nave está herméticamente cerrada, no podemos hacer nada. Nuestros cañones resultarían inofensivos contra su casco, apuesto mi falda. Ni podemos acercarnos lo suficiente para precipitarnos al interior cuando se abra la compuerta. Su capitán tuvo la amabilidad de informarme de que poseen aparatos de detección que lo impedirían.

»¡De hecho, por lo que sé, mis palabras pueden ser escuchadas en este momento por sus diabólicas máquinas!

—Me parece, señor, que sólo tiene usted dos posibilidades, y ninguna de ellas demasiado buena. Puede usted capturar al capitán y a los que le acompañen en su próxima salida, o puede hablar con él para que se lleve a la Tierra a algunos socinianos. Entonces, de alguna manera, los socinianos se apoderan de la nave y regresan con ella.

—Los pasajeros socinianos no serían capaces de gobernar esa nave. Y si pretendieran obligar a que algún terrestre lo hiciera por ellos, lo más probable sería que los terrestres destruyeran la nave antes que permitir que cayera en nuestras manos. Siempre hay un par de héroes a bordo de cualquier nave.

—Pero... ¡hmmmm!... si lográsemos que nos invitaran a bordo para una cena o una visita de inspección a bastantes de nosotros, creo...

—Toman precauciones contra la traición.

—No sería traición si no diésemos palabra de que no intentaríamos nada.

Chuckswilly se fue bruscamente a la cama, y Jack hizo lo mismo unos minutos después. Sin embargo, sólo había dormido dos horas cuando su superior le despertó. La nave de la Tierra había vuelto a abrir su compuerta, y Swanson y otros habían salido. Esta vez viajaban en uno de sus propios vehículos. Era pequeño, aerodinámico, y flotaba a varios palmos del suelo. Se dirigía hacia el campamento.

Chuckswilly pareció atacado del frenesí de la acción. Dio instrucciones a doce

oficiales, hizo que se las repitieran, para que no se produjera ningún error. Si le veían hacer una señal determinada, tenían que saltar sobre los hombres y reducirlos a la impotencia. Los extranjeros deberían ser silenciados inmediatamente, y los oficiales también deberían guardar silencio. Si los terrestres llevaban encima aparatos que podían transmitir sonidos a la nave, los aparatos no debían registrar nada sospechoso; El capitán Swanson sería separado a continuación de los otros, despojado de cualquier aparato transmisor, e informado de lo que tenía que hacer si quería vivir. Si estaba de acuerdo, debería ser devuelto inmediatamente al grupo de modo que pudiera hablar como si no hubiese pasado nada. Entretanto, los otros habrían sido objeto de la misma maniobra y habrían podido elegir lo mismo que el capitán. Luego los extranjeros y sus captores se dirigirían a la nave. Entrarían, y los socinianos tratarían de mantener la compuerta abierta el tiempo suficiente para que una patrulla, estacionada ya al borde de la planicie, se precipitara al interior.

Para llevar a cabo el plan de Chuckswilly, los socinianos deberían apoderarse de las armas de mano de los terrestres, aprender a disparar con ellas, y luego utilizarlas en el interior de la nave.

Si los hombres de Chuckswilly no observaban ninguna señal durante la conferencia, deberían tratar a los terrestres como huéspedes de honor.

—Es un plan débil y descabellado —le dijo Chuckswilly a Jack—, como producto que es de la desesperación. Si uno de los oficiales de Swanson decide sacrificarse para salvar la nave y grita, estaremos perdidos. Aunque consigamos entrar en la nave no podremos llegar a la sala de control... sea como sea una sala de control.

Llegaron los terrestres. Quedaron sorprendidos al descubrir que Chuckswilly era ahora general, pero le cumplieron. Swanson dijo que había decidido que los Arra eran demasiado importantes para la Tierra como para demorar el informe acerca de ellos. La «United» se marcharía dentro de una semana.

Sin embargo, deseaba establecer acuerdos para dejar cierto número de técnicos, ingenieros y científicos en Dare, los cuales no se limitarían a reunir datos sobre el planeta, su vida y su historia, sino que ayudarían activamente al progreso de Socinia. Convencidos de que los socinianos no sólo ganarían su campaña sino que «debían» ganarla, ya que entonces Dare sería un solo pueblo, los terrestres habían decidido reconocer a Socinia como el gobierno *de facto* del planeta.

—No obstante —continuó Swanson, a través de los dos intérpretes—, es necesario que establezcamos un tratado oficial. Es igualmente importante que establezcamos una base para los que van a quedarse aquí. Dejaremos cierto equipo en ella, y nuestros hombres actuarán fuera de allí. Sugiero que algunos de sus hombres, quizás incluso usted, general Chuckswilly, vengán con nosotros a la capital de Socinia. Usted podrá explicarle al jefe del estado quiénes somos y lo que queremos.

Chuckswilly sonrió. Sólo Jack sabía lo que había detrás de aquella sonrisa. Dijo:

—Nuestro ejército debería continuar inmediatamente su avance hacia las fronteras. Pero ustedes son más importantes que las conquistas. Mi coronel-general puede mandar nuestras fuerzas mientras yo le acompaño a usted a Greathopes.

—¿Le gustaría completar sus conquistas con un mínimo absoluto de derramamiento de sangre? —dijo Swanson—. Si puede demorar usted sus avances, más tarde podremos suministrarle los medios.

Chuckswilly dijo que aquello era más que generoso. ¿Cuáles eran los medios?

—Tenemos varios que podrían servir para el caso —respondió el capitán extranjero—. Pero yo estaba pensando específicamente en un gas que dejaría inconscientes a sus enemigos durante unas cuantas horas. También disponemos de un dispositivo para paralizar combatientes individuales a corta distancia, es decir, fuera del alcance de las armas de fuego.

—Muy bien —dijo Chuckswilly en tono animado—. Hablaré con la capital para disponerlo todo. Y llevaré conmigo a diez miembros de mi Estado Mayor.

—Lo siento, pero no disponemos de espacio para tantos —dijo Swanson.

Chuckswilly ocultó su frustración y el conocimiento de que el capitán estaba mintiendo. Preguntó si podía llevar al menos cuatro, y Swanson asintió. Se marcharon sin que Chuckswilly diera la señal.

Jack dijo:

—¿Puedo llevar a R'li conmigo, señor? Me gustaría verla a salvo en Socinia.

—No es mala idea. Tal vez si los terrestres ven que llevamos una mujer con nosotros se preocuparán menos de una posible tentativa nuestra para apoderarnos de la nave.

—¿Sigue pensando en hacer eso?

—A la menor oportunidad que se presente —dijo Chuckswilly. Escribió varios nombres en un papel y se lo entregó a Jack—. Ahora, antes de ir en busca de su sirena, avise a esos hombres. Son audaces y rápidos.

Al cabo de unas horas Jack regresó al campamento, con R'li sentada junto a él en el vehículo blindado. Le había explicado a la sirena lo que podría ocurrir y le había dicho que podría ser preferible que no fuera con él. Pero R'li había insistido en que deseaba estar a su lado.

En el camino de regreso al campamento, Jack había dicho.

—Estoy pensando en lo que dijo Swanson, R'li. Los terrestres son ahora una sola entidad, terrestres en todas partes, y nada más. Pero los socinianos no desean eso. Quieren convertirse en los únicos dueños de Dare. Sin embargo, afirman que su guerra está justificada porque unirá a Dare y lo hará lo bastante fuerte como para presentar un frente sólido contra los Arra o los Egzwi.

»Ahora se volvieron las tornas. La Tierra podría hacer de nosotros una sola

nación. Y nosotros les necesitamos a ellos, son una necesidad absoluta. ¿Qué importa que perdamos nuestro idioma, nuestra religión, nuestras costumbres? Ellos perderían lo mismo bajo el gobierno sociniano. Además, ellos no importan. El propio Chuckswilly dijo que tendrían que perecer; nacerá una nueva cultura. La diferencia ahora es que será una cultura de la Tierra, no sociniana.

—¿Qué piensas hacer tú? —inquirió R'li.

—No lo sé. Fui un traidor a mi país una vez porque creí que era algo maligno. ¿Puedo ser traidor por segunda vez? Estaría incluso más justificado en esta situación. Pero estoy desesperado. ¿Fui un traidor porque no tengo el sentido de la lealtad y soy un oportunista? ¿O estaban realmente justificados mis motivos?

Al llegar a la tienda del general, Jack y R'li fueron acogidos por Chuckswilly. Se llevó a Jack a un lado y le dijo:

—Tú no tendrás que hacer nada mientras estemos en la nave. De hecho, para demostrar a los terrestres que no albergamos propósitos de traición, los únicos que viajaremos con ellos seremos R'li, tú, el sacerdote y yo.

—¿Por qué? —inquirió Jack. Conocía lo suficiente a Chuckswilly como para suponer que tenía un plan mucho mejor.

—Hay un prado cerca de la Casa del Pueblo —dijo Chuckswilly, refiriéndose a la mansión en la que vivía el jefe del estado de Socinia—. En estos momentos hay millares de hombres cavando como topos. Colocarán una enorme cantidad de minas en el agujero, lo cubrirán, y reemplazarán la hierba. Yo haré que los terrestres aterricen allí. No existe ningún motivo por el que se nieguen, tan convencidos están de su invulnerabilidad. Cuando se abra la compuerta para que la delegación de la Tierra y vayamos a la Casa del Pueblo, estallarán las minas.

»No creo que la explosión cause ningún daño a la nave. Pero las ondas propagadas en su interior matarán a los ocupantes o los dejarán fuera de combate. Nuestros soldados subirán a bordo inmediatamente después de la explosión y tomarán la nave.

Chuckswilly paseó de un lado para otro, sonriendo triunfalmente.

—¿Qué pasará con la próxima expedición de la Tierra? —inquirió Jack.

—Si estamos preparados, lucharemos contra ellos. Si no lo estamos, ni siquiera tenemos que informarles de que la «United» estuvo en Dare. ¡Y nos apoderaremos también de ellos!

Chuckswilly continuó hablando, y no se interrumpió hasta que le avisaron de que Swanson estaba preparado para partir. Chuckswilly dijo que él no estaba listo todavía. Se puso en contacto con la capital a través del transmisor-emisor para preguntar cómo marchaban los trabajos en la preparación de la trampa. Le dijeron que tardarían dos horas en terminar. Chuckswilly envió un mensaje a Swanson diciéndole que el presidente sociniano seguía reunido con su gabinete para discutir los términos del

tratado. Pero en cuanto terminara la conferencia se lo haría saber. Los terrestres no tenían que darse prisa, ya que habían dicho que podían volar a la capital en una hora.

—Esto nos dará al menos tres horas —le dijo Chuckswilly a Jack.

Jack creyó que no llegaría nunca el momento. Se sentó junto al transmisor-emisor, esperando un mensaje de la capital. R'li se sentó en una silla cerca de él. Vestida, tenía un aspecto raro para él; además, su expresión era tensa. Finalmente, cuando Chuckswilly salió unos instantes de la tienda, Jack dijo:

—¿Qué estás pensando?

—Al principio pensaba en las antiguas costumbres, y en cómo se han perdido para siempre. Posiblemente no puedas comprender lo que eso significa para un Wiy. A pesar de los errores de la sociedad humana, los humanos son más adaptables... por regla general. Sin embargo, yo puedo hacer el cambio. Para sobrevivir, tengo que hacerlo.

»Pero Socinia, que en otro tiempo representó los nuevos usos y costumbres, ha envejecido de golpe. Sus ideales, si algún día fueron válidos, han dejado de serlo. En consecuencia, tienen que descender al polvo del mismo modo que lo hicieron antes que ellos los humanos y los horstels. Es lógico y justo.

Jack no respondió, pero estaba pensando mucho. Transcurrieron dos horas. Otra media hora. Luego el transmisor-emisor cobró vida. La trampa estaba tendida.

Chuckswilly, Jack, R'li y el Obispo Passos se dirigieron a la «United». No llevaban armas, ya que Chuckswilly deseaba convencer a los terrestres de su buena voluntad. Entraron; la compuerta se cerró; la nave despegó.

El capitán Swanson y el Padre Goodrich llevaban unas cajitas negras colgadas del cuello por medio de un cordón. De cada una de las cajas sobresalía un cable que iba a insertarse en el oído del portador de la cajita. Swanson tomó otras cajas similares de una mesa y entregó una a cada dariano. A través de los sacerdotes, explicó:

—Este aparato debería ayudarnos a hablar sin recurrir demasiado a los intérpretes. Mi convertidor recibirá su lenguaje inglés, dará a aquellas palabras que lo necesiten los valores vocales de mi inglés, y transmitirá las palabras como lenguaje con pronunciación inglesa terrestre: del Medio Oeste americano, para ser más exacto.

»No es un intérprete perfecto, ya que el inglés de ustedes tiene muchas diferencias de vocabulario. Ustedes han conservado palabras que nosotros ya no utilizamos. Algunas que utilizamos los dos tienen ahora significados distintos. Ustedes han tomado prestadas numerosas palabras de los horstels. Y su sintaxis es algo distinta. Sin embargo, creo que podré lograr al menos un noventa por ciento de comprensión.

»Sus aparatos convierten mis pronunciaciones vocales en las de ustedes.

Probaron los convertidores. Aunque las palabras que llegaban a su oído sonaban metálicas e inhumanas, y las correspondencias vocales no eran completamente

exactas, Jack no tardó en superar su sensación de incomodidad. Podía entender la mayor parte de lo que Swanson decía. La principal dificultad era que podía oír hablar a Swanson con voces dobles. Sin embargo, dado que el idioma natal de Swanson era ininteligible, resultaba únicamente un ruido algo molesto, que Jack aprendió a ignorar.

El capitán les guio en una visita de inspección a la nave. Jack, R'li y el obispo no hicieron ningún esfuerzo para ocultar su asombro y su admiración. Chuckswilly profirió alguna exclamación de cumplido, pero la mayor parte del tiempo su rostro permaneció absolutamente inexpresivo.

Después de la visita, Swanson les dijo que la cena iba a ser servida. ¿Les gustaría lavarse antes de comer? Lo preguntó de una manera que evidenciaba que se sentiría sorprendido y ofendido si no lo hacían. El obispo entró en un lavabo; Chuckswilly en el otro. Jack y R'li esperaron su turno. Chuckswilly había vacilado unos segundos antes de entrar, y Jack supo que no quería dejarle a solas con los terrestres. Pero el protocolo exigía que Chuckswilly, como superior de Jack, utilizara el lavabo en primer lugar.

Fue entonces cuando Jack tomó su decisión. Tenía que ser ahora o nunca, ya que dudaba de que volvieran a dejarle solo con Swanson. Además, dentro de treinta minutos la nave tomaría tierra en Greathopes.

Dijo:

—Capitán, tengo algo que decirle.

Unos minutos después, el obispo y el general salieron de los lavabos. Jack entró en el que había utilizado previamente su superior, y no se apresuró en su aseo. Cuando salió, de mala gana, se encontró ante un grupo pálido y silencioso. R'li, sin embargo, le sonrió.

Chuckswilly le miró con ojos llameantes y dijo:

—¡Traidor!

Jack estaba temblando con un sentimiento de culpabilidad que se había dicho a sí mismo que no tenía ningún motivo para experimentar. Pero logró que su voz sonara firme.

—Decidí contárselo a Swanson por el mismo motivo, exactamente, que decidí unirme a los socinianos. Usted fue el único que me convenció en ambos casos.

—Podríamos ir a cenar... si alguno de ustedes sigue teniendo apetito —dijo Swanson.

Chuckswilly tragó saliva.

—Me inclino ante el inevitable curso del destino. Es más importante, supongo, que el género humano sobreviva como una especie unida que como nacionalidades bélicas y separadas. Pero resulta difícil renunciar a los sueños.

—Los que se opusieron a usted en el pasado y perdieron debieron encontrar las

mismas dificultades para renunciar a sus sueños —dijo Swanson.

Veinte minutos más tarde apareció la ciudad de Greathopes. Se extendía en un valle rodeado de altas montañas. La «United» voló rectamente hacia el campo de aterrizaje preparado al efecto. Sin embargo, se detuvo a varios cientos de metros de altura y a un lado del campo. Transcurrieron cinco minutos. Súbitamente, el suelo quedó oculto debajo de la nave. El humo se hinchó hasta formar una gigantesca nube en forma de hongo.

Swanson le dijo a Chuckswilly:

—Si quisiera, podría ordenar que la ciudad entera fuese registrada por nuestros rayos activadores de explosivos. Toda la pólvora existente en la zona habría estallado. Y podría hacer lo mismo con cada palmo cuadrado de tierra de este continente.

La nave se posó al borde del ancho y profundo agujero que había sido un ameno prado.

Tres días más tarde se firmó el tratado. En una semana, la base terrestre fue construida con una rapidez casi mágica y con medios increíbles, y la «United» abandonó Dare.

Jack y R'li pasaron el invierno en la base de los terrestres. Los dos eran profesores de sus respectivos idiomas. Los lingüistas que grababan las lecciones les explicaron que no estaban tan interesados en aprender a hablarlos como en conservarlos para su estudio científico. Esperaban que el sociniano, la fusión macarrónica de inglés y horstel, absorbería a los dos idiomas.

Chuckswilly, al oír esto, había sonreído irónicamente, diciendo:

—Lo que no nos dicen es que también esperan que el inglés terrestre mate al sociniano. Pero eso queda lejos todavía.

Chuckswilly había prometido oficialmente a Swanson que no se tomarían represalias contra Jack Cage por haber denunciado la tentativa de apoderarse de la «United». Jack y R'li no estaban seguros de que pudiera confiarse en que cumpliría su palabra. Pero la única alternativa era marchar a la Tierra en la nave, y ellos no deseaban eso. Preferían correr sus riesgos en un mundo conocido, aunque cambiante, que en una sociedad absolutamente nueva, compleja, desconcertante y extranjera.

Llegó la primavera. Una soleada mañana, Jack y R'li fueron transportados en una de las máquinas voladoras que la «United» había dejado al lugar que había ocupado la granja Cage. Los terrestres les dejaron varias tiendas de campaña, alimentos, armas y herramientas. Les desearon buena suerte y se marcharon.

Jack contempló la ahusada forma hasta que se confundió con el azul del cielo. R'li, encinta, permanecía junto a él. Más tarde se obligó a contemplar la desolación revelada por la licuación de la nieve. Pasarían años antes de que pudiera construir una casa y un establo lo bastante grandes y fuertes para satisfacerle. Allí, donde yacían las ruinas de la casa de su padre, construiría una pequeña cabaña de troncos. Más tarde, cuando hubiese recogido unas cuantas cosechas, y nacieran más niños, añadiría otras habitaciones.

La labranza sería una gran tarea, ya que no tenía ningún unicornio y escasas perspectivas de conseguir uno. Pero los terrestres le habían prometido traerle más tarde un arado a vapor. Confiaba en que no lo olvidarían. Aunque sabía que le estaban agradecidos ahora porque había salvado sus vidas, también sabía que la gratitud podía ser efímera.

R'li le besó en la mejilla.

—No te preocupes.

—Al menos, estoy haciendo lo que sé y me gusta. Ya estaba cansado de permanecer en la base enseñando un idioma condenado a morir. Pero ahora todo es tan inseguro y peligroso... Mi propia gente va a ser hostil. Y pasará algún tiempo antes de que las fuerzas de ocupación socinianas logren acabar con los rebeldes subterráneos y los bandidos de las montañas. Además, Chuckswilly puede estar esperando una oportunidad para vengarse. Podrá matarnos y atribuir nuestra muerte a los rebeldes dyonisanos.

R'li tomó su mano y dijo:

—No estás en más peligro que cuando empezó todo esto. La vida es siempre insegura; la muerte acecha en cada esquina. Construyamos nuestro hogar, trabajemos nuestra tierra, criemos a nuestros hijos. No odiamos a nadie y confiemos en que nadie nos odie a nosotros, sabiendo perfectamente que en este mundo hay mucho más odio que amor.

»Pase lo que pase, haremos lo que podamos por nosotros mismos, nuestros hijos y nuestros vecinos. Esto es lo menos que podemos hacer, no lo más. No será fácil. Lo único fácil es renunciar.

FIN



PHILIP JOSÉ FARMER Escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía nacido en North Terre Haute, Indiana, el 26 de enero de 1918 y fallecido en Peoria, Illinois, el 25 de febrero de 2009. Es uno de los autores de género fantástico más importantes del siglo xx y su denominada Edad de Oro de la Ciencia Ficción. Algunas de sus novelas recogen a personajes históricos o incluso a personajes ficticios de otros autores. Así, en su obra aparecen un supuesto hijo de Dorothy (de El mago de Oz), Phileas Fogg (de La vuelta al mundo en ochenta días), Tarzán, Doc Savage, Sherlock Holmes o Hermann Göring. Este último aparece en la más aclamada serie de Farmer, la serie Mundo del Río, protagonizada por sir Richard Francis Burton (un explorador y orientalista británico del siglo xix al que se deben las primeras traducciones completas al inglés de el Kamasutra y Las mil y una noches) y en la que también aparece Alice, personaje central de Alicia en el País de las Maravillas. La primera novela de esta serie, *A vuestros cuerpos dispersos* (*To your scattered bodies go*, 1971) se considera la más importante de sus obras y uno de los títulos míticos del género fantástico, y fue merecedora del premio «Hugo» (el más importante del mundo de género fantástico) en 1972.